

32754065737367

Library
of
Purdue University




Class -

Book

363

147

WITHDRAWN



Digitized by the Internet Archive
in 2025

ALMACEN UNIVERSAL
A. MEJIA ROBLEDO & CIA.
DEPARTAMENTO DE LIBRERIA
PEREIRA

Rosas de Francia

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Publicadas :

Horas de Paz, poesías (primera edición, agotada).
El Poema de mi Vida, agotado.

Para publicar :

La Risa de la Fuente, novela.
Bajo el Silencio, poesías.
Como la Nieve, poesías.
Rita, poesías.
Mis Tres Poemas,
Hacia America ! novela.

ALFONSO MEJIA ROBLEDO

Rosas de Francia

(NOVELA COLOMBIANA)



868.7
m4792

CASA EDITORIAL
FRANCO-IBERO-AMERICANA
222, Boulevard Saint-Germain.
PARIS

77

Es propiedad Copyright 1926
by Casa Editorial Franco-Ibero-Americana.

LIBRARY
UNIVERSITY OF MICHIGAN
ANN ARBOR, MICH.

Rosas de Francia

BURBUJAS DE AMOR

Manzanares es una pequeña población de Centro América, situada cerca de la Costa del Pacífico en una extensa planicie de cinco o más leguas a la redonda. Es capital de una provincia, cuyo nombre indígena no me viene a la memoria, y cuna de nobles ascendientes que fueron honra y prez de la terruca, a la que dieron prosperidad en épocas de pas, y gloria y renombre en tiempos de contiendas guerreras. Allí se guarda veneración a los antepasados ilustres y se trata de conservar en amor y respeto a ciertos restos de aquellas nobles prosapias, restos casi insignificantes que han quedado flotando entre

la atmósfera impropicia de las generaciones actuales.

Para llegar a Manzanares, hay que ascender en vapores mercantes por un hermoso río pintoresco, dormido como un lago, que nace al pie de la distante Cordillera de los Andes ; camina oculto bajo montañas vírgenes ; aparece en la enorme llanura, soñador y potente ; recogo a su paso numerosos riachuelos de la vega sin fin y, al llegar a la costa serpentea por entre espesos manglares ; forma recodos que son como pequeños lagos melancólicos y azules entre la espesura de los árboles y se confunde luego con el mar, dulcemente, en una unión insensible, llevando al Océano la primicia de la montaña andina.

Cuando desde la cubierta de la nave que se acerca a la playa, se mira la extensión del río que aparece de repente por entre dos columnas de tupidos mangles ; sin un rumor, sin un murmullo, sin una protesta, como si este extraño río no sintiera ni dolor ni rabia al hundirse para siempre en la inmensidad del monstruoso piélago, el viajero cree percibir, en vez de un gran caudal de aguas rebeldes que vienen a despecho suyo desde las entrañas terrenales, un brazo del mar, del cruel pulpo del

mar que se entra y abraza un pedazo de tierra con insaciable codicia.



El vapor ancla en el puerto, un lugar solitario, desnudo de árboles, donde apenas hay un par de casuchas de madera, contrahechas por el tiempo, de las cuales una hace las veces de insegura bodega y en la otra se amontonan los pasajeros en espera de coches y cabalduras para ir a la población. Esta y el puerto se comunican por medio de una carretera de tres leguas, que es, en verano bastante cómoda para vehículos de rueda, pero que, por lo plana se torna en los meses invernales en una larga cadena de pantanos y lagunas.

Era la primera vez que Ricardo visitaba estas comarcas. Joven, casi adolescente, soñador y aventurero, él había conocido muchos paisajes de Sur-América y ahora llegaba, dueño de un rico caudal de energías y de locuras quijotescas, a buscar en la América Central lo que en sus largas romerías no había logrado conseguir. El mismo no sabía con precisión lo que buscaba, al viajar por

tierras desconocidas, lejos de su patria, de su querida Colombia. Viajar, viajar sin rumbo fijo; conocer de un extremo a otro el maravilloso Continente de Cristobal Colón, desde las inmensurables pampas argentinas hasta el norte de México, era la obsesión profunda de Ricardo.

Había llegado a Centro América, fatigado ya de correrías y deseaba encontrar un lugar de reposo, distante del cansancio y algarabía de las ciudades, para plantar su tienda de peregrino durante algunas semanas y recobrar sus bríos en los climas templados y salubres del trópico, en algún campo distante de la costa o en alguna aldea solitaria, olvidada del alboroto comercial, donde su espíritu errabundo pudiera recoger su vuelo en la contemplación serena de la Naturaleza.

Ni las disipaciones, ni los placeres, ni las sonrisas de la gloria habían dejado en su alma más que el prematuro hastío, a pesar de que él limitaba sus libertades varoniles a ligeras escabullidas, sin haber rodado jamás por la pendiente de los vicios ni haber apurado otros goces que los muy justos y naturales de la juventud. Hombre de limpias ideas y de correctos procederes, católico por

convicción y por estética, de noble abolengo — pues que procedía de una de las mejores familias de América — pregonaba con entusiasmo sus pensamientos elevados en todos sus escritos y en sus conversaciones fáciles, sin importarle un ardite las sátiras y ocultos rumores que a veces levantaban sus palabras entre la zafia juventud modernista, descaminada y pletórica de sofismas y de doctrinas absurdas.

Su madre, el más puro y más grande amor de Ricardo, al despedirse del hogar hacía cuatro años, entre lágrimas y sollozos le había colocado en el pecho, pendiente de diminuta cadena, una medallita de plata, que ostentaba la imagen de la Virgen María.

— Hijo mío, Ricardo, le había suplicado, no te quites jamás esta medallita.

— Jamás, madrecita querida.

Y había cumplido su promesa.

Cuando Ricardo sentía en su corazón el hielo de alguna tristeza profunda, de esas tristezas desgarradoras, indefinidas, que no sabemos de que causa provienen, cogía entre sus manos la sagrada reliquia, la apretaba dulcemente, la ponía junto

a su corazón adolorido, la besaba con dulzura como si besara la frente de su madre lejana, y le rezaba una oración, una oración de esas aprendidas en la infancia, de esas sentimentales y dulces oraciones que al pasar por los labios saben a ternuras maternales, a sosiego de familia, a calor de hogar, a delicia terrena... de esas simples e inmortales oraciones que jamás se olvidan mientras queda en el alma un resto de nobleza y que acompañan al hombre como un retoño de la casa paterna prendido en el espíritu...



A la llegada del pequeño navío, el puerto estaba lleno de gente.

Aurigas y mozos de cordel ofrecían a los pasajeros coches, carretas y caballos de alquiler para llevar a Manzanares personas y equipajes. Ricardo y su buen amigo Manuel Grajales prefirieron un par de briosas cabalgaduras, malamente enjaezadas, que prometían llevar a nuestros viajeros al lugar de su destino en el menor tiempo posible.

Por fortuna era época de verano. La inmensidad

de la campiña se presentaba huérfana de verdura. Los vientos estivales habían marchitado las hojas de los árboles y robado el aroma de las escasas serranías minúsculas ; habían resecado las hierbas y los plantíos, y la tierra estaba seca, rajada a trechos, con millares de bocas abiertas, en espera de la misericordia de la lluvia que había de venir a refrescar sus vísceras sedientas.

Nuestros dos viajeros galopaban por la carretera color de naranja. Era la hora del crepúsculo, dulce y melancólica, en que se aunan la paz infinita de la naturaleza con el recogimiento del espíritu para rendir una alabanza silenciosa y solemne a la Suprema Grandeza.

La luna precedía a la noche y envolvía las primeras tinieblas con su luz de plata. El monótono paisaje dejaba sus tintes de carmín y la vivacidad de sus tonos liminosos y tomaba visos de violeta, más en armonía con la serenidad de la hora. De trecho en trecho, los árboles desnudos de ramajes semejaban espectros que se alzaran de la oquedad sombría, en largos cementerios invisibles, en cuyas soledades el viento del estío parece que gimiera las tristezas del olvido.

— Manuel — dijo Ricardo — ¿no te parecen aquellos árboles como esqueletos erguidos, fantásticos, dominadores de estas comarcas desiertas, en las cuales apenas una que otra alquería con su choza de paja rompe la uniformidad de la planicie ?

— Estaba pensando lo mismo, respondió Manuel acercando su caballo. Las gentes de estos contornós, ignorantes y supersticiosas, se cuidan de salir de sus casas en las noches de luna, cuando los pocos árboles dispersos que existen en el llano presentan ese aspecto de muerte. Y dicen que los perros les ladran lúgubrementes, sin atreverse a salir del corral de la casa.

— ¿Y en todo tiempo ofrecen estas llanuras tanta tristeza y soledad como estamos viendo ahora?

— Solamente en verano. Cuando llega el invierno los campos se cubren de verdor, los árboles de hojas, las alquerías de movimiento. Brotan los riachuelos de sus grutas escondidas y cruzan los llanos, llenándolos de rumor y de alegría. Bajan de la montaña los ganados y vuelven a pastar en las praderas, y los mozos y vaqueros recorren estas pampas

al galope de sus caballos, vivaces y contentos con la resurrección de la Naturaleza.

— El agua, amigo, observó Ricardo, el agua es la creación más perfecta que haya salido de las manos de Dios. El agua pura, voluble, caprichosa, deleznable como el aire, que hace reverdecer los campos y llena con su murmullo y su frescura las arideces de la tierra. Loemos a la Hermana Agua, como dijera el santo poeta de Asís.

Mientras tanto, se estaban acercando a la población. Las primeras casas iban apareciendo bajo la niebla. A lo lejos, la torre del templo perfilaba sus contornos blanquecinos y sus ventanas ojivales, ornadas de conchas marinas que brillaban bajo la luna, con el reflejo de cimitarras desnudas.

A la entrada del poblado se encontraron con numerosas personas que venían a saludar a los dos viajeros y a ofrecerles hospitalidad. Ricardo y Manuel desmontaron en casa de éste. La familia Grajales no era de las más notables del lugar, ni ostentaba como otras rancios y fútiles pergaminos, pero en cambio se distinguía por sus correctos procederes y sabía honrar a sus huéspedes.

Ricardo fué presentado a la familia con amistosa

confianza y Manuel, su magnífico amigo y cicerone, bondaso en extremo, se propuso complacerle y agasajarle caballerescamente, con el noble empeño de hacerle sabrosa y grata la estada ensu poblado nativo.

La Señora viuda de Grajales era una anciana matrona que encantaba con su dulce sonrisa y agradables maneras, y su hija Teresa, bella criatura de veinte años, un poco tímida, pero esbelta y delicada, de contornos señoriles, era la complacencia y el orgullo del hogar de los Grajales.

*
* *

Al siguiente día, Manuel llevó a Ricardo por todos los paseos y lugares más atrayentes de Manzanares. El río, que rodea la población en dos terceras partes de su perímetro, fué considerado por Ricardo como uno de los más hermosos que había conocido en América. Se desliza sobre un lecho rocoso, mansamente, sin declive al parecer y envuelve la ciudad en una sola curva enorme, como si, a falta de murallas antiguas quisiera protegerla con el caudal de su corriente. Sus aguas claras, límpidas, traspas-

rentes hasta el fondo están durante el día templadas por los ardores de la estepa desnuda que atraviesa, y de este modo preparadas no producen al bañista la honda sensación desagradable de las aguas heladas que el sol no temple y purifica. A uno y otro margen del cauce, los árboles frutales entrelazan sus ramas ; forman arcos caprichosos juntando sus brazos desde las opuestas orillas, llenos de parásitas florecidas y multicolores que hacen pensar en los jardines colgantes de novelescas Babilonias encantadas ; a veces las ramas, doblegadas por sus frutos maduros, besan las ondas en mitad de la corriente y los nidos de las aves se balancean sobre las cabezas de los nadadores. Aquel rincón de la tierra es un edén sugestivo, un trozo de paraíso bíblico transportado a los tiempos modernos, a través de la Grecia inmortal y colocado en el lugar más humilde y escondido de la América.

Ricardo quedóse absorto y pensativo bajo la frondosidad de aquellas riberas milagrosas. Había conocido muchos lugares hermosos, poéticos, en los cuales la Naturaleza se complace en amontonar sus galas, el sol sus resplandores, el crepúsculo sus melancolías ; había contemplado con asombro

muchos paisajes maravillosos, pero ante este cuadro oculto, paradisíaco, deleitante, sentía una indecible emoción que él mismo no acertaba a definir. Hasta el nombre del río era poético : « El Ensueño ».



Por la noche estuvieron recibiendo numerosas visitas de personas distinguidas y hasta célebres, de las cuales algunas pertenecían a la sociedad capitalina, recién llegadas a Manzanares, en busca de las brisas y delicias de « El Ensueño ».

Alberto Contreras fué, de entre los individuos presentados a Ricardo aquella noche, el que más simpatías demostró al joven Colombiano. Le ofreció su casa con franca amabilidad y le hizo prometer una pronta visita. Ricardo quedó encantado con el nuevo amigo.

— Alberto Contreras, díjole a Manuel, después que hubo salido el último visitante, es un hombre altamente simpático, tipo perfecto de caballerosidad. Parece un Bogotano de pura cepa.

— Tienes razón. Estuvo en Bogotá haciendo sus estudios profesionales, pero la guerra civil en

Colombia, la funesta revolución política de que fue epílogo el desmembramiento de Panama en 1903, le obligó a volver a su tierra, con todas sus esperanzas trucas. Desgraciadamente no ha vuelto a salir de Manzanares, que es su pueblo nativo, al que ama con verdadero fanatismo. La guerra en Colombia, primero y, después su apego incalculable a la « patria chica », le han cortado las alas. Es de un talento extraordinario y tiene un temperamento artístico asombroso. Con la facilidad con que ejecuta al piano o en el órgano del templo, sin ayuda de notas, el *Ave Maria* de Gounod, compone un poema, escribe una leyenda histórica o prepara un discurso político...

— Lástima, respondió Ricardo pensativo, que éste individuo, con tales disposiciones, no haya logrado terminar sus estudios universitarios. Es la eterna historia, la desgraciada historia de algunos países revoltosos de América. Grandes cabezas de sabios, segadas por la revolución; talentos de promisión y de esperanza, hundidos en las tinieblas de una noche sangrienta. Esa es la guerra, amigo. Y, después, las nuevas espigas levantadas sobre las cenizas humeantes y sobre las ruinas y despojos

de los campos que ha devastado la matanza, no tienen el vigor de las espigas sembradas en los surcos de la paz. Maldita guerra...

— Maldita guerra.

— Afortunadamente, amigo mío, en Colombia tan castigada por el flagelo, no se piensa ya más que en trabajar y en hacer Patria grande, próspera y feliz.

* * *

El Cura de Manzanares, naturalmente la persona más connotada del lugar, estuvo en casa de los Grajales, en las primeras horas del siguiente día para visitar al joven huésped y a Manuel, de quien era antiguo amigo y consejero, pero ambos habían salido.

Era el viejo párroco, además de una bonísima persona, el tipo más genuino y patriarcal del Ministro Católico, encarnación viviente del apóstol antiguo que aun se ve en el seno fecundo de estas Américas prodigiosas. El era como el eje y el centro, como el norte y la guía de aquel pueblo sencillo, y al amparo de su bondad paternal dos o tres

generaciones se habían levantado, mirando con respeto y sumisión al sagrado patriarca provento.

El Padre León, — que de león solo tenía el nombre y la generosidad, — era llamado comunmente el *Padre de todos*, simple y expresivo nombre que sintetizaba todo el cariño y la confianza que merecía de su humilde y escondido rebaño.

El *Padre de todos*, físicamente descrito, era de baja estatura, un poco rechoncho, color bronceado, prominente abdomen, calva plateada y ojos muy negros de dulcísima expresión. Agregad a ésto setenta años de edad y una eterna sonrisa que mostraba al desnudo sus dientes disparejos y amarillentos y os habréis formado una idea aproximada del buen párroco.

Cuando, con su andar pesado salía de la iglesia, después de celebrar la misa y atravesaba la plaza rodeado por la cariñosa chiquillería que siempre le acompañaba y a la cual solía repartir algunas monedas, estampas y caramelos, la figura del anciano era sin duda la atractiva figura de un pastor adorable.



— Toma, lee, dijo Manuel a Ricardo, alargándole un papel.

Era una invitación, suscrita por cuatro o cinco intelectuales, encabezados por Alberto Contreras. Habían organizado una velada o tertulia literaria, para el día siguiente, en el salón de la Casa de Gobierno y querían que nuestros amigos tomaran parte en ella.

— Hay que contestar inmediatamente que aceptamos, agregó Manuel. La velada se dará en tu honor y ya me habían advertido del proyecto. Además, contando con tu aquiescencia, yo me permití prometer nuestro concurso.

— Sea como tu quieras, repondió Ricardo. La verdad es que mi deseo, al venir a Manzanares en compañía tuya, no ha sido otro que buscar el descanso y la tranquilidad, como tu sabes, aprovechando las pocas semanas que podremos permanecer en este lugar campestre y señorial al mismo tiempo...

— Dicen — interrumpió Manuel para animar a

su amigo — que colaborarán en el acto algunas Señoritas.

— ¡ Cómo ! repuso Ricardo verdaderamente sorprendido, ¿de modo que tenemos en Manzanares algunas mujeres aficionadas al arte, poetisas tal vez?...

— No te precipites, Ricardo. Lo que hay es que, durante los meses del verano se reunen en la población notables personajes de la capital y vienen en veraneo muchas hijas de Manzanares, educadas en Europa, que nada tienen que envidiar, ni en cultivo intelectual ni en distinción de maneras a las damas más encopetadas de tu tierra. A ellas, precisamente me refiero. Sin duda tendrán algunos números de canto y de piano. Allí conocerás a la sobrina de Alberto Contreras, una muchacha encantadora que sabe manejar la pluma, el pincel y las teclas del piano con destreza admirable.

— Me están interesando tus noticias, mi querido Manuel. Y, dime, cómo se llama esa sobrina de Alberto Contreras?

— Lucila Pinar.

— Lucila Pinar Contreras. Bonito nombre. Con-
testa por los dos la invitación y di que nos encon-

tramos honrados y complacidos y que procuraremos merecer la atención.

Manuel tomó la pluma y Ricardo se quedó meditando, de codos en la ventana. Ningun nombre de mujer le había llamado la atención, entre tantos que habían cobrado su cariño. Rosa, Esther, Julia, Cecilia, María Luisa, habían sido ráfagas fugaces, desvanecidas al menor soplo de ausencia. Y murmuraba con cierta inquietud:

— Lucila...



El acto había comenzado, cuando Ricardo y Manuel, vestidos de frac, irreprochables, llegaron al vestíbulo del Palacio de Gobierno. Allí encontraron a Alberto Contreras y a los otros intelectuales que iban a tomar parte en el festejo.

Sentado cerca del proscenio, en actitud humilde y pensativa vieron al Padre León y se acercaron a saludarle. Manuel le hizo la presentación de Ricardo y el anciano estrechó efusivamente la mano de los jóvenes, entre protestas de bondadosa simpatía. Ambos le dieron las gracias por su visita

de dos días atrás y le prometieron que en la misma semana se la devolverían. El venerable sacerdote, sonriendo plácidamente, les dijo :

— Mi casa es la de todos y muy especialmente de ustedes, amados hijos.

Los dos estrecharon de nuevo las manos del buen viejo y le pidieron permiso para retirarse.

En el salón principal, iluminado profusamente, no había más de un centenar de personas, pero se comprendía inmediatamente que aquella escogida concurrencia no era extraña a la admiración de actos culturales, sino que, más bien estaba acostumbrada a tenerlos con frecuencia allí mismo y en centros populosos. Ricardo quedó muy bien impresionado con la vista del salón y acercándose a Manuel le dijo al oído :

— Quiero que me presentes a la sobrina de Contreras, antes de que comience el acto. Tengo verdadera pereza de recitar versos y necesito que una persona, como ella, me anime, me estimule, para no exponerme a fracasar en medio de tan espléndida fiesta.

— Precisamente, ahí viene.

Acompañada de su prima, Julia Contreras y

de Alberto que había bajado a recibirlas al pie de la escalera, apareció Lucila. Vestía con elegante sencillez y llevaba a la cintura una gran rosa de Francia, de pétalos blancos, ligeramente sonrosados, que hacía hermosísimo contraste con su color trigueño y con su traje gris perla. Era alta, esbelta, de facciones purísimas, cabello ensortijado y negro y en su frente amplia y en sus ojos profundos, de un color oscuro, indefinible, se revelaban al instante las huellas del talento y de la melancolía.

Después de los saludos de presentación, entraron a la gran sala, porque ya se había dado la señal de comienzo. Ricardo se sentó al lado de Lucila. La orquesta llenaba el salón con las notas de una marcha guerrera, rotunda y lírica que disponía el ánimo, para los grandes triunfos, llenándolo de alegría y estímulo.

Un muchacho pasó por delante de los dos, repartiendo programas a los concurrentes. Ricardo tomó uno, lo hojeó rápidamente y leyó en la tercera parte :

« *Rapsodia Húngara*. Piano, por la Señorita Lucila Pinar. »

Y lo pasó a Lucila.

— He venido, díjole ella, únicamente por oír a usted. Todas las personas que hablarán esta noche, me son muy conocidas. Mi tío Alberto me ha dicho que usted domina con la palabra.

— Perdóneme usted, Señorita, que no esté de acuerdo con su tío. Siento que él, en su bondad y en su entusiasmo por los jóvenes intelectuales de Colombia, le haya exagerado, porque así la desilusión de usted será completa.

— Estoy segura de todo lo contrario.

— Muchas gracias por su seguridad, que me pone en un aprieto, respondió Ricardo, inclinando ligeramente la cabeza. Un artista, un verdadero artista de la palabra rimada, podría dejar esta noche satisfecho al público más exigente, pues se sentiría arrobado con la música estimulante de la orquesta, con la selección y cortesanía de la distinguida concurrencia, con tanta profusión de luces y de flores y... sobre todo con el aroma delicioso de esa gran rosa que usted lleva en la cintura.

— ¿Le gusta a usted esa rosa? A mi vuelta de Europa traje de París algunos retoños y, aunque con gran trabajo, he logrado que no se marchiten

y ahora empiezan a producir muchas rosas. Verá usted más rosales, cuando se sirva hacernos la visita.

— Tendré el honor de verlos y admirarlos, si usted me lo permite, Señorita.

Mientras tanto, ya estaba para finalizar la primera parte del festival que consistía en la lectura de algunos trabajos históricos. A tiempo de empezar la segunda parte, Ricardo se despidió de Lucila y pasó al proscenio. Allí estaba Manuel, esperándole. Al levantarse el telón, los concurrentes rompieron en aplausos. Doble compromiso para los oradores. Manuel hizo la presentación de Ricardo en un corto discurso, sencillo y elevado, parco en elogios de relumbrón, en un estilo elegante y conciso y con la serenidad y desenvoltura de quien está avezado a las difíciles contiendas de la tribuna, tan profanadas por arlequines de la oratoria.

Ricardo declamó pausadamente, con elegancia y sentimiento, dando a su voz una modulación sonora, un hermoso poema bucólico, genuino de nuestra América salvaje, que cautivó desde las primeras estrofas, hasta el punto de que el mur-

mullo y los aplausos de la concurrencia no le dejaban terminar. Buscó con la mirada a Lucila y se encontró con sus ojos, fijos sobre los suyos, con su expresión de dulce melancolía. Vió en su cintura la gran rosa de Francia.

Después de éste, recitó un poema de resignación, la historia de una monja, los sacrificios del convento, el combate heroico entre las seducciones de la vida mundana y las privaciones de una celda monjil. Al terminar la oración del poeta, resonaron los aplausos. Una lluvia de flores cayó a sus pies. El joven, sonriente y conmovido, miró a Lucila y ella le devolvió la mirada con un sonrisa. En su cintura no estaba ya la rosa de Francia.

Cuando bajó el telón, Ricardo buscó entre las flores la rosa predilecta y la guardó cuidadosamente. Era su triunfo.

Tocaba el turno a ella. Cuando Ricardo fue a sentarse en su lugar, Lucila estaba ya frente al piano. Hubo un silencio general, un silencio precursor de grandezas y de triunfos. Poco después las notas de la *Rapsodia Húngara* llenaban la acústica del salón de Gobierno. La clásica grandeza

de aquella obra maestra latía bajo los dedos ágiles y finos de la sentimental pianista.

Alberto Contreras clausuró el acto con un admirable discurso. Lucila, mientras tanto, había salido del salón. Cuando Ricardo la buscó entre los concurrentes para despedirse, había desaparecido en compañía de su prima.

Al salir, Ricardo y Manuel se encontraron en el pasillo exterior con el Padre León, quien los esperaba para darles los parabienes. Abrazó a Ricardo con verdadera emoción, murmurando :

— Muy bien, hijo mío ; sabe usted atraer los corazones con la irresistible fuerza de su palabra.

Y juntos salieron a la plaza y rodeando el parque llegaron a la casa cural que estaba situada en uno de sus costados.

— Si ustedes gustan seguir adelante, les dijo el noble cura, me proporcionan un verdadero placer. Aun es temprano y podremos charlar un rato.

— Gracias, Padre, se apresuré a contestar Ricardo ; la noche está avanzada y usted necesita reposo. Mañana probablemente le haremos nuestra visita y, desde ahora le advertimos que va a ser muy larga, quizás de toda la tarde.

— Les cojo la palabra. Por lo menos, toda la tarde.

Y con un nuevo abrazo se despidieron del magnífico anciano, pensando que con un pastor tan santo y venerable y tan lleno de bondad para todos los hombres, serían muchas las ovejas descarriadas que volverían sin resistirse hacia el aprisco.



Ricardo sentía aquella noche una viva alegría, mezclada de inquietud que no le dejaba conciliar el sueño. Sentía la placidez y el orgullo natural del que ha triunfado, pero no era, no podía ser esa la causa de su alegría. El había triunfado en grandes centros, en las metrópolis ruidosas, en el escenario fastuoso de muchas capitales. Porque, pues, el éxito obtenido — que él no había buscado — sobre un centenar de oyentes, en la modestia de un pueblecito oculto, donde su triunfo quedaría reducido al círculo formado por unos miles de metros, le había de producir semejante sensación de alegría? Algo más hondo, más poderoso, algo

indescifrable influía en el alma de Ricardo, que se revolvía en su lecho, sin comprender la causa de su desasosiego. Los ojos y la sonrisa de Lucila Pinar no podía olvidarlos un momento y sentía el aroma de la gran rosa de Francia que había colocado entre un vaso de cristal, muy cerca de la cabecera de su cama. Por primera vez en su vida sentía nacer en su corazón un sentimiento misterioso, algo sobrenatural que él había ignorado; sentía desenvolverse en su interior espiritual una raigambre de fuego que le quemaba el pecho, la dulzura inefable de un martirio nacido en los albores de su juventud, el goce de un dolor, el presentimiento de una era de sacrificio, bautismo de sangre espiritual que precede siempre a las grandes tormentas del corazón.

Lucila, a su vez, comprendió aquella noche que su admiración por el joven poeta, no era solamente la apreciación de su triunfo, desde el punto de vista artístico. Sintió por él algo más que el aprecio de sus méritos. Interés más real y más auténtico despertó en su espíritu selecto la sinceridad y el talento de Ricardo. Por eso quiso evitar el encuentro con el poeta a la salida del salón y se retiró

furtivamente, antes de que Alberto Contreras pronunciara las últimas palabras clausurales.

Pero, a pesar de su propósito de esquivar la vista de Ricardo desde la misma noche en que le había sido presentado y en que le había conocido tan intensamente en sus estrofas, llenas de videncia y de fuego, no pudo tampoco dormir en paz y despertó al día siguiente con el final de una estrofa de su poema entre los labios.

A la hora del almuerzo, cuando Ricardo y Manuel se preparaban para pasar al comedor, se presentó ante ellos un niño, que conducía cuidadosamente un precioso bouquet. Al recibirlo, Ricardo notó entre la aglomeración de las más hermosas y variadas flores, una gran rosa de Francia. El niño le entregó también un sobre perfumado, de color violeta. Ricardo, conmovido, rompió el sobre y examinó las firmas :

Cecilia Díaz, Julia Contreras, Leonor Salas, Lucila Pinar.

— *Las cuatro europeas*, advirtió Manuel, observando por detrás. Las llaman así en el pueblo, porque hace poco regresaron de Europa, donde hicieron sus estudios y porque aquí van siempre

juntas en sus paseos y son la admiración y el orgullo de Manzanares.

La carta decia :

« Poeta :

« Aún resuenan en nuestros oídos las cadencias de vuestras admiradas creaciones poéticas.

« Aún persiste en nuestro cerebro la grata impresión de vuestro recitar dulce y sonoro.

« Aún llevamos en nuestras almas la plácida remembranza del sentimentalismo profundo de vuestras oraciones místicas, el alto alcance moral de vuestros cuadros vívidos.

« Por eso ! oh poeta ! admirable poeta de veinte años, nosotras no podemos dejar de dirigiros nuestro efusivo aplauso y nuestra discreta admiración.

« Recibid ¡ oh poeta ! como una humilde ofrenda de nuestra admiración, ese ramillete formado con las más ricas flores de nuestras jardines, emblema de vuestras poesías, y esa modesta medalla en donde figura el águila caudal, remedo de vuestro pensamiento.

« Deseamos poseer un recuerdo tangible del hermoso festival : os rogamos nos obsequiéis con

la copia de las poesías recitadas por vos anoche... »

— Qué noble manifestación de la cultura exquisita y sin rival de estas cuatro mujeres, exclamó Manuel, tomando la carta de manos de su amigo. No se podía esperar menos de su refinada educación.

— Esta es una carta altamente simpática, agregó Ricardo, que, en estos tiempos del positivismo y de los rieles, de los *rascacielos* y de los automóviles, revela un grado cultural, un sentimiento tan elevado en nuestras mujeres que no habíamos llegado a soñar y que hace contrapeso al egoísmo y al cálculo burgués de nuestra época.

Ricardo se sentó a escribir la contestación a la fina esquila precedente y, cuando hubo terminado, le agregó el legajo de los versos que le pedían y la pasó a Manuel, para que éste se encargara personalmente de entregarla.

— Anuncia de una vez, dijole Ricardo, que mañana les presentaré mis respetos y mis agradecimientos personales y que se sirvan recibírnos en casa de la Señorita Pinar.



— Son las cuatro, dijo Manuel a Ricardo, dándole amistosamente una palmadita en el hombro ; es la hora de la visita.

— Vamos.

Y los dos amigos, que estaban paseándose en el parque, bajo las eras de almendros y de acacias florecidas, se acercaron a la casa de la Señorita Pinar. Al llegar al vestibulo oyeron la armonía del piano y sintieron una voz melodiosa de mujer que cantaba una romanza francesa.

— La conozco ; es la voz de Leonor Salas, dijo Manuel.

Y se quedaron escuchando. El piano desgranaba las notas de una sinfonía arrobadora, que hacían eco doloroso y profundo en la atmósfera tibía de la tarde y la voz dulcísima era un arpegio de cristal que conmovía las recónditas fibras del corazón regocijado.

Al terminar, los dos entraron al salón. Lucila vestía un traje de color plumizo y lucía en su cintura, como único adorno, una gran rosa de Francia.

Al punto se observaba en ella la exquisita sencillez y la orfandad de adornos y de abalorios fútiles. Y sus ojos, con su habitual expresión de dulce melancolía, profundamente soñadores y misteriosos, revelaban la existencia, detrás de sus pupilas de un espíritu refinado y sensible.

Leonor Salas, al lado de ella, estaba aún en actitud de cantar, de espaldas a la puerta y medio oculta en la penumbra del salón. Menudita, casi endeble, pero elegante y blanca, tenía la palidez de los mármoles enterrados por siglos en los soterráneos oscuros y el azabache de su cabello realzaba la blancura y la delicadeza de su cuerpo. Julia Contreras y Cecilia Diaz, primas de Lucila, ambas trigueñas, aquélla de pupilas picarescas y de labios rojos como los claveles de Andalucía, que denunciaban una deliciosa vivacidad y la última de ojos pensativos y cándidos, a través de cuyas miradas virginales, como por dos ventanas de convento, se asomaba la modestia y el encanto de un alma en toda la plenitud de su inocencia, completaban el cuadro real y vívido, al entrar nuestros amigos.

Lucila hizo girar la silla, lentamente, dando la espalda al piano y, al extender su mano dimi-

nuta a Ricardo, inclinó ligeramente la vista hacia el suelo, mientras su rostro se iluminaba con el encanto de un leve rubor. Él se sintió hondamente conmovido al estrechar esa mano fina y aristocrática que tanto había admirado la noche del festival, ágil sobre el teclado sonoro, en la ejecución de la clásica rapsodia.

Después de los saludos de presentación, Ricardo y Manuel tomaron asiento, exclamando el primero :

— Ustedes tendrán la bondad de perdonar que hayamos interrumpido con nuestra llegada la bella romanza que escuchamos desde el vestíbulo. Pero que no sea nuestra presencia obstáculo para que continúe al piano de la Señorita Pinar y para que la voz argentina de la Señorita Salas nos siga deleitando.

— Es usted muy complaciente, señor, contestó Lucila, pero habíamos terminado.

En ese momento apareció en el salón la señora viuda de Pinar, madre de Lucila, dama distinguida, bastante joven aún, vestida de riguroso luto. Lucila hizo la presentación de su madre.

— ¿Qué impresión ha recibido de nuestro

pequeño Manzanares? dijo la señora, dirigiéndose a Ricardo.

— Una impresión, señora, que, francamente yo no me esperaba. Tienen ustedes un paraíso en medio de la inmensidad de estas llanuras solitarias. Manzañares es un bello rincón hospitalario, donde encuentra uno la cultura de una sociedad que envidiaría cualquier capital de América y, entre las bellezas materiales — aparte de la belleza singular de sus mujeres — , « El Ensueño » reúne todas las maravillas de la Naturaleza. Es el río más hermoso que he conocido hasta hoy y no es aventurado asegurar que es el más bello del continente.

— Realmente, « El Ensueño », dijo Lucila, merece el significado de su nombre. Anteriormente tenía un nombre indígena, bello también, pero que en ninguna forma podría calificar tan justamente la hermosura salvaje de este río.

— Pero era un nombre indígena que debió conservarse, observó Ricardo. Es una extraña manía la que tienen en estos países del Nuevo Continente. Somos muy amigos de cambiar el nombre primitivo de los pueblos, por el solo motivo de ser aquellos nombres indígenas. Y, lo peor de

la extraña manía consiste en que los hemos de sustituir por nombres célebres de ciudades antiguas, regularmente europeas, aunque para ello tengamos que repetirlos dos o tres veces dentro del mismo país.

— He notado, repuso Manuel, que este defecto es muy común en Colombia. Por lo que sé de su geografía, puedo asegurar que es uno de los países en los cuales se ha tratado de extirpar hasta el último resto de la grandeza indiana, en lo que se refiere a la designación sustantiva de los lugares. Por este motivo, la historia de Colombia tendrá que presentar ciertas lagunas, ciertas imprecisiones o, por lo menos hará necesario, la creación de un auxiliar histórico que presente la equivalencia de los nombres modernos en el idioma bárbaro.

— Tienes razón, dijo Ricardo. Cuando yo viajé la primera vez por Colombia, sufrí el desconsuelo, la incertidumbre de que has hablado. Con mucha frecuencia solía chasquearme por ello. « Voy para Sevilla », me decía un mi amigo y, yo me quedaba admirado, envidiando la suerte del feliz mortal que iba para tierras españolas. Al siguiente día me daba cuenta que el Sevilla de mi amigo era un

infeliz villorrio, a tres leguas de distancia. « Don Fulano estápasándose unatemporadita en Holanda », me advertía otro. Yo me quedaba estupefacto. « Cómo, decía yo, de cuando a acá Don Fulano tiene tanto dinero para irse a veranear a Holanda? » « Señor, me respondía el otro con una carcajada insultante, pero si Holanda es un monte, con un maizal y un rancho de paja que este Señor tiene no lejos del pueblo. » Cierta vez pasé por un pueblecito llamado Santa Rosa ; los munícipes estaban descontentos con el nombre de su parroquia, porque dentro del perímetro del país había de cuatro Santa Rosas. Al año siguiente volví por los los mismos andurriales y me encontré con que al Municipio le habían puesto apellido : se llamaba ya Santa Rosa de Cabal. Dos o tres años después supe que al pobre Municipio le habían quitado el nombre, dejándole el apellido solamente : se llamaba Cabal. Yo pensé que en ese pueblo no había ninguna razón cabal. Ahora se llamará quizás Madrid o Constantinopla.

Los oyentes reían de buena gana.

— Yo considero, agregó Ricardo, que cuando un país va borrando de su suelo los históricos nom-

bres primitivos, immortalizados por la leyenda o la tradición, comete un atropello a los fueros inviolables de la Historia, hace el papel de verdugo de su propia integridad moral y territorial y, al fin acaba por presentar el aspecto de esos caserones antiguos y señoriles, en donde manos profanas y estúpidas han cambiado la majestad de los muebles vetustos y de los cuadros opacados por el tiempo, la pátina sagrada de los salones principescos, por una decoración churrigueresca y relumbrante.

En aquel momento, a la entrada del salón, apareció la simpática figura de Alberto Contreras. Se acercó a Ricardo y le abrazó amistósamente, diciéndole :

— Supe que estaba usted en casa de mi hermana y he venido a convidarle a una excursión que haremos mañana por las orillas de « El Ensueño ». Usted también, Manuel, se servirá acompañarnos.

— Con mucho gusto, será un vivísimo placer, respondieron ambos simultáneamente, levantándose.

Era hora de partir.



Serían las nueve de la mañana, cuando Ricardo y Manuel, acompañados de Alberto Contreras y de Rodolfo Ibañez bajaban la suave pendiente que conduce a la hondonada del río.

Rodolfo Ibañez le había sido presentado forzosamente a Ricardo aquella misma mañana, en una de esas circunstancias que no se pueden eludir. Era este un individuo de estatura mediana, flaco y enjuto de carnes, color cetrino amarillento, nariz perfilada y curva y ojos hundidos y sangrientos. Frisaba en los treinta años, pero representaba dos lustros más en su andar vacilante, su rostro demacrado y sus arrugas undelebles en la frente, signos imborrables de su borrascosa juventud agonizante. La figura de este vagabundo sonriente y genuflexivo en sumo grado, que trataba de ocultar con los afeites y corteses maneras los despojos de su personalidad, era una de esas figuras que se aferran a la mente para no borrarse más. Sabedor del paseo proyectado por Alberto Contreras para agasajar a sus amigos, se ofreció a acompañarlos,

pretextando deseo de relacionarse con el poeta y hubo que incorporarlo a la pequeña comitiva excursionista.

Contrastaba singularmente la presencia de este bohemio con la de sus compañeros : Alberto Contreras, alto, delgado, de correctas facciones, bigote cuidadosamente recortado, ojos oscuros y serenos, conversación franca y amena, siempre dispuesto a agradar y nunca a displacer, en plena juventud con sus treinta y cinco años. Manuel, serio y jovial a un mismo tiempo, de regular estatura, más o menos con los mismos años de Alberto, pero que revelaba menos aún que este por su rostro rasurado, su cabello negrísimo y el color sonrosado de su mejillas. Y Ricardo, casi un adolescente, en toda la frescura de la primera juventud, con hermosos colores en el rostro que no habían podido marchitar los ardores calcinantes de los trópicos, siempre alegre y festivo y a la vez mesurado en sus acciones y palabras, como si madurez, juventud y adolescencia se hubieran dado cita en aquel cuerpo y en aquella alma de veinte años, con la cautela de la primera, la fogosidad de la segunda y la franqueza e ingenuidad de la última.

Los tres amigos no se encontraban muy gustosos con la inesperada compañía de Ibañez, pero no habiendo podido sustraerla resolvieron gozar del paseo con entera libertad, olvidando, a ser posible, la presencia del intruso.

Por todas partes los racimos encorvados de mangos doblegaban las ramas de los árboles, que el viento furibundo del estío sacudía con violencia, haciendo rodar las frutas sobre los colchones de hojas secas. Centenares de pájaros revoloteaban en torno de las pomas frutecidas, en busca de su carne sabrosa y, por el suelo, bajo los emparrados marchitos, cruzaban numerosas alimañas, también atraídas por el frugívoro sustento.

Los cuatro amigos escogieron para el baño matinal un recodo del río, llamada Playa Grande, en donde las aguas que bajan por entre dos altas paredes de rocas, en un cauce profundo y angosto, se expanden allí, mientras las rocas se inclinan hasta ocultarse bajo la superficie de cristal y las olas del río, libres de su cárcel, ruedan a lo largo de los flancos u orillas y bañan las raíces de los árboles seculares. Las ramas se cruzan por encima de aquel lago minúsculo, formando deliciosas

hamacas de bejucos y sarmientos. La brisa sacude los ramajes florecidos y arranca los pétalos de verano que caen sobre el agua en lluvia de colores y los rayos del sol se filtran por la urdimbre de las hojas, bañándolas de un leve escarlata y se clavan en las ondas como flechas sutiles. Rayos y flores juegan sobre la superficie cristalina; colores y reflejos se mecen en la linfa dormida que apenas una débil ondulación y un lejano murmullo presentan con aspectos de corriente. Allí, en la contemplación de aquel cuadro maravilloso y real, que tiene visos de encantado y mitológico, la imaginación puede crearse, para recreo de los sentidos, grupos de faunos y de náyades, de sátiros y de ninfas y hasta al dios Pan con su siringa de cañas, presidiendo aquel pueblo ideológico.

Los cuatro excursionistas, cón sus trajes de baño, después de haber colocado su ropa sobre las enormes raíces, subieron por la orilla del recodo, se treparon sobre una de las altas rocas y, desde allí, uno a uno, se fueron arrojando a la corriente. Hábiles nadadores, cruzaron por todos lados el gran pozo dormido. Luego se fabricaron una barca con troncos de maderas liviana amarrados con

bejucos y sobre ella cruzaron el pequeño lago en todas direcciones.

Después del baño, tendidos al sol sobre las raíces centenarias, comieron naranjas y otras frutas cogidas de los árboles de la orilla.

Alberto, al observar la medallita de plata que Ricardo llevaba pendiente de su cuello, le dijo con expresión de complacencia :

— Veo que usted, amigo Ricardo, profesa la fe católica. Podría decirnos el origen de esa pequeña medallita que usted lleva consigo?

— Con mucho gusto, mi buen Alberto. Esta medallita me la puso mi madre al despedirme del hogar y yo le prometí que me acompañaría siempre.

Y notando que Ibañez hacía un pequeño gesto de desdén, Ricardo habló de esta manera :

— En cuanto a mi doctrina, usted ha dicho lo que soy, mi querido Alberto ; solo me resta agregar que mi fe es sincera, absolutamente sincera ; soy « católico por dogma y por estética » y no oculto mis ideas ; al contrario : las pregonó. En la moderna sociedad, cínica y cobarde, no son pocos los hombres que representan una farsa criminal. Experimentan

el influjo de esta religión poderosa que ha trasformado el mundo ; que conserva incólumes sus dogmas, sus ritos y su base fundamental ; que cada día se presenta más vigorosa, atrayendo nuevos prosélitos, gracias a la solidez de sus doctrinas y a la bondad y sabiduría de sus preceptos, — pero adeptos convencidos y no vencidos — ; sin embargo los *modernos*, los *avanzados* sienten vergüenza de practicar públicamente los mandatos tan suaves y llevaderos que impone nuestra religión, y afirman que *eso es ya viejo que eso es de los tiempos pasados*, como si el asiento de una religión fuera a modo de esos cursos de pedagogía de hace cincuenta años, que hoy ya son retrasados y deficientes o a manera de los viejos métodos de transmisión y de locomoción que han cedido su lugar a nuevos sistemas perfeccionados más útiles a la humanidad. Creen esos hombres en la grandeza de las pirámides de Egipto, del Partenón de Atenas, del Coliseo neroniano, obras al fin materiales y de duración temporal ; consideran como suma de la concepción poética las obras de Homero, escritas hace ya algunas décadas de siglos y no superadas por ningun genio moderno y sin embargo reputan

idículamente como atrasada y propia solo de personas cándidas la Religión Revelada, Divina y Única, a cuyos resplandores de Verdad Suprema se han acalorado millares de sabios y ante cuyas plantas se han doblegado, rindiéndole amor y pleitesía los talentos más grandes de la tierra. Y así y todo la consideran retrasada y oscurantista ! ¡ Mentira ! Es que las generaciones de esta edad de prejuicios, suspicacias y dolencias morbosas, son generaciones degradadas y cobardes ! Cobardes, sobre todo, pues no tienen valor suficiente para defender sus íntimas creencias contra la avalancha de sofistas y escépticos, de mendaces y cínicos que les salen al paso insultándolos, bafándolos y escarneciéndolos en su propia cara... !

Las últimas palabras de Ricardo resonaron como un látigo de bronce en la oquedad de la arboleda.

Rodolfo Ibañez había escuchado las enérgicas frases de Ricardo con cierto gesto de desdén mal disimulado, pero ante la mirada franca y leal del joven y ante su convicción inquebrantable no tuvo más que guardar silencio.

Levantáronse, vistiéronse y emprendieron su excursión pour la ribera del río. A veces tenían que

trepár por las rocas desnudas, erizadas de picos, agarrados de las plantas trepadoras y de los convólulos ; a veces saltaban sobre las ramas de los árboles recostados en la molicie de las aguas quietas. Por fin, sudorosos y fatigados llegaron a la Gruta de los Caimanes, abierta entre las grandes rocas. Es éste un lugar, — el único que en el río aloja semejantes huéspedes, — en que el cauce todo se mete bajo las rocas, desaparece de la superficie de la tierra, sin declinar su curso, como por un túnel abierto por la mano del hombre. Para entrar a esta extraña cueva semi-oscura y fantástica hay que brincar de piedra en piedra, orillar el remolino de las aguas y arriesgarse a caer de pronto, tras un desliz cualquiera, en aquel lago subterráneo que la mayoría de las gentes miran con terror y que las imaginaciones supersticiosas se figuran como vivienda de brujas y de malos espíritus.

Los cuatro amigos penetraron, precedidos por Ricardo, ayudándose con largas estacas apoyadas en los muros sombríos. La boca de entrada es angosta, pero adentro se amplía, formando una extensa bóveda, con claraboyas naturales por donde se filtra opaca la luz del día, debilitada por

los líquenes, las telarañas y los nidos de murciélagos agarados al húmedo techo de la bóveda, de la cual penden numerosas estalactitas. Por medio de un largo tronco que lograron introducir en la cueva, a favor de la mansa corriente, saltaron a una gran piedra, salida del centro del estanque y desde allí estuvieron algunos minutos observando los movimientos de los siniestros saurios, dueños y señores de aquel funebre recinto y tal vez más temerosos que nuestros cuatro excursionistas, pues ni siquiera sacaron la cabeza para saludarlos con sus fauces hostiles.

Estaba el sol en mitad de su carrera, cuando regresaron a Playa Grande, fatigados, y hambrientos. Allí, sobre la fina arena de la playa, bajo la verde carpa de los árboles frondosos, encontraron un almuerzo succulento. Las viandas y los vinos cubrían el blanquecino mantel que resplandecía bajo los sesgos solares; a un lado, las frutas estaban amontonadas en una gran cesta, al pie de la cual, centinela de aquella maravillosa aparición gastronómica, un anciano de luengas barbas grises convidaba con su sonrisa a participar de aquel bucólico banquete. Todo aquello era obra sorprendente de Alberto Contreras.

Después de haber almorzado alegremente, sobre la muelle alfombra de las hojas secas recostados, los cuatro amigos reposaron en el nirvana de la siesta, pasada la cual, Alberto cantó coplas regionales ; Manuel hizo reir con sus cuentos chispeantes y amenizó la hora con su conversación agradable y jugosa ; Rodolfo Ibañez narró pasajes de su vida de bohemia y hastío, y Ricardo recitó algunos versos y contó la historia de sus viajes por el Sur del Continente.

Serían las cuatro de la tarde, cuando los cuatro excursionistas regresaron a Manzanares. Ricardo había recogido en su paseo raras flores silvestres, pensando en Lucila, pero esas flores, como tantas de sus ilusiones, no llegaron jamás a su destino.

* *
* *

— ¿Está el Padre León? preguntaron Ricardo y Manuel al muchacho que les abrió la puerta.

— Si, señores ; pasen ustedes adelante.

En una vieja poltrona estaba el cura, al parecer dormitando, con un breviario en la mano. Al sentir la llegada de los visitantes se incorporó en

su asiento y trató de levantarse, pero ellos se lo impidieron, sentándose a su lado.

— Venimos a cumplirle la promesa, Reverendo, díjole Ricardo. Pero sepa, padre, que seremos más liberales que usted, pues queremos acompañarle todo el mediodía.

— ¡ Oh ! Son ustedes muy bondadosos. ¡ Qué alegría me proporcionan ! Acomódense ustedes en mejores asientos.

— ¡ Pascual ! agregó el padre con voz fuerte. Ven acá, muchado. Avisa que los señores serán mis huéspedes para la comida y ve a conseguir algunas frutas que le calor es sofocante...

— Nó, padre — le interrumpieron. No se moleste usted. Le acompañaremos este mediodía, pero le anticipamos que nos esperan a comer en casa de Alberto Contreras.

— ¡ Ah ! Donde el buen Alberto. Magnífica persona. Es tal vez el mejor de los feligreses, después de su padre, Don Rafael Contreras... Pero, nó ; comerán conmigo y avisaremos a Alberto para que no los espere.

— Muy agradecidos, Padre, pero tenemos compromiso con Alberto.

El padre León era todo jovialidad y palabras amables para sus huéspedes.

— ¿Qué tal, padre, cómo le va en esta linda parroquia? le pregunto Ricardo.

— Bien, siempre muy bien, respondió el anciano. Hace cuarenta y cuatro años vivo aquí. Desde que me ordené. Se puede decir que he sido uno de los fundadores de Manzanares, del segundo Manzanares, porque el primero lo destruyeron las guerras. Yo he visto levantarse a todos o casi todos los que hoy son padres de familia y que ocupan algún puesto visible. Mis feligreses me quieren mucho; son mi familia, mi única familia. La parroquia produce poco, porque es pobre, muy pobre, pero siempre me produce más de lo que necesito y algo sobra para repartir a los pobres...

— En este pueblo — agregó suspirando — soy feliz. Si me arrancaran de aquí, moriría de pesar como una planta trasplantada. Cuando salgo por los barrios pobres y me rodean todos los indigentes, diciéndome: *Padre mío, el Padrecito de todos*, soy feliz, me hacen llorar de complacencia y me siento en esos momentos recompensado de las terribles amarguras que me producen los que se descarrian.

Ya estoy viejo, muy viejo ; comprendo que me resta poca vida, pero la poca que me queda la quiero dedicar a mis amados hijos, a mis queridos feligreses. Y, cuando llegue la hora de mi muerte, seré también feliz, encontrándome rodeado de todos ellos, bendito por todos ellos...

Y el buen viejo, sensible en sumo grado, con el revés de su sotana se enjugó dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos hundidos.

El resto del mediodía, Ricardo y Manuel estuvieron ojeando la biblioteca del padre León, demasiado riva y selecta para lo que era su pobre mobiliario. Tenía en sus estantes casi todas las obras clásicas españolas, los libros de los antiguos poetas griegos y latinos una mezcla confusa de volúmenes modernos de la más áurea literatura castellana, casi todos señalados con notas marginales, signos evidentes de que el ilustrado anciano bebía con frecuencia en las mejores fuentes del idioma y de la filosofía.

A la hora de despedirse, el generoso sacerdote puso en manos de los dos amigos sendos tomos escogidos de sus obras. Los jóvenes se encontraron sorprendidos de lo pronto que se les había fugado

la tarde. Así había sido de agradable e interesante aquel mediodía feliz, en la compañía del venerable ministro.

*
* *

Era el mes de Marzo, « mes de los recalmones », como dicen las gentes de mar, en las costas del trópico. Las fuertes brisas del estío que azotaban constantemente las llanuras de Manzanares, prescindiendo frescura a la calidez insuportable del clima, habían cesado casi por completo. El tiempo estaba caluroso como nunca y obligaba a los habitantes de la excéntrica población a buscar durante el día los lugares poblados de árboles, en las orillas del río, sobre todo en las horas de la soporífera siesta.

Por fortuna, la Naturaleza, madre piadosa y pródiga, había dotado aquel humilde rincón de la tierra de la más bella y beneficiosa de las creaciones : « El Ensueño ». Sus orillas eran en aquellos días el encanto y el alivio de las gentes del lugar. Desde las primeras horas de la mañana se veían descender por los caminos polvosos largas caravanas, familias enteras dispuestas a pasar el día

bajo la frondosidad de los troncos añosos y paternos. Presentaban el aspecto de gitanos o de tribus nómadas, llevando a cuestras los chiquillos, los enseres de cocina, las hamacas para colgar de las ramas y las aves de corral que habrían de servir para el almuerzo campesino.

Ricardo y Manuel, cada día hacían una nueva excursión por diferentes sitios, a veces solos, a veces acompañados de sus mejores amigos, siendo la cacería su deporte preferido aunque, a decir verdad, aquellos terrenos, huérfanos de montes y de laderas, no eran los más apropiados para la búsqueda de animales de caza. Todo se reducía a una que otra perdiz, unos cuantos conejos y — eso sí — numerosas iguanas, saurios repugnantes a modo de lagartos, muy apreciados por la gentecita menuda del lugar y que nuestros amigos mataban por ejercicio, regalándolos luego a las familias de los barrios indigentes.

Ricardo sentía, sin embargo la nostalgia de su tierra, de su familia, de algo que en aquella humilde cabecera de provincia ignorada no podía entrever en sus sueños de artista. Desde que había pisado aquellas playas solitarias y desde que había aspi-

rado el ambiente familiar de la casa del insuperable amigo Manuel Grajales, su melancolía, la eterna melancolía que le había acompañado por todas partes, desde los mismos albores de su infancia — si es que infancia tiene un poeta — se había avivado profundamente.

Teresa, la bella y noble hermana de Manuel, con solicitud y gentileza, características en la familia, se había empeñado desde el principio en atender y honrar a su huésped y en hacerle agradables las horas que estuviera bajo el techo de su hogar hospitalario. Y, su madre, la dulce anciana venerable, mostraba para Ricardo la ternura y la confianza de una madre verdadera, tal vez pensando en la otra anciana distante, cuya ausencia lamentaba el poeta en sus estrofas de cristal y en sus conversaciones íntimas.

Pero Ricardo, a pesar de que trataba de ocultar la honda tristeza que le dominaba, mostrando jovialidad y agrado para no parecer indiferente a las numerosas atenciones de que era objeto, no podía esconder la huella de un secreto pesar en sus ojos serenos, en sus largos silencios en sus paseos solitarios por los contornos de la po-

blación bajo los fulgores melancólicos de la luna.

Hacia ya una semana que no veía a Lucila y en ningún momento dejaba de pensar en ella. Todas las tardes vagaba por los alrededores de su casa, y cuando algunas veces la adorada visión aparecía bajo el marco de la ventana que daba al parque circundada de rosales, al punto mismo se escondía tras de los grises cortinajes.

Por la noche, los grupos femeninos charlaban en las eras del jardín público ; se paseaban bajo las fitas de almendros y de mirtos recortados y llenaban de contento y de fina algazara la soledad tediosa del pueblecito. Ricardo buscaba con los ojos, entre los surcos de granados y a la sombra de las añosas acacias enrojecidas por millares de florecitas de púrpura y en medio de los rosales multicolores, donde la había visto otra veces, la dulce y atrayente figura de Lucila. Raras veces la veía cruzar, cogida del brazo de Leonor Salas, su amiga inseparable ; ella le saludaba desde lejos con una leve sonrisa, pero jamás detenía su paso, no pudiendo, por lo tanto, mediar entre los dos ni las triviales y comunes palabras de un saludo.

¿Porqué ese empeño de Lucila en ocultarse de

Ricardo y en esquivar una entrevista, aunque fuera en los concurridos paseos del parque? Sentiría ella, acaso, el temor de interesar su corazón con el despertar de esa pasión amorosa que todos llevamos dormida en el fondo de nuestro interior espiritual y luchaba por extirpar el comienzo de aquel efluvio misterioso que prendía sus raíces, insensiblemente? Ella sabía que el joven galán, enamorado de su arte, con un espíritu errabundo y una sed insaciable de peregrinar por todos los rincones de la tierra y de gustar la belleza de todos los paisajes terrenos, levantaría su tienda pocos días después y se alejaría de aquellas playas taciturnas, con la indiferencia de las aves migratorias que abandonan su nido sobre cualquier ramaje y van a colgarlo nuevamente de algún tronco rugoso.

Así, aquel soñador casi adolescente que, llevaba en sus pupilas el fulgor de soles tan distintos y la impresión indeleble de parajes multiformes, y en su fisonomía la huella de una prematura taciturnidad, diría adiós a esas playas, a esos nobles aleros hospitalarios, para ir a prender sus esperanzas, sus claras ilusiones, en la misericordia de cualquier alero distante. ¡Ay! y tal vez ni siquiera enju-

garía una lágrima, ni exhalaría un suspiro, al tender su mano a ella, en la suprema despedida. Y después, el olvido, la ignorancia de la nueva ruta, la lucha por borrar de la memoria ¡ ay ! y del alda, la figura del ausente que se aleja más y más, que se pierde en el torbellino de las ciudades envuelto en aureolas de gloria o que — victima de la inexperta juventud — hambriento de peligrosas aventuras quíjoteskas encuentra su fin trágicamente, ignorado de todos, en el misterioso laberinto de una Creta imaginaria.

Todo ésto, pensaba Lucila, la pálida trigueña, mientras en los jardines interiores de su corazón adolorido, sin sentirlo y sin pensarlo, la imagen de Ricardo se iba confundiendo con los efluvios, los aromas, las ternezas que guarda la mujer en ese cofre de tesoros espirituales de que vive henchida. Su corazón era como una gran selva virgen y sonora, toda llena de flores y poblada de emanaciones fragantes, de fontanas de cristal y de arrullos canoros, por cuyas arboledas, tapizadas de musgos y de pétalos húmedos, se paseaba la silueta pensativa del lirico... Por eso, ella trataba de esquivar el encuentro con Ricardo ; quería olvidar sus pala-

bras, borrar de su mente la intrusa figura que se interponía entre su persona y el resto del mundo; ahoga su recuerdo entre la multitud de diferentes pensamientos, el regocijo de frecuentes distracciones y la sensación emotiva de famosas lecturas fantásticas.

Mientras tanto, ¿no podremos decir que algo muy semejante pasaba en el alma de Ricardo? El se había relacionado con casi todas las buenas familias del lugar; frecuentemente visitaba sus casas, en las cuales era recibido como huésped de honor y a la vez de confianza; recibía muy expresivas miradas y sonrisas de las más bellas mujeres; pero Lucila Pinar, la esquiva, la excéntrica, la huraña, era la obsesión poderosa de su pensamiento. Comprendía que su amor, supuesto el caso de que le fuera correspondido, era un imposible, una quimera. Una o dos semanas más, y el sueño se esfumaría entre las primeras nubes de ausencia, tal como se desvanecen los rayos postreros de la tarde, cuando las tinieblas de la noche estrujan las lejanías del poniente. Y él, el atrevido soñador, al empuje de una fuerza misteriosa, se alejaría de la playa, bajo el auxilio de dos velas blanquísimas tendidas en dirección al infinito...



— Aquí tiene usted, Ricardo, dijo Teresa, dando golpecitos en la puerta del cuarto de éste. Aquí tiene un paquete que envía para usted Lucila Pinar.

Al oír este nombre, Ricardo abrió la puerta rápidamente, dió los buenos días a Teresa y tomó de sus manos el paquete, desenvolviéndolo con muestras de viva alegría.

— Es un album, exclamó.

— Lucila desea, observó Teresa, que usted tenga la bondad de escribir la primera página.

— Tendré mucho placer, señorita, contestó el aludido ; escribir en el pórtico de un lbum es una empresa difícil y un poco arriesgada, y si ese álbum es de Lucila Pinar, hay que llegar al pórtico con la cabeza descubierta, las sandalias perfumadas y en actitud de religioso respeto...

— Como que está usted prendado de Lucila, interrumpió Teresa, dando a sus palabras un tono picaresco. Cuidado como se nos queda por aquí... definitivamente.

— Eso es imposible, Teresa. Yo admiro profundamente a la señorita Pinar, pero, en las actuales circunstancias... es imposible. Pocos días más y, ya usted sabe, tendré el sentimiento de decir adiós a esta bella tierra, llevando un hondo recuerdo de los nobles seres que la habitan. Además, usted ve que Lucila parece que huyera de mi ; no he podido hablarle una palabra desde la visita que hice a su casa. ¿Será que la habré disgustado sin darme cuenta?

— O que le habrá gutado micho, contestó Teresa, acompañando la frase con un guiño de ojos.

— No es posible, dijo Ricardo, conteniendo un suspiro. Yo quisiera saber lo que pasa en su corazón. Es tan adorable y... tan esquiva...

— Y, por lo esquiva, tan adorable. Esto lo comprendemos las mujeres. Es la táctica del amor elejado.

— No, no es posible, repitió Ricardo pensativo.

— Anoche estuve con ella en el parque y hablamos largamente, dijo Teresa, dando a sus palabras más fuerza de entonación.

— Y, hablamos de usted, agregó sonriendo.

— ¿De mi? ¿Y qué hablaron de mi?

— Parece que está usted interesado.

— Es que soy algo curioso, sobre todo cuando se trata de lo que a mi se refiera.

— ¿Será mera curiosidad? dijo Teresa, recalcando sus palabras. Entonces no le cuento.

— Curiosidad y un poquito de interés. Cuénteme usted, le respondió Ricardo.

— Ahora no puedo contarle. Tal vez después otro día, respondió ella alejándose.

Y su risa argentina se alzó también, perdiéndose en el murmullo de los corredores.

*
* *

Después del baño, Ricardo se sentó frente a su escritorio, dispuesto a escribir en el álbum de Lucila. Abriólo en la primera página y se sorprendió agradablemente al encontrar en ella una gran rosa de Francia, pintada a la acuarela, con tan extraña perfección, que semejaba a primera vista una de esas rosas naturales que ella llevaba siempre prendidas a la cintura.

« Siempre la misma flor, pensó él ; porqué esas rosas ejercen en ella tan viva seducción que siempre la acompañan? »

Entornó los ojos, y sin saberlo ni pensarlo acercó la acuarela a sus labios. Al sorprenderse él mismo en tan espontánea demostración de sus sentimientos, retiró el album, apoyó la cabeza entre las manos en actitud reflexiva y se puso a interrogar, cara a cara, a su corazón, exaltado y conmovido.

« ¿Será verdad, pensaba, que yo ame a Lucila? Pero si ésto es una locura, un imposible. Si, antes de dos semanas, irremediablemente, tendré que abandonar estos lugares, para no verlos más. »

Alrededor de estos pensamientos se quedó reflexionando largo rato.

Volvió a tomar el album. Quería escribir en él algo digno de Lucila, que dijera su amor en una forma abstracta, ligeramente ambigua y llevara enredados, en cada una de las estrofas sus propios sentimientos, pero que no fuera a modo de las pueriles lisonjas exotericas que los poetas suelen esparcir en las hojas de los albums femeninos.

Tomó la pluma y empezó a escribir rápidamente, como acostumbraba hacerlo. Sus versos eran la

expresión genuina de sus ideas : sinceros como su sencilla alma de artista. La ambigüedad y el laberinto de manifestaciones complicadas no habían entrado todavía en el corazón del poeta adolescente.

Cuando hubo terminado la concepción de sus versos, catorce versos que expresaban la sinopsis mágica de los ojos melancólicos y dulces de Lucila, los copió en la primera página del album, junto a la acuarela, sin ninguna dedicatoria y llamó a Teresa para leérselos.

— Son preciosos, exclamó ella. Son los bellos ojos de Lucila Pinard. ¿Nó es verdad?

— No sé, contestó Ricardo. Quizás. Los he copiado al acaso, del espejo de mi alma. Son unos ojos que se me han metido corazón adentro.

*
* * *

Lucila había sido proclamada Reina de « El Ensueño ». Un grupo de las más bellas hijas de Manzanares se habían reunido en las poéticas riveras de Playa Grande, para gozar del día bajo la frescura de los emparrados monteses. Todas eran

hábiles nadadoras, pues que, desde la infancia, el ejercicio de la natación en el hermoso río ofrecía para ellas uno de los mayores encantos cotidianos. En aquella mañana, Lucila sobrepasaba a sus compañeras. Subía a lo largo de la corriente hasta encontrarse con las rocas verticales; desaparecía en el fondo de cristal, para asomar de pronto su cabeza en el centro del gran charco, como una diosa de las aguas aparecida de improviso y recorría la superficie en todas direcciones bajo el aplauso del grupo femenino. Fué, por tanto, proclamada Reina de « El Ensueño » y en la piscina transparente de Playa Grande recibió su bautismo real.

La barca de troncos y bejucos fabricada días antes por Ricardo y sus compañeros, fué cubierta de pétalos y de ramas y sirvió de góndola regia para pasear a Su Majestad la Reina de « El Ensueño » con su Corte de princesas. Un gran manto de enredaderas y de helechos y una corona de silvestres flores fueron las insignias reales de la bella emperatriz improvisada.

Al atardecer, hubo en casa de Lucila una sencilla fiesta. Los amigos de su familia, sabedores del surgimiento de aquel simpático reinado, quisieron

rendir su homenaje a la Reina de « El Ensueño » y se presentaron a su casa, llevándole manojos de flores. Ricardo y Manuel, avisados a tiempo, también se apresuraron a manifestar sus simpatías a la hermosa Reina.

En el brindis, en honor de Lucila, Ricardo pronunció una ofrenda de palabras con la delicadeza y cortesanía de su natural estilo y dejó escapar algunas revelaciones íntimas, pluralizando sus sentimientos, en forma tal que bien pudieran pasar por refinada exaltación galante.

Lucila bajó los ojos, ruborizada y devolvió al poeta una leve sonrisa, mientras en la algazara del salón, hombres y mujeres exclamaban :

— ¡ Viva la Reina de « El Ensueño » !

— ¡ Viva... !

Todos los concurrentes se fueron retirando después, en pequeños grupos. Ricardo tomó del brazo a Manuel y a Alberto Contreras que había llegado poco antes y salió con ellos, detrás del último corro. Al llegar al vestíbulo, volvió la vista al salón y vió a Lucila sentada junto al piano, mirando a la escalera.

Un instante después, pasando los tres amigos por

el pie de la torre del templo, las campanas daban ocho campanadas y al punto mismo tocaban el doble de ánimas, con el dejo doliente y misterioso que tienen en sus voces las campanas de aldea.

A Ricardo, entristecido como estaba, aquel toque de muerto le anunciaba otro doble de campanas en su propio corazón.



Ricardo había empezado a escribir un bello poema bucólico. La soberbia hermosura de « El Ensueño » había cautivado tan hondamente su soñadora imaginación que había sentido poderosos impulsos de expresar en estrofas perdurables su admiración y su entusiasmo por el más poético río de América.

*Crucé el silencio de la estepa muda,
en una suave ondulación de raso,
sobre una inmensa soledad desnuda,
resucitando pampas a mi paso.*

*Y me alejé del llano; huí hacia el monte;
busqué la oscuridad de la maraña,
cambié la claridad del horizonte
por la sombra glacial de la montaña.*

*Me escondí entre la enorme boca negra
de dos ingentes cascos de granito,
cuya profundidad tan solo alegra
la luz del coreócoro marchito...*

El río había hablado al poeta. Le había contado su salvaje historia, una historia de pasión con algo de romanticismo pastoril:

*Una vez descendió de la montaña,
en medio a los selváticos asombros,
una Eva en botón, para mí extraña,
con un esbelto cuévano en los hombros.*

*Era su cuerpo escultural y blanco,
rosadas pomas los desnudos pechos...
y descendió por el absorto flanco,
entre un silencio atónito de helechos.*

*Apuntó sobre mi la gran lumbrera
de sus ojos flamígeros y arcanos
y al verse en mi cristal por vez primera,
el cuévano saltóse de sus manos...*

*Y el cuévano se hundió en mi seno. Y hora,
la gran beldad que junto a mi tenía,
la que juzgué una Diana Cazadora
de aborigen estirpe y vis bravía,*

*Hundió también su pie desnudo y breve
en la onda transparente de mi entraña,
hundió su pierna sonrosada y leve
y su cintura de flexible caña.*

*Y cuando al fin de la simpar doncella
Sentí en mi seno el palpitante halago,
dejé de ser corriente y fui para ella
un apacible y somnolente lago ;*

Después del original acontecimiento que había ocasionado la proclamación de la Reina de « El Ensueño », Ricardo sintió deseos de perpetuar también en la gloria de su canto la imagen de

Lucila y dejar impregnados allí los aromas de su amor, las partículas de su corazón ensangrentado y envejecido de súbito con el despertar de una gran pasión. Escribió, bajo tales sentimientos, la segunda parte de su poema, poniendo en ella toda su inspiración y el fuego milagroso de sus veinte años. Quería que, cuando él estuviera lejos de esas playas queridas, donde quedaría su corazón engarzado como el cordero pascual en las zarzas del Horeb aquel himno palpitante y salvaje dijera todo su amor a la amada lejana.



Era Viernes Santo. La población de Manzanares invadía las calles, preparada para la celebración del triste aniversario católico. Centenares de campesinos, salidos desde el fondo de sus distantes montañas, después de varios días de viaje para asistir a la conmemoración de la sacra semana simbólica, cruzaban las callejas con su actitud de simplicidad y mansedumbre.

Por la noche, bajo el fulgor de plata de la luna, las gentes invadían el parque y los atrios de la

iglesia parroquial. Millares de linternas y de cirios acompañaban al santo sepulcro que salía por la puerta mayor del templo sobre los hombros robustos de cuatro fornidos gañanes. La multitud apiñada se había empezado a mover, semejando un inmenso reptil arrastrándose por la arena y un rumor de plegarias y de cánticos fúnebres se levantaba, como un aleteo de piedad por encima de la fervorosa muchedumbre.

Teresa Grajales había convidado a su casa a Leonor Salas, Cecilia Diaz, Julia Contreras y Lucila, para que desde sus balcones, observaran el paso fantástico de la nocturna procesión, que habría de pasar por su misma calle, con dirección al llano, hacia la entrada del pueblo, donde estaban plantadas tres altas cruces antiguas, motivo de una vaga leyenda polvosa.

Ricardo y Manuel, quienes estaban asomados a uno de los balcones, al advertir la llegada de las cuatro hermosas invitadas, precedidas por la bella Teresa, salieron a recibirlas y las acompañaron hasta los pasillos exteriores de la casa, mientras por la calle empezaba a cruzar la procesión iluminada y solemne. Un profundo recogimiento embargó

a las muchachas y también a Ricardo, al paso de las andas sagradas.

El Padre León conducía su rebaño de almas en medio de la más fervorosa mansedumbre. Aquel pueblo, siguiendo a su Pastor por una callejuela empedrada, iluminada fantásticamente por los rayos de la luna y por las débiles luces de millares de cirios y linternas, hacía evocar los tiempos remotos en que los cristianos perseguidos por la saña de los Césares romanos, celebraban sus ritos bajo la noche y en las aldeas apartadas o entre las catacumbas de la cesárea urbe.

Las fúnebres notas de los cantos dolientes se alargaban en el silencio de la noche augusta con tristísimos ecos, conmoviendo las íntimas fibras del corazón ferviente. La luna, casi a ras del horizonte penetraba solo a trechos por la angosta calleja que llenaba la multitud en lento movimiento, como un interminable desfile de fantasmas, cuyos ojos fosforescentes chispeaban en la sombra, produciendo al mismo tiempo cierta religiosa devoción y el vago temor de una sombría conjuración emanada del fondo de la noche.

La procesión pasó con rumbo a su destino.

Lejos, sobre la sabana y al pie de las históricas cruces se veía una gran mancha negra, sembrada de millares de cocuyos fantásticos. Era la multitud. La luna reflejaba ahora sus rayos sobre la extensa llanura, poniendo un tinte de tristeza sobre los árboles, sobre la hierba húmeda de la campiña y sobre todas las cosas.

En el recogimiento de aquella aldea escondida, parecía que la naturaleza latiera en concordancia perfecta con el alma sensible y cristiana de los habitantes.

Ricardo se acercó a Lucila que miraba a lo lejos las llanuras escarpadas, en las cuales la luna ponía la serenidad melancólica de sus reflejos. Lentamente volvió ella la tristeza de sus ojos profundos y se encontró con las pupilas del poeta, fijas y serenas como dos interrogaciones dolorosas.

— Que hermosa y triste está la luna, dijo él. Es como un seño de nieve sobre la soledad de los campos.

— ¿Porqué encuentra usted triste la luna, cuando ella llena de alegría los corazones y pone un tinte de ensueño sobre todas las cosas? preguntó ella con voz dulce.

— No sé. Cuando era niño, la alegría franca desbordaba en mi corazón en las noches de luna y esas eran las noches de regocijos y travesuras, de juegos y retozos infantiles con mis compañeros de infancia. Pero ahora no sé porqué la luna me trae una profunda melancolía. Será quizás porque le veo a través del prisma de mi propio corazón.

— ¿Acaso vive usted triste, Ricardo? No tiene usted motivos para serlo. Su vida peregrina está llena de encantos y de aventuras originales y encuentra usted en todas partes la admiración y el aprecio.

— Sin embargo, señorita, nada hay más triste y huérfano que mi vida. Vivo suspirando por mi padre y mi madre, por mis hermanos y mis amigos, por mi tierra querida y el aire de mi montaña y huyo de éstos afectos en busca de algo que aún no he podido de finir y que persigo con la ansiedad con que un náufrago avizora las costas...

— Siempre solo, siempre errante, agregó suspirando. Hoy aquí, mañana allá. Y tras de mi se queda un pedazo de corazón por cada afecto nuevo que voy dejando. Mi carpa de peregrino se ha mecido bajo muchos paisajes. Y esta vida

doliente me ha vuelto triste el alma. La semana próxima tendré que despedirme de este bello y dulce rincón y siento que su despedida me abrirá una nueva herida, más dolorosa que nunca, me costará un girón del alma.

— ¿Y porqué no se queda usted un tiempo más entre nosotros, Ricardo?

— No es posible, señorita ; el derrotero es invariable. Hay que seguirlo.

— Es usted ingrato, Ricardo. Aquí lo hemos querido y bien pudiera acompañarnos un mes más, hasta la entrada del invierno, que será cuando casi todos sus amigos regresaremos a la capital.

— No soy ingrato, Lucila. Al contrario, me he apegado en demasía. Pero, además de que mi camino está trazado y mi tiempo medido, hay un pequeño inconveniente para demorarme.

— ¿Un pequeño inconveniente? ¿Podría decírmelo?

— Con mucho gusto, aunque es de carácter un poco reservado. La amistad y el afecto quo me tienen aquí, expresados por usted al decirme « aquí lo hemos querido » es algo que me enorgullece y alegra, pero que no me satisface por completo. Yo

necesitaría que ese cariño no fuera plural, que fuera una evidencia más concreta, que emanara con especialidad de una persona que me interesa más que todos los habitantes juntos de Manzanares.

— Y, esa persona... ¿podría saberse quién es?

Iba Ricardo a contestar, cuando fué interrumpido por Teresa Grajales, quien, dijo, acercándose a ellos :

— Manuel me ha dicho que el poeta se ha inspirado en « El Ensueño » y le ha escrito un precioso poema. ¿Cuándo nos lo dará a conocer, Ricardo?

— Manuel es muy indiscreto, señorita. Es apenas un bosquejo de poema que aún no he terminado.

— ¿Y que usted nos lo leerá cuando lo haya terminado. Verdad?

— Con mucho placer, Teresa.

Y ésta se juntó de nuevo con sus compañeras, a un lado del balcón.

— ¿Verdad es que no ha concluido su poema a « El Ensueño », Ricardo, o que nos va a privar del placer de conocerlo? preguntó Lucila con cierto interés mal disimulado.

— No puedo mentir a usted, Lucila. Está ya

terminado. Pero no querría darlo a conocer ahora. Pensaba hacer una copia de él para dejar a usted... y a sus amigas, el día de mi despedida...

— ¿Y porqué nó antes? Tiene usted algún interés particular en que nos sea conocido hasta entonces?

— Quizás... es un capricho. Hay en él algunos secretos que me ha revelado « El Ensueño » y...

— Y que usted ha tenido la indiscreción de confiarlos al papel, por lo que yo me tomo la indiscreción de exigirle que me permita mañana copiarlo en mi álbum.

— ¿Habla usted en serio, Lucila? Me parece que la concepción de unas cuantas estrofas, meramente descriptivas y pastoriles, no son asunto para el álbum de usted, donde cada estrofa debe guardar un sentimiento y cada palabra una alabanza.

— Se equivoca usted ; siento decírselo. Para mi, prefiero esa clase de poesía que copia la naturaleza con la sinceridad con que la retina del ojo impresionan los paisajes que se le ponen de frente. La otra poesía, la de las alabanzas y los laudes, puede ser mera expresión de hipérbole y lisonja.

Ricardo pensó con cierto escozor en el soneto a

Sus ojos que había copiado en la primera página del álbum de Lucila.

— ¿Conque, se niega usted? agregó Lucila.

— Imposible, Lucila. Tendrá usted mañana el poema.

* * *

Al siguiente día, Ricardo, después de haber copiado su canto para Lucila se encontraba verdaderamente preocupado. Tuvo la intención de mutilar el poema, quitándole la parte que se refería a la Reina de «El Ensueño» pero sintió vergüenza de su propio pensamiento.

¿Acaso, al obrar así, él no se apartaría de su característica franqueza, de su absoluta sinceridad que era la norma de su vida y el norte de sus ideas? Recortar el poema, un hijo sagrado de su entendimiento, por temor de dar a conocer sus pensamientos respecto de Lucila Pinar, lo consideraba Ricardo como un delito de conciencia.

Además, ¿no estaban sus sentimientos concebidos allí bajo el ropaje de una impecable delicadeza y en una forma subjetiva y tan rara, que bien

pudiera interpretarse aquello como un vago simbolismo o, a lo más, como la expresión oportuna de un sentimiento temporal? No había, pues, razón para recortar el poema y ésto, sin contar con que Manuel hubiera podido soplar ingénuamente a Teresa y ésta a Lucila la síntesis de su obra.

Todo ésto pensaba Ricardo para disculparse así mismo la obligación en que lo había puesto su compromiso con Lucila. Estaba inquieto, desasegado, pero en el fondo sentía cierta satisfacción, muy parecida a la alegría que sentimos cuando desahogamos en otro una idea que nos tiene hondamente preocupados o cuando nos quitamos de encima un enorme peso moral, una viva zozobra que nos martiriza cruelmente.

— Ella lo ha querido, murmuré para sí, cuando hubo entregado la copia destinada a Lucila.



Alberto Contreras llegó en la mañana del Domingo de Resurrección a visitar a Ricardo. Llevaba dos encargos cerca del poeta : el uno era invitarlo a la casa de su padre, con quien deseaba relacionarlo

antes de su partida y el otro, ponerlo al corriente de que en la casa de Lucila preparaban una amena fiestecita familiar, para el martes siguiente, con el fin de obsequiarle en vísperas de su despedida.

Ricardo dió las gracias a Alberto y salió con él hacia la casa de Don Rafael Contreras, el anciano más venerable y querido de la población.

En una casa de aspecto sencillo y pobre, contigua a la de Lucila, vivía la familia Contreras. Don Rafael salió a recibirlos. Tenía el viejo una figura patriarcal y parecía, con sus plateadas barbas nazarenas, su porte distinguido y solemne, sus finas y largas manos de pálida transparencia y la dulzura de sus ojos hundidos, un apóstol de la antigüedad. Infundía al instante simpatía y respeto.

Ricardo quedó agradablemente sorprendido al observar, en una de las paredes de la sala, pendiente un bello cuadro al óleo que representaba el escudo colombiano, cobijado por los brazos amorosos y paternales de una imagen sagrada. Esta deferencia tan marcada por su país le llenó de satisfacción muy viva.

La Señora de Contreras, una viejecita blanca,

dulce y sencilla como flor silvestre, era un cuadro de luz y de pureza, hundido en la modestia de los sillones antiguos. Tres generaciones habían pasado bajo los ojos marchitos de aquellos dos ancianos venerables y sobre sus cabezas plateadas — dos lotos crepusculares — se había posado con cariño la mano del tiempo, dejando en cada una de sus hebras el brillo lunar que fulgura en las cabezas de los elegidos.

La sociedad veía en el patriarca su espejo y su presea, el templo su apoyo, la indigencia su alivio, a desgracia su pañuelo enjugador. Ninguna empresa noble, ninguna grande iniciativa, ninguna obra útil germinó en ese pueblo sin el sostén y la guía de Don Rafael Contreras.

Ricardo, que ya conocía la historia y la valía de los dos ancianos, contadas por su amigo Manuel, se deleitaba en escuchar las palabras apostólicas del viejo y pensaba a la vez en Lucila retoño de tan bello tronco encontrando cierta semejanza entre los ojos hundidos y serenos de la viejecita y los ojos profundos y melancólicos de la nieta y entre la frente amplia y despejada de ésta y la gran frente severa y arrugada del octogenario.

— Debería usted quedarse entre nosotros algún tiempo más, terminó por decir el anciano, dirigiéndose a Ricardo. Su visita ha sido muy corta. Ahora que ya estas dolencias y achaques me han olvidado un poco, podré ayudar a distraerlo para que no se aburra de nuestro pueblo. Se lo prometo.

— Imposible demorarme más, Don Rafael. Estoy muy reconocido de sus bondades y de las atenciones de su hijo Alberto, pero hace ya un mes que estoy aquí y es preciso marcharme.

— Lo sentimos de veras, mi querido amigo, repuso Alberto, y ojalá que desista de su viaje de aquí al día fijado para su partida. Podríamos ir conocer algunos pueblos cercanos, hacer una o más excursiones por la montaña y organizar unos cuantos paseos para amenizar el último mes de verano. ¿Qué le parece?

— Magnífico, contestó Ricardo. Ese sería mi deseo. Lo veremos con tiempo.

Pocos minutos faltaban para las doce, cuando Alberto y Ricardo salieron de la casa de los dos ancianos. La calle estaba revuelta, llena de gentes campesinas con trajes abigarrados y ebrias de malos vinos.

Al pasar frente a las ventanas de la casa de Lucila, Ricardo puso la mirada en el fondo del salón través de los cortinajes, donde se oía la nota del piano. Ella tocaba un vals lento, quejumbroso y no sintió que al pasar, dos ojos y un corazón entraron por la ventana como tres rayos de luz...

* * *

A tiempo en que nuestros amigos atravesaban la plaza, donde los campesinos y el pueblo formaban oleadas, se encontraron con Manuel que venía a su encuentro, precipitadamente.

— Tengo algo que comunicarle, dijo, tomando del brazo a Contreras y retirándose con él unos pasos.

Los dos hablaron algunos instantes en voz baja, con cierto aire de misterio que sorprendió a Ricardo, quien no logró escuchar más que estas últimas palabras pronunciadas por Manuel :

— ... Todo es obra de Rodolfo Ibañez...

El solo nombre de Rodolfo Ibañez inquietó a Ricardo, quien deseó conocer los pormenores de la conversación habida tan secretamente por los dos

amigos, pero, suponiendo que se trataba de algo que querían ocultarle, no se atrevió a preguntar nada, para obrar discretamente.

Manuel volvió a retirarse, explicando que tenía alguna diligencia urgente para desempeñar en aquella mañana, que le impedía acompañarlos.

Ricardo y Alberto, cogidos del brazo atravesaron la plaza y al seguir por la calle de los Extranjeros, Alberto dijo al poeta :

— Me he permitido, mi buen amigo, avisar en mi casa que usted y Manuel nos acompañarían en el almuerzo, en la confianza de que no rehusarían mi invitación. Manuel me acaba de manifestar que le es imposible atenderme, por tener que encontrarse a la hora del almuerzo en casa de uno de sus parientes, desempeñando cierta comisión ineludible, pero yo espero que usted si se servirá acompañarme. Pasaremos el resto de la mañana en mi casa y después del almuerzo podremos hacer una visita al río.

Aquella invitación en hora tan avanzada de la mañana, sin previsión ninguna, después de la secreta conversación sostenida por sus dos amigos y habiéndole oído decir a Manuel la frase última :

« Todo es obra de Rodolfo Ibañez » acabó de convencer al joven de que algo grave y extraño se sucedía en torno suyo. No encontró medio para rehusar la invitación de Contreras y así resolvió acompañarlo, esperando que en el curso del día alguna causa inesperada le daría la clave del enigma.

A su paso por la calle de los Estranjeros, la principal de la población, Ricardo notó algunos corrillos de muchachos y jovenzuelos que le miraban con cierta sonrisa curiosa y burlesca lo que acabó de exasperar el ánimo preocupado del joven.



Por la tarde, Ricardo volvió a la casa de los Grajales, con su amigo Alberto, quien había ido a acompañarlo.

La agradable mañana, el almuerzo y la siesta, pasados en casa de Contreras, en medio de la más franca alegría y hospitalidad, le había hecho olvidar su preocupación y su disgusto, nacidos de los simples sucesos extranos acaecidos en las primeras horas de la mañana. Pero, al encontrarse solo en su aposento, frente a sus pensamientos, volvió

a pensar con inquietud en el encuentro inesperado con Manuel, su extraña gravedad y reserva, sus últimas palabras, su fuga precipitada y luego la invitación intempestiva de Contreras y aquellas miradas y sonrisas burlescas de los corrillos que encontraron a su paso por la calle de los Extranjeros. Atormentado por estos pensamientos, decidió aclarar de una vez el enigma que se estaba formando a su alrededor y se dirigió al aposento de Manuel, con intención de interrogarle. Este se encontraba recostado en una gran hamaca de paja, cuando Ricardo empujó la puerta de su cuarto.

— ¿Qué haces, mi querido Manuel? fué el saludo del poeta.

— Ya lo ves, haciendo pereza, contesté Manuel, incorporándose y extendiendo el costado opuesto de la hamaca, para que su amigo se sentara a su lado.

— ¿Estuviste contento en casa de Alberto? agregó Manuel.

— Contento, muy contento, hasta donde se puede estarlo cuando se tienen ciertas preocupaciones...

— ¿Preocupaciones... tú?... No te entiendo.

¿Qué preocupaciones puedes tener en estos momentos? Me parece que anoche nada más me decía repetidas veces que estabas feliz, que Manzanares era un rinconcito del cielo y muchas cosas por el estilo.

— Es verdad ; pero, ya ves ; tanta ventura no podía continuar mucho tiempo...

Manuel se quedó mirando a su joven huesped con cierta inquietud pintada en el rostro, y al cabo de algunos segundos le dijo, frunciendo ligeramente las cejas :

— Me sorprendres con tus nuevas, Ricardo. ¿Algo desagradable te ha revelado Contreras?

— ¡ Absolutamente !

— Entonces, ¿qué te pasa? Háblame con franqueza, Creo que merezco que seas franco conmigo.

— Claro que lo mereces, pero tu debes darme el ejemplo...

— ¿El ejemplo? ¿De qué?...

— ¡ De franqueza ! repuso el poeta, mirando a su amigo fijamente en los ojos.

Manuel inclinó la cabeza, murmurando :

— No comprendo...

— ¿No comprendes? Ya ves que nos puedes darme el ejemplo...

— Pero, hombre, ¿qué te pasa ; qué motivan esas preocupaciones ; de qué provienen esas peticiones de franqueza ? ¿He faltado contigo alguna vez a la lealtad y la franqueza ?

— ¿Qué me pasa ? Ya te lo he dicho : ¡ nada ! El motivo de mis preocupaciones, no se cual es, definitivamente. He notado hoy cierta enigmática reserva en torno mío y ciertos detalles desagradables que me han mortificado. Hay en todo un misterio que yo deseo, que yo necesito descifrar. Franqueza, te la pido, no porque te haya faltado jamás, sino porque ahora te falta. Eres mi mejor, mi más leal amigo, por eso te ruego, ¡ te exijo franqueza !

— Está bien. Te lo diré todo, pero te aseguro que no vale la pena de que te mortifiques. Pero antes, explícame porqué te has supuesto que algo raro pasaba en torno tuyo, que te ha preocupado tanto.

— Perfectamente ; con la condición de que todo me lo dirás, te explicaré. Escúchame. Tu no has acostumbrado salir en la mañana antes que yo ; hoy, sin embargo, cuando Alberto vino por mi para llevarme a casa de Don Rafael, tu habías salido sin avisarme ; después, cuando regresá-

bamos de la visita al anciano, nos encontramos de repente contigo, que ibas a nuestro encuentro con paso rápido y sin saludarnos siquiera cogiste del brazo a Alberto y lo retiraste de mi lado, hablándole secretamente con cierto aire de misterio que no me gustó, y por último oí que decías estas palabras : « todo es obra de Rodolfo Ibañez », y te alejaste por donde mismo habías llegado hasta nosotros, sin darme explicaciones. Algunos minutos después, Alberto me dijo que él se había permitido hacer preparar en su casa almuerzo para nosotros dos, pero que tu te habías excusado, manifestándole que estabas ocupado en el desempeño de una comisión urgente. Yo comprendí inmediatamente que aquella invitación obedecía a alguna causa extraña, desconocida para mi, pues la mañana estaba ya muy avanzada para ofrecer un almuerzo en casa que no es de confianza, invitación que hubiera podido haberseme hecho a lo menos dos horas antes, cuando Alberto vino a buscarme para la visita. Vine a confirmarme en la creencia de que la invitación había sido resuelta después de tu encuentro, cuando llegamos a la casa de Alberto. Todo allí fué confusión y azoramiento. La señora de Contre-

ras no estaba dispuesta para recibir ; se turbó un poco con mi llegada y tuvo que pedirnos permiso para ir a su aposento a arreglar su tocado ; después vi salir los muchachos precipitadamente, sin duda en diligencias preparatorias para el almuerzo. Además, ¿quieres que te diga qué fué lo que más me preocupó? El notar, a nuestro paso por la calle de los Extranjeros, que los grupos de muchachos me miraban con miradas inquisidoras, dejando comprender cierta sonrisa burlesca y hostil. Ahora, tú me explicarás con absoluta franqueza lo que ha pasado ; si tengo o no razón para preocuparme.

Manuel, después de haber escuchado a su amigo, se dió cuenta de que éste, por una concatenación de simples detalles sin importancia ninguna, considerados separadamente, había comprendido claramente que una atmósfera hostil, nacida de repente se había formado alrededor de su persona. Se dispuso, pues, a referir a Ricardo con entera precisión todo lo que había pasado.

— Te explicaré, sin rodeos, con absoluta franqueza, como me lo exiges, pero te advierto nuevamente que la cosa no vale la pena para que te mor

tífiques. Todo ha sido meras tonterías, tonterías de pueblo. Envidiosos que no faltan en ninguna parte menos en puebliucos como Manzanares. Escúchame : Tu sabes que en algunos pueblos y aldeas de América, todavía se conserva la rancia costumbre de celebrar el Domingo de Resurrección, ahorcando la imagen de Judas Iscariote, de un árbol levantado en la plaza, en el momento en que pasa la procesión. Un pregón, antes del sacrificio, lee en alta voz algo así como un memorandum satírico en que se ridiculiza crudamente a los hombres públicos y connotados del lugar, escogiendo para ello aquellos que no son del agrado del grupo canallesco que celebra el acto. Es una especie de picota pública, mordaz y sangrienta. Después de la lectura del pregón, entre risotadas, gritos y silbidos, cuelgan del pescuezo al traidor discípulo y como el tal Judas en un gran muñeco de trapo, relleno de pólvora y de paja, le ponen fuego por los pies y el muñeco se inflama y revienta, entre las aclamaciones vulgares y salvajes de la muchedumbre. Pues bien. Esta mañana vinieron a llamarme precipitadamente. Algunos caballeros se habían dado cuenta de que, en la leyenda satírica

del Judas, aparecía tu nombre mezclado con las más indignas sátiras. Había que evitar a todo trance la lectura del pregón, lo que hubiera sido deshonesto para nuestro pueblo. Aunque todo eso no es más que una chanza puebleril y carnavalesca tu calidad de extranjero y de huésped que honra la población, te hace moralmente invulnerable para la gente seria y sensata de Manzanares. Me dijeron que el autor de la crítica con que pensaban zaherirte era Rodolfo Ibañez. Yo no lo sé, ni me importaba saberlo por el momento. Lo importante era impedir que se consumara el acto. Corrí donde el Alcaldé, le expliqué la cuestión y él me ofreció apoyo incondicional. Fui en seguida donde el Padre León y el buen anciano, avergonzado y confuso por la acción abominable que se preparaba, me prometió que él se encargaría de impedirla, si era preciso ; a viva fuerza ! De igual manera, algunos caballeros, conocedores del asunto, se prestaron a ayudarme, pero ya el Alcalde había hecho disolver los corrillos de la plaza y había mandado descolgar el Judas, sin, que nadie se atreviera a oponerse a la magnífica *alcaldada*. Yo sabía que tu estabas en casa de Don Rafael, acompañado de Alberto y medité el medio

de alejarte para que no te dieras cuenta dela bochornosa obra preparada por ese grupo zafio de charlatanes desocupados, y atisbé la salida de ustedes, yendo a encontrarles y convine con Alberto el almuerzo en su casa, creyendo que así no pasaríamos por la vergüenza de que tu supieras que en nuestro pueblo existen desgraciadamente ciertos zoilos desvergonzados que no respetan las reputaciones más encumbradas.

— Bien, dijo Ricardo, sin alterarse un punto. Yo agradezco tu lealtad y tu firmeza de carácter; admiro cada día tu nobleza, pero ahora me permitirás que yo me las entienda personalmente con ese tal Rodolfo Ibañez.

— Imposible. Eso sería deshonroso para ti. Además, yo me he encargado en tu nombre de castigarlo, sin piedad, reduciéndolo a la impotencia.

— ¿En qué forma lo has castigado? ¿Te has comprometido por mi, tal vez?

— ¿En qué forma? Mira.

Y Manuel, extendiendo la mano, señaló a su amigo un gran revólver, colocado sobre la mesa.

— Intimándolo, amenazándolo públicamente con esa arma, agregó. Es un individuo tan cobarde,

como perverso de instintos. En la plaza trató de oponérseme con palabras altaneras, patrocinando el reducido grupo que rodeaba al Judas y no tuve más que enseñarle el revólver para que pusiera los pies en polvorosa, ahogándose de rabia y enseñándome los puños. Ya ves, pues, que el castigo no ha podido ser más doloroso y ahora no merece más que el desprecio y éste le sobra hasta de sus mismos secuaces.

— Está bien. Vuelvo a agradecerte lo que has hecho por mí, dijo el poeta, estrechando las manos de su amigo, y en reconocimiento te prometo que nada haré en contra de tal sujeto, a menos que vuelva a mostrarme con una de sus andadas su odio inexplicable.

— Es lo mejor que puedes hacer. La sociedad no se ha dado cuenta de estos desagradables sucesos y si los llegare a conocer, no podría menos que sentir vergüenza por abrigar en su seno esas podredumbres que nos deshonoran. Conque, a olvidar lo pasado y tratemos de aprovechar los últimos días que nos restan en Manzanares.



El martes, ante víspera del viaje de Ricardo, a eso de las ocho de la noche se presentó éste, acompañado de Manuel, en casa de Lucila. Además de ella, estaban en el salón la señora viuda de Pinar, Leonor Salas, Julia Contreras, Cecilia Díaz y algunas señoritas más. Entre los hombres hallábanse el Padre León, Don Rafael Contreras y su hijo, el simpático Alberto.

Lucila, sencillamente vestida como siempre, salio a recibir a nuestros amigos. En sus ojos, un sello de tristeza más marcado aún que en días anteriores, daba a su persona un aspecto de dulzura y gravedad encantadoras. Hasta la gran rosa de Francia que lucía en su cintura estaba decaída y medio mustia. Ricardo, al estrechar su mano, conmovido, bajó los ojos un instante, pensando en su poema, pero al sorprender la dulce sonrisa de Lucila se reanimó de nuevo y estrechó las manos de todos los circunstantes, yendo a ocupar una silla que se mostraba vacía al lado izquierdo del piano.

Manuel, quien, desde hacía algún tiempo se mostraba interesado por Leonor Salas, buscó un

asiento cerca de ella, quedando instalado al lado derecho del piano.

La viuda de Pinar obsequió a los concurrentes con una copa de añejo Benedictine, y el piano dejó oír sus melodías, acompañadas de la voz armoniosa y sentimental de Leonor Salas. Lucila había sabido adaptar maravillosamente a unos sentimentales verso de Ricardo la melancolía conmovedora de una canción sin palabras de Mendelssohn, dulce canción dolorosa, de armonías extrañas, que hacía sollozar las octavas de marfil, como si el grávido instrumento se hubiera tornado sensible y quejumbroso bajo los largos dedos finos de la simpar pianista ; y los versos salían de la flexible garganta de Leonor como el eco doliente de un lamento lejano :

*En la ribera del Caribe, a solas,
cuando la luz crepuscular desmaya
como una flor de múrices corolas,
discurro, entristecido por la playa,
entre el clamor eterno de las olas...*

*En un amanecer — ya muy lejano —
que no puedo arrancar de mi memoria,*

*me vine de mi huerto colombiano,
poniendo todo mi infantil empeño
en alcanzar la cauda de una gloria
que se fugó como se fuga un sueño.*

*Crucé la tierra, atravesé el océano,
peregriné por todos los caminos
y de todos los tristes peregrinos
fui peregrino hermano.*

*Combatí con ardor y con desvelo,
víctima ciega del febril anhelo
que me robó la calma...
y al fin de tan inútiles proezas,
sólo han quedado múltiples tristezas
en el rincón más íntimo de mi alma.*

*Y con mi lird, triste y errabundo,
cansado ya de la ambición y el mundo,
soy yo más viejo con mis veinte años
que todos los ancianos peregrinos
que me encontré por todos los caminos
de las tristezas y los desengaños.*

*Y en la ribera del Caribe, cuando
ya se desploma, moribundo, el día,
conmigo están las olas sollozando
y mi imaginación está buscando
un rinconcito de la patria mía...*

La profunda melancolía de sus versos tan sabiamente hermanada a la canción de Mendelssohn por el genio musical de Lucila, conmovió hondamente las fibras sensibles del corazón de Ricardo. Si el sensible poeta hubiera estado solo en aquellos momentos, hubiera llorado como un niño. Aún brotaba de su alma aquel lamento desgarrador, simple y sincero, que bien pudiera ser escrito con su propia sangre :

*Cansado ya de la ambición y el mundo,
soy yo más viejo con mis veinte años
que todos los ancianos peregrinos
que me encontré por todos los caminos
de las tristezas y los desengaños...*

era una copia sangrienta de su corazón, más dolorosa en las presentes circunstancias, cuando él

sentía más lacerante la nostalgia de su tierra natal, e interiormente repetía :

*conmigo están las olas sollozando
y mi imaginación está buscando
un rinconcito de la patria mía...*

Alberto Contreras pidió al vate que leyera algunos capítulos de su libro de narraciones de viaje, sobre todo en la parte referente a Manzanares y Ricardo tuvo que acceder, no sin cierta inquietud al pensar en algunos sentimientos que, al igual del poema, contenían sus narraciones. Sin embargo, resolvió saltar por encima de algunos párrafos y de unos cuantos detalles, leyendo con animada expresión varios capítulos. Las maravillas de « El Ensueño » estaban descritas allí con tanto fuego y colorido, con tan lujoso lenguaje, como si en vez de palabras y formaciones abstractas hubiera usado el poeta pinceles y colores para imprimir los variados paisajes del río, que todos los circunstantes aplaudieronle ardientemente y le felicitaron entusiasmados.

Después de su lectura, Ricardo declamó unos

versos escritos al Invierno, impregnados de su invariable tristeza.

Para terminar, el piano dejó oír las notas épicas y vívidas del insuperable Himno Nacional de Colombia, como un homenaje al poeta, homenaje elocuente y patético que le conmovió intensamente.

Después, los concurrentes se fueron dispersando y solo quedaron en el salón Ricardo y Manuel, acompañados de la señora viuda de Pinar, Lucila y Julia Contreras, Lucila había indicado a Ricardo que esperara hasta que el salón se hubiera despejado un poco, para mostrarle su álbum, cuyas páginas estaban cubiertas de bellas poesías.

Ricardo, de pie junto a Lucila, tomó de sus manos el libro y lo fué hojeando cuidadosamente, quedando visiblemente extrañado al observar que no había escrita ni una sola estrofa que no fuera de su pluma.

— ¿Cómo es posible, señorita, que usted no haya copiado en su album más que mis versos, habiendo tantos y tan buenos autores que usted conoce perfectamente? díjole Ricardo.

— Porque los versos de usted son más hermosos, contestó ella con voz débil.

— Su extremada bondad me abruma, señorita. Pero, yo creo francamente que un álbum así estaría bien para un hermano.

— Es que usted es un hermano ; así lo consideramos, terció la madre de Lucila que había oído la última frase de Ricardo.

Esta galante y bondadosa observación llenó de gozo el corazón del poeta.

— Soy feliz con esa declaración, señora, murmuró conmovido.

— ¿Cómo le pareció el soneto « Ojos »? agregó dirigiéndose a Lucila y mirándola fijamente.

— Es un soneto precioso, una joya...

— ¿Nó conoce usted los ojos a que se refiere? agregó Ricardo.

— No los conozco, contestó ella sonriendo levemente.

— ¿Nó? Pues mire usted al frente, a ese espejo... y los verá retratados.

Lucila levantó los ojos lentamente, ruborizada y puso los ojos donde le indicaba Ricardo. Ambos sonrieron nerviosamente y se miraron con suprema dulzura. Se habían comprendido.



Cuando Ricardo volvió a su casa, a eso de las diez de la noche y se encerró en el cuarto, su corazón rebosaba de júbilo. Había comprendido que Lucila le amaba, que su amor imprevisto por ella era correspondido en la misma medida.

De la inseparable tristeza que le embargaba profundamente ; de su continua preocupación y de su natural escepticismo por las horas del porvenir, había saltado de pronto ; por medio de unas cuantas miradas y de unas pocas palabras, al pináculo, a la quintaesencia de la alegría. Se restregaba las manos ; sonreía consigo mismo en los cristales del espejo ; la felicidad brotaba por sus ojos y por todos los poros de su cuerpo. Se preguntaba siera un sueño la ventura que invadía su espíritu y que jamás había experimentado de una manera tan ardorosa y auténtica ; creíase trasportado a las maravillas de un edén de leyenda, bajo el rumor de una arboleda fantástica, toda pablada de visiones miríficas y en todas partes, entre los ramajes florecidos, surgiendo de los nidos colgantes,

sobre el cristal de las linfas rumorosas, veía la amada figura de Lucila, sonriente y a la vez melancólica, con sus ojos rasgados e indescifrables clavados en él, en una mirada amorosa y dulcísima. Y el poeta cerraba sus párpados, en la embriaguez deliciosa de su éxtasis.

Pasaron muchas horas antes de que el sueño cerrara los ojos del soñador aventurero. Ebrio de gozo como estaba, no pensó siquiera que el destino le había trazado de antemano una ruta invariable, muy difícil de cortar y que, sujeto a la fuerza poderosa de su derrotero, tendría que marchar forzosamente horas después, dejando atrás, en el silencio de una estepa solitaria, todas sus ilusiones de ventura abandonadas.

Ese destino que había marcado en su imaginación, desde muy niño, las curvas del sendero que estaba recorriendo hacía ya cuatro años, ¿sería tan cruel, tan inexorable, que nó imprimiría en el cerebro del joven que estaba lleno de confianza en su ventura, la idea de una resolución poderosa, para salvar del naufragio sus nuevas esperanzas?

Ricardo se durmió al fin, con el nombre de su amada entre los labios.



Cuando, a la mañana siguiente, entrando el sol por los tragaluces de su ventana despertó a Ricardo, éste se levantó, gozoso, pensando en su felicidad surgida en la noche anterior y creyendo todavía que un dulce sueño engañoso, pronto a disiparse, era — y no más — el descubrimiento que había hecho. Aun no había terminado de arreglarse, cuando llegó Manuel, diciendole al entrar.

— Hola, mi querido Ricardo, debes apresurarte para que aprovechemos la mañana en bañarnos la última vez en Playa Grande, pues en la tarde y la noche tendremos que hacer numerosas visitas de despedida.

— No sé que decirte, mi buen Manuel, contestó Ricardo. Creo que tendré la pena y el dolor de dejarte volar solo. Alberto Contreras me ha invitado repetidamente a dar algunos paseos à la Cordillera y a los pueblos cercanos y...

— Hombre, interrumpió Manuel, como que te has vuelto muy buen amigo de Alberto Contreras. Parece que su sobrina Lucila...

— Qué *diantre*, replicó el poeta, abrazándole efusivamente. No sé. Es verdad ; estoy enamorado de Lucila Pinar, pero ; maldito ! mañana o más tarde tendré que irme y todo habrá acabado.

— En ese caso, no me alegro ; al contrario, lo deploro. Sin embargo, de aquí a entonces pueden suceder muchas cosas y es posible que tu decidas algo serio, lo que me alegraría positivamente. Yo había comprendido mucho de tu parte y algo de parte de ella. Anoche al verlos juntos, me convencí de que ella te ama.

— ¿Si? Pues bien ; decido quedarme unos días más, dijo Ricardo, estrechando de nuevo a su amigo. Tu me perdonarás que te deje ir solo, pero, ya ves, me siento incapaz de alejarme en estos momentos. La amo de veras.

— Yo también siento no regresar contigo, pero, en el fondo, me alegro de lo que pasa. En todo caso, debes saber que mi casa es la tuya y que mi madre y mi hermana serán muy complacidas si te demoras un tiempo más. Ya lo sabes.

— Gracias, mi querido Manuel, gracias, mi buen amigo. Tu nobleza me llena de agradecimiento, Y Ricardo estrechó las manos de su compañero.

con efusión y hasta con enternecimiento, agregando:

— Antes de un mes nos reuniremos en la capital. Allá sabrás todos los detalles de mi aventura amorosa. Será una odisea. Y ahora preparemos tu viaje.

Y los dos amigos salieron del cuarto, desayunaron y poco después tomaron el camino del río.

En Playa Grande, el poeta jubiloso, recorriendo a nado todos los rincones del tranquilo río, trepándose a los ramajes cubiertos de enredaderas y corriendo como un niño por sobre las enormes raíces retorcidas, exteriorizaba de una manera franquísima su alegría juvenil y desbordante. Allí recordaba, uno a uno, los pasajes de su llegada a Manzanares ; su primera visita a « El Ensueño » ; el festival lírico, en el que había sido presentado a Lucila ; la Rapsodia Húngara que ella con sus ágiles manos finas, con su insuperable digitación había ejecutado en el piano y, en fin, todos los detalles salientes de su demora en aquel pueblo extraño y los consideraba como eslabones yuxtapuestos por una mano misteriosa, que componían ahora la cadena de flores y de ilusiones dichasas con que tenía atado su corazón hacia ella.

Estuvo reflexionando largo rato sobre si debía escribir a Lucila, anunciándole la decisión de quedarse un tiempo más en Manzanares y, para confesarle, con absoluta franqueza, toda la vehemencia de sus sentimientos. Pensó que él debería asegurarse de si era verdaderamente correspondido por Lucila, para que su sacrificio de demora no resultara al fin con la crudeza de un desengaño atroz y pesando estas razones, en su balanza de enamorado, decidió definitivamente que aquel día escribiría su primera esquila amorosa.

Manuel sonreía también plácidamente, viendo el entusiasmo de su amigo y envidiaba su suerte, pensando en Leonor Salas.

Al mediodía, Ricardo se sentó en su escritorio y trazó, con mano nerviosa, su feliz declaración a Lucila. Era su primera epístola romántica. En ella vertió toda la delicadeza de su alma y todo el fuego de su corazón, con la sencillez y la franqueza con que un niño leal hubiera contado alguna travesura inocente. Se limitaba a exponer sus sentimientos con palabras naturales, sin adoptar una sola frase hiperbólica, sin permitir a su pluma ni un desliz donjuanesco. Rodeado desde niño de un

ambiente de impecable caballerosidad, valioso patrimonio castellano que le habían dejado sus gloriosos abuelos, ponía en todos sus actos la finura de una corrección invencible. Y, convencido como estaba de que Lucila Pinar era una mujer superior, de talento excepcional y de un espíritu creado para las grandes concepciones de arte y de nobleza, que no tenía un átomo de la común vulgaridad femenina, quiso Ricardo confiarle sus pensamientos, tales como eran, desnudos de toda pompa vana, como lo hubiera hecho con un amigo íntimo y hermanado.

Terminaba diciéndola :

«Señorita: me acojo a la nobleza de usted, seguro de que por ella seré perdonado y seguro también de que por ella misma, antes de alejarme de estas playas, obtendré de usted, a lo menos el aliento de una esperanza.»

Ricardo despachó su carta e hizo avisar a Alberto Contreras la trasferencia de su viaje, afin de que éste preparara para dos días después el primer paseo a uno de los pueblos cercanos o la primera excursión por la montaña andina.



Manuel había salido el día anterior para la capital. Ricardo sintió el viaje de su amigo, como hubiera sentido el de un hermano. Alberto Contreras, generoso y leal, capaz de todos los sacrificios, había despertado en el alma de Ricardo una de esas profundas simpatías que nacen para no borrarse jamás, pero no podía sustituir el vacío dejado por Manuel. La intimidad y confianza que tenía Ricardo con este magnífico camarada, no podía inspirársela todavía Contreras. Además, en las actuales circunstancias, el poeta necesitaba un corazón enteramente hermanado para las gratas confidencias y para los secretos relativos a su amor y este corazón no podía ser el de Alberto Contreras, tío de su misma amada. Por eso, Ricardo sentíase muy solo, en medio a la tristeza de aquel puebluco silencioso.

Lucila no se había dejado ver más, desde la noche de despedida. Mientras todas sus amigas se paseaban por las calles del parque, formando, pequeños grupos en deliciosa charla, dejando oír sus risas

como cascadas de cristal en el silencio de la noche, ella, recogida en su hogar, ejercitaba sus finas manos sobre las teclas de marfil o ponía sobre el lienzo la concepción maravillosa de un cuadro vivido.

Y, Ricardo, confrontando juiciosamente éstos y otros detalles análogos de carácter, establecía la diferencia entre tantás bellas muchachas pusilánimes que se cruzaban a su vista, sonrientes y atractivas, y Lucila Pinar, en el fondo de un salón de estudios, ataviada con la sencillez de una colegiala y luciendo, como único adorno, una gran rosa de Francia prendida a la cintura.



Ricardo y Alberto Contreras, poco después del alba salieron de Manzanares y tomaron el camino que orilla la corriente del río, en dirección hacia Fresno, pequeña población distante de allí unas dieciocho millas. Iban montados sobre buenos caballos llaneros, fuertes para el galope por las extensas pampas y animosos aún bajo los ardores de los rayos solares.

A eso de las ocho, cuando el sol empezaba a calentar las espaldas de los dos viajeros. Alberto detuvo su caballo indicando a Ricardo que le imitara.

El camino, en el lugar donde se detuvieron, cruza por encima de peñascos y asciende casi verticalmente por una ladera de rocas en busca de los primeros flancos de la cordillera.

Los excursionistas bajaron de sus cabalgaduras, atáronlas a las raíces de un arbusto y empezaron a descender por un camino estrecho y escarpado que conducía a la hondonada del río. Alberto quería mostrar a Rivardo aquel lugar maravilloso, llamado por las gentes de la comarca con el nombre de *El Paso del Diablo*.

Con gran dificultad y agarrándose de las raíces y de las puntas salientes de las rocas, lograron bajar hasta el fondo, sobre una pequeña plazoleta, lisa y rocosa, desde donde las aguas, transparentes y dormidas, se precipitan de repente a las profundidades del abismo y forman una cascada retumbante. Algunos metros más abajo de la cascada, todo el caudal, cubierto de blanca espuma, vuelve a aparecer casi tan sereno como antes, encajonado

en la estrechez de dos paredes de rocas verticales y paralelas, separadas entre si por una distancia no mayor de diez metros. Estas rocas, dispuestas así, que paracen labradas a cincel por la mano del hombre, se prolongan hacia el sur por más de docientos metros y tienen una altura mas o menos de cuarenta. Encima de estas planchas gigantescas y como pendientes del abismo sin fondo, asoman su cabeza calva y plumiza numerosas rocas superpuestas, prestas a lanzarse sobre la inmensa grieta lúgubre y espeluznante, cruzada apenas por las bandas de murciélagos.

Desde la plazoleta, donde Alberto y Ricardo observaban la boca de aquel antro siniestro, se siente un escalofrío de terror y hasta las aguas que se precipitan sin querer en las entrañas de aquel abismo misterioso, inspiran repulsión y lástima.

Al menos, ésto era lo que sentía Ricardo, al contemplar con grave perplejidad aquel agujero de la tierra, espantoso y sombrío y al ver la linfa cristalina de «El Ensueño», como una víctima inocente, caer, desmadejada en millares de copos blanquecinos y cruzar mansamente las profundidades tenebrosas, donde el aliento de la vida

y la pureza del aire no han penetrado nunca. Verdaderamente que era *El Paso del Diablo*.

Los dos viajeros regresaron al camino y continuaron su marcha. Cerca del mediodía entraron a Fresno, modesto pueblito situado al pie de la gran Cordillera, donde el clima es agradable y fresco y las gentes sencillas y hospitalarias y muy dadas a la alegría y al jolgorio.

Dos días demoraron en Fresno el poeta y su amigo Contreras y al tercero abandonaron el puebluco, en compañía de varios amigos que salieron a encaminarlos. Llevaban muy gratas impresiones de su visita, pues habían sido agasajados como huéspedes de honor y habían tomado parte en varias diversiones populares, como los bailes a campo raso, bajo la luna llena, que constituían una de las más típicas costumbres de aquellas gentes avanzadas de la sierra.

A pesar de su cultura y circunspección, Ricardo y Alberto fueron obligados a bailar con muchas bellas mujeres los semisalvajes bailes lugareños. Uno de éstos, el más original de todos y el preferido en las grandes fiestas, llamado *Tamborito Nacional*, atrajo la atención de Ricardo, que deseaba

conocerlo por su fana, observándolo de cerca. Más de cincuenta personas de ambos sexos componían el grupo, dispuesto en forma circular. A un lado, la música, compuesta de varios parches roncós, resonaba a compás, con una monotonía desesperante. En el centro del círculo, bailaban, de una a una las parejas. Las mujeres estaban vestidas con la antigua *pollera* que usaban en muchos pueblos de América, antes de la conquista española y que consiste en una ancha bata blanca, con dibujos en color, llena de volantes en la parte inferior, con grandes solapas rematadas de encajes y amplio escote que deja al desnudo los hombros y parte de la espalda.

El peinado que llevan las mujeres para la clásica pollera, guarda perfecta armonía con la vulgaridad del traje indiano: dos largas trenzas alrededor del cráneo que cubren con un abigarramiento de florecitas artificiales, dando a la cabeza el aspecto de un jardín ambulante. Calzan zapatillas de tela, de colores vistosos, desprovistas de medias, para dar mejor la ilusión de la indígena recién conquistada. Así, en mitad de la plazoleta circular, cada mujer danza girando en torno de si misma,

alzando con la punta de sus dedos las alas de la pollera, bajo la cual, la enagua almidonada y perforada de encajes es una ilusión más... Mientras tanto, cada hombre baila en torno de su pareja, levantando los brazos y haciendo mil genuflexiones y piruetas que más parecen simplicidades clownescas que modales de danza. Y todo ésto acompañado de gritos y palmadas, coplas insustanciales y groseras, al compás de los parches del tambor.

A Ricardo y Alberto les tocó presenciar en Fresno, durante su corta visita, varios bailes del género citado que los llenó de curiosidad, sobre todo al primero.

A los tres días, cansados de fiestas y de agasajos, Ricardo y Alberto Contreras entraron en Manzanares, a la hora del almuerzo, bajo un sol de fuego que calcinaba hasta los árboles. Por la tarde, cuando más embebido estaba el primero, pensando en Lucila, encerrado en su cuarto, sintió a la puerta ligeros golpecitos que le hicieron levantar bruscamente. Era la hermosa Teresa, con una carta en la mano. Al tomar la esquila que la linda muchacha le alargaba, Ricardo tembló de emoción. Esperaba impaciente la respuesta de Lucila.

Teresa, con un guiño de ojos, se la entregó, diciéndole :

— Que le digan muchas cosas buenas, Ricardo.

— Es usted muy bondadosa, señorita. Muchas gracias.

Y se encerró nuevamente para leer la perfumada epistola.

Con temblor convulsivo rompió el sobre. Sentía la inquietud del acusado que está pendiente de la absolución o la condena. Y, rápidamente, recorrió con la vista los renglones amados, sobre los cuales, los dedos finos de Lucila habían apoyado sus yemas sonrosadas, dejando las huellas invisibles de dos manos divinas. Palpitante de júbilo, devoró varias veces con los ojos el contenido de la esquila con tanta ansiedad esperada.

Lucila terminaba diciéndole :

« El corazón es un gran rebelde que no es posible dominar. Mi lucha por dominarlo ha resultado estéril... Nuestro amor ha ido creciendo, silencioso y exuberante, a manera de dos rosas gemelas nacidas de un mismo tallo... Cuántas sorpresas nos reserva la vida. »

— Si, es verdad, murmuraba Ricardo, sonriente

en su indecible gozo. El corazón es un gran rebelde y no hay fuerza posible que pueda dominarlo.

* *
* *

Tres semanas pasaron después del día en que Ricardo recibiera la carta de Lucila. Había hecho varias excursiones a la cordillera, acompañado de Alberto Contreras y había conocido, siempre en compañía de éste, todos los pueblos de la pequeña provincia.

Don Rafael, el venerable patriarca, había cumplido fielmente su promesa. Dotado de una energía excepcional, parecía el octogenario un hombre apenas maduro, lleno de juventud, de alegría y de entusiasmo. Cada día preparaba a Ricardo una nueva sorpresa. Había organizado, para festejarle, varias fiestecitas de familia; paseos a diversos parajes de « El Ensueño », cacerías, pescas, bailes de confianza; en fin, Ricardo terminó por ser huésped de familia y pasó una temprada deliciosa, inolvidable, al lado del cariñoso anciano y de su hijo Alberto.

El padre León también había contribuído bon-

dadosamente a hacer gratos y felices los días de Ricardo en Manzanares. Le había visitado con frecuencia y cada día le enviaba con Pascual, el buen muchacho que acompañaba la soledad del anciano, generosos obsequios consistentes en frutas, libros, curiosidades valiosas que las gentes aborígenes le habían regalado en sus frecuentes misiones por la montaña.

El venerable patriarca, junto con Don Rafael — otro patriarca no menos venerable — había llenado de satisfacciones inolvidables el aislamiento de los últimos días del poeta.

Para Ricardo, el recuerdo de aquel dulce sacerdote septuagenario que le había brindado toda su confianza paternal y le había enseñado todo un tesoro de bondades y de méritos inconcusos, fué más tarde, en el rodar de los tiempos, algo como una luz flotante entre las nieblas del pasado, que el joven entreveía con cariñoso respeto mezclado de admiración.

Para hacer más completa la venturosa temporada de Ricardo en Manzanares — donde él sentía la felicidad incalculable de un supremo bien conquistado, la repugnante figura de Rodolfo Ibañez

se había dejado ver muy pocas veces, sin osar encontrarse de cerca con el joven, como si comprendiera que éste estaba dispuesto a castigar sus frustradas ofensas.

En este tiempo había visto con poca frecuencia a Lucila, pero, llevado por Don Rafael y algunas veces por Alberto, había estado en casa de ella dos o tres veces y, aunque sus visitas eran cortas y casi siempre con la presencia de varios amigos, Ricardo había tenido la oportunidad de expresar a Lucila las gracias por su carta y había podido deslizarse a sus oídos delicadas frases reveladoras. Además, la intimidad con el anciano le hacía sentirse más cerca de la amada, como si el aprecio y la confianza que le estrechaban con aquel vetusto y sagrado, próximo a desplomarse, fuera un convenio espiritual, un juramento de simpatía hacia la nieta que habría de prolongarse con la exuberancia de una savia fecunda hasta las últimas rizomas del grán tronco rajado.

Ricardo y Alberto habían proyectado para la última semana de Abril, antes de que cayeran las primeras lluvias del invierno, una buena partida de caza en la Cordillera de los Andes. Fueron acom-

pañados de cuatro amigos y de un guía salvaje, llevando magníficos perros adiestrados, armas de toda clase, víveres y una gran carpa de lona para armar su tienda, además de las correspondientes hamacas.

Salidos de Manzanares antes de que la luz del día señalara los caminos, los seis cazadores, sobre briosos corceles y precedidos por el indio y los perros, galoparon todo el día, siempre ascendiendo la cuesta, y tendieron su carpa a eso de las seis de la tarde, sobre el primer picacho de la cordillera, cuando al sol ponía sus arabescos rojos, a través de los árboles, en la profunda lejanía.

Al amanecer siguieron las huellas de la jauría, cuyos ladridos repercutían en el fondo de una hondonada cercana. Los cazadores se dispersaron al galope, formando un círculo en torno del lugar donde los perros ladraban con furia. Los cascos de los caballos crujían sobre la hojarasca, formando un ruido extraño en la oquedad de la selva. Ricardo, que iba solo, saltando rocas y barrancas, tropezó de pronto con la corriente de un riachuelo y detuvo su corcel al pie de un fran peñasco. Bajó de la cabalgadura y se acercó a la fuente para

apagar la sed, en el cuenco de la mano, como buen peregrino, pero en el punto mismo en que se inclinaba a recoger el agua, sintió ruido a sus espaldas y comprendió al instante que un animal extraño rompía la selva en una carrera desenfrenada, en dirección a él. Preparó la escopeta y a los pocos segundos vió asomar al borde del peñasco la nerviosa cabeza de una corza, que husmeó el paisaje a todos lados, como presintiendo la llegada de un enemigo implacable. El poeta hizo fuego, con la certeza de un tirador consumado y súbito el animal rodó sobre la roca dando tumbos y cayó a pocos pasos, ensangrentado e inerme.

Ricardo contempló a su víctima algunos segundos y al instante en que iba a acercarse a ella, la corza se levantó de repente y echó a correr, dejando a su enemigo perplejo. Este siguió los rastros de sangre que daban la vuelta al enorme peñasco y a los pocos pasos se encontró con la boca de una pequeña gruta, de la cual salían gemidos dolorosos. Nervioso y agitado se acercó el cazador y observó el fondo de la humeda caverna, quedando sorprendido al encontrar en él la corza herida, cuyas huellas había creído perder, entre las malezas de la roca.

Alegremente se disponía a recoger a su víctima, cuando vió estupefacto quo dos tiernos corsacos, pequeños y tal vez recién nacidos buscaban las ubres de la corza, ensangrentadas y palpitantes. El animal agonizante miraba a Ricardo con ojos irritados, comprendiendo que él era su verdugo. El joven, lleno de honda emoción, salió de la caverna y fué a buscar a sus compañeros para mostrarlos la escena dolorosa. Llevaba en el corazón algo así como un remordimiento.

Dos días después, Ricardo y Alberto, al lado de sus cuatro amigos, regresaron a Manzanares, llevando buenas presas de caza. Ricardo no podía apartar su imaginación de la caverna inesperada, donde había visto la corza moribunda, dando de mamar a sus hijuelas ; Oh ! Y esos ojos irritados y húmedos, rencorosos hasta el fondo no los olvidaría jamás.

En Manzanares esperaba a Ricardo una dolorosa decepción. Acababa de desmentarse en casa de los Grajales, cuando Teresa le entregó una carta. Al punto conoció la letra de Lucila ; con mano nerviosa rompió el sobre. Decía solamente :

« Una noticia inesperada nos obliga a anticipar

nuestro viaje. En la capital tendremos el gusto de recibirlo pronto en nuestra casa.

« LUCILA. »

Ricardo sintió al leer esas cuatro líneas como si sobre su cabeza se desplomaran todas sus esperanzas. Sintió una ráfaga helada que invadía su corazón y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dejar comprender la dolorosa decepción causada por tan inesperada noticia.

Aquella noche, cuando Ricardo salió al parque y se puso a pasear bajo los almendros, observó la casa de Lucila, con sus paredes blancas y los arcos oscuros de las ventanas grises, donde ya no temblaban las luces eléctricas y aquella mansión sagrada para él, le pareció como una vieja sepultura olvidada. Una mano de nieve, invisible, le oprimía el pecho ; dos gotas de llanto le nublaban las pupilas y los labios le temblaban herviosos. mientras una palabra salía del fondo de su alma y era pronunciada muy bajo, con el mimo y la tristeza con que un niño abandonado llama a su madre :

Esta palabra dulcisima era : Lucila.



Al día siguiente, Ricardo, sintiendo la tristeza de la soledad, hubiera querido partir tras de la huellas de su amada, pero supo que en el puerto no habría vapor hasta pasada una semana. Tuvo que resignarse con dolor a esperar en Manzanares la llegada de alguna embarcación que se dirigiera a la capital.

Aquella mañana, Ricardo, pensativo y sin poder ocultar su pesadumbre se dirigió a Playa Grande, sin compañía ninguna. Sentado sobre la enorme raíz de una acacia secular que se inclinaba sobre el río hasta besar con sus brazos la corriente, estuvo largo rato sumido en sus pensamientos y arrojaba, mientras tanto, florecitas recogidas en la orilla sobre el cristal ondulantes de las ondas. El sol penetraba a través de las frondas y caía, vuelto millares de hilos luminosos, hasta el mismo fondo del tranquilo lago minúsculo.

Ricardo, con los ojos triunfales de la imaginación, veía la imagen de Lucila surgiendo de las aguas como una sílfide reina, coronada de pám-

panos y rosas, con su dulce sonrisa melancólica, mientras con sus manos transparentes asía puñados de agua para arrojarlos en torno, convertidos en milagros de perlas. Y el río todo se volvía un surtidor en torno de la diosa radiante y era entonces el arrullo de la fuente, la armonía del cristal, el susurro de las hojas y el reflejo de los rayos solares una sola alabanza. Después, la Reina de « El Ensueño » se diluía sobre la transparencia movable de las ondas. Y la tristeza del bardo llenaba de suspiros la muda grandiosidad del paraje.

Por la noche, Ricardo volvió a vagar en torno de la casa de Lucila. La luna rielaba sobre el zinc arqueado de su techo y sobre las enredaderas de verano prendidas de los aleros y daba con su sesgo de plata un aspecto de añeja solemnidad a la mansión cerrada. Sus dos ventanas grises que daban al parque, coronadas por sus arcos de hierro renegrido, daban la ilusión de dos párpados caídos, inmóviles, con la quietud de la muerte, bajo sus grandes cejas de color de ébano. Y, en el fondo del patio los naranjos apenas si movían sus brazos añosos, donde el viento desgranaba gemidos.

Aquella noche, como un fúnebre presagio, la

primera lluvia de invierno cayó sobre Manzanares, fría cual un augurio de muerte. En todos los balcones asomó la tristeza ; cristales y persianas atajaron el paso de la brisa, carrándose a las miradas del transeunte y en la pequeña ciudad, silenciosa como un cementerio, las aguas recogidas formaron millares de charcas. Y las ranas croaron sus largas canciones monótonas.

Ricardo, sintiendo que los latidos de su corazón profundamente entristecido vibraban al unísono con aquellas señales de la infinita pesadumbre de la Naturaleza, en estrofas dolientes rindió culto al invierno :

*Ya los ábregos de invierno
descienden de la montaña
y en los pantanos dormidos
monocordían las ranas.*

.
*Tiritan en la alta noche
las estrellas enlutadas
y en mi balcón derruido
tiritan las telarañas.*

*Estoy solo y estoy triste,
bajo esta lóbrega calma;
el corazón dentro el pecho
parece que tiritara.*

*Cuánto entristece el invierno
a las cosas y a las almas
con su caer incesante
de frío, de nieve y agua.*

*Todos, todos se refugian
en el hogar de la casa
y, junto a la chimenea
leyendas la abuela narra.*

*Y en el hogar reunidos,
entre cuentos y plegarias
pueden volver los humanos
las noches de invierno gratas.*

*Pero el que está sin familia,
y sin hogar y sin patria,
porque está en extraño suelo,
muriéndose de nostalgia,*

*el que no tiene una madre,
ni una esposa, ni una hermana,
para aliviar del invierno
la tristeza solitaria;*

*el que está solo, sin lumbre
y sin hogar y sin casa,
está más triste que todos
y tiene que verter lágrimas.*

*Oh que triste es el invierno
que viene de la montaña,
pero más triste, más triste
es el invierno en el alma.*

* * *

Ocho días más tuvo que demorar Ricardo en Manzanares. La víspera de su viaje la ocupó en despedirse de sus mejores amigos. Fue a visitar al Padre León, quien lo recibió en los brazos, manifestando gran pesar por la partida del joven.

— Cuánto me duele, hijo mío, dijo el anciano con voz casi sollozante, que nos deje tan pronto. Yo

hubiera querido que se demorara un tiempo más y que, al despedirse de nosotros, llevara al menos la dulce impresión de muchos gratos y sanos placeres, sin el menor asomo de sufrimiento.

— Padre, exclamó Ricardo conmovido, no sabe usted lo feliz que yo he sido en este bello pueblo hospitalario. Llevo de aquí las más hermosas impresiones y los más hondos afectos.

— Feliz usted, hijo mío, que ve las cosas a través de un prisma tan halagüeño y optimista, pero ya ve usted que siempre le hemos causado pesares amarguras...

— Nó entiendo, padre, interrumpió Ricardo, qué pesares, qué amarguras sean esas, cuando al contrario todo lo que he recibido ha sido agasajos, bondades, honores que no merezco...

Era ya muy avanzada la noche, cuando Ricardo y el venerable sacerdote se dieron el último abrazo. El joven estaba verdaderamente conmovido, mientras el anciano tenía los ojos húmedos...

*
* * *

En la mañana siguiente, Ricardo, ya preparado para el viaje, quiso hacer su última visita al templo

de la población y dar de paso una ojeada a la casa de Lucila.

La iglesia, en aquella hora, estaba casi deserta. Apenas unas cuantas mujeres, envueltas en su capuchas negras, oraban en la penumbra de los altares. Arriba, en el extremo de la nave central ardían las lámparas de aceite que acompañan al Santísimo. El joven subió con paso lento hasta colocarse debajo de las luces sagradas ; allí se hincó devotamente y olvidando un instante sus pensamientos mundanos, oró con profunda unción, con esa unción sincera y honda de la infancia, como solía hacerlo las veces en que su corazón estaba atormentado por algún sufrimiento. Después de la oración, recorriendo con la vista las bóvedas del templo tropezó con el coro solitario y al punto el pensamiento le trajo la imagen de Lucila, como una aparición maravillosa, en todo el esplendor de su pureza virginal. Recordó al instante aquella hora feliz en que, acompañado por Alberto Contreras había subido al Coro, donde Lucila y Leonor Salas cantaban un miserere profundo que le hizo estremecer. Y ahora la veía de nuevo, con su sonrisa melancólica, cubierta la cabeza con un

blanco chal y con sus ojos soñadores clavados en la bóveda del templo, en una expresión de indefinible dulzura.

Fue preciso que el reloj de la torre diera las ocho, para que el joven saliera de su éxtasis y abandonara el templo, saliendo por una de las puertas laterales, frente de la cual estaba la casa de Lucila. Aquella mañana, la mansión bañada por los rayos solares, con sus naranjos mecidos por la brisa, presentaba un tinte de alegría y movimiento ; pero el polvo que cubría las puertas y ventanas y el zócalo de piedras decoradas, daba a la vez un aspecto de tristera y abandono a la amada mansión. Ricardo, frente a aquellos muros silenciosos tambien rezó mentalmente una plegaria, una plegaria de amor, dolorosa y sentimental.

Una hora más tarde, cuando ya el sol hacía reverberar la arena dorada de los caminos, el joven se despidió por última vez de sus amigos. Dió al anciano Don Rafael estrechos abrazos, sintiendo dolor al dejar aquel patriarca proveyecto, ya encorvado sobre la tumba ; dijo adiós a Alberto Contre-ras con el pesar que hubiera sentido al dejar un hermano ; llenó de agradecimientos a la noble

viuda de Grajales y a la bella Teresa, y, rehusando toda compañía que la ofrecieran sus amigos, batió su pañuelo a Manzanares con la tristeza con que hubiera asistido a un nuevo entierro de cariño y salió para el puerto, sobre un pobre jamelgo, cual nuevo Don Guijote, acompañado únicamente por su alforja de soñador aventurero.

EPISTOLAS

Cerca del mediodía, el vapor anclaba en la bahía de la capital. Centenares de buquecitos mercantes y de barcas pescadoras cubrían las entradas del muelle, unas con sus mástiles desnudos dormitando al sopor de la hora cálida y otras con sus velas infladas, balanceándose suavemente, dispuestas a partir hacia las lejanías del gemebundo piélago.

Ricardo encontró a Manuel, esperándole en el muelle. Con grande alegría se abrazaron los dos amigos y subieron a un coche, dando al auriga la orden de conducirlos al Hotel Continental.

La alegría de Ricardo que exteriorizaba con palabras vehementes, daba a su rostro juvenil y simpático la expresión de una felicidad verdadera. Manuel no dejaba de contemplarle con profunda satisfacción, sin comprender como en tan corto

tiempo se había operado en el espíritu del joven un cambio tan notable.

La había conocido hacía tres meses apenas, en el Carnaval de Febrero, con motivo de un baile celebrado en el Hotel Continental, al cual fué invitado Ricardo. En medio del entusiasmo desbordante de la fiesta, mientras las parejas disfrazadas danzaban envueltas en el vértigo del entusiasmo, al compás de mil distintos instrumentos que formaban una algarabía loca, la indiferencia de aquel joven que observaba en silencio, retirado de todos, el sordo tumulto de la muchedumbre, era un triste reproche a la demencia humana.

Después, cuando hubo intimado con él y cuando pudo conocer los nobles pensamientos que surgían de aquel cerebro de veinte años, pensamientos de una reflexiva madurez que parecían concebidos por la fría razón de la proveya serenidad, juzgó que aquel muchacho era un anciano, prematuro filósofo. Y se afirmaba en su creencia, cuando veía al poeta divagar a solas por las riberas del mar, mientras el crepúsculo ponía tintes de arrebol sobre las rocas lejanas o en tanto que la luna se mecía sobre las morbideces de las olas, temblando en las

espumas o saltando sobre las rocas con el reflejo de cristales rotos.

Más tarde, en Manzanares, la belleza del río ; la sinceridad medio salvaje del ambiente ; la confianza familiar que le rodea ba y, tal vez los destellos iniciales de su amor oculto, amenguaron y casi tornaron alegre la melancolía perenne de Ricardo. Pero, en medio de todo, le había sorprendido varias veces abrumado por un pesar misterioso y le veía suspirar a menudo.

Y ahora estaba asombrado al notar la locuacidad, el entusiasmo y la vehemencia de su amigo.

Después del almuerzo, Ricardo tomó del brazo a Manuel y lo condujo a su cuarto. Estaba anhelante por revelarle las gratas confidencias que solo a las almas similares nos es dado expresar. Las grandes alegrías, como los grandes dolores ahogan las estrecheces de un solo corazón ; es preciso que un corazón hermanado comparta la inmensidad de aquellos sentimientos que sofocan el espíritu.

Ricardo refirió á su amigo todos los sucesos de su demora en Manzanares ; la amistad con el anciano venerable ; los paseos a los pueblos cercanos ; las excursiones a la montaña y la gran partida de caza

a través de la cordillera andina ; su amor creciente para la reina de « El Ensueño » y, por último, la partida inesperada de ésta y de su madre para la capital. Y terminó diciéndole :

— Toma, lee la carta que Lucila me ha contestado.

Manuel, corazón noble y sincero, gozaba con las confidencias de su amigo.

Ricardo le dejó en su cuarto, releyendo la carta y fué a tomar el aparato del teléfono. Pidió la comunicación con la casa de la señora viuda de Pinar. La voz de Lucila contestó a sus llamadas, y los dos, conmovidos se saludaron, reconociendo alegremente sus voces a través del espacio. Ella, por una intuición inexplicable o por un milagro de los muchos que hace el amor, — forma increada y milagrosa, — sabía ya que Ricardo era en esos momentos huésped de la capital.

* * *

Las calles de la ciudad, zigzagantes y estrechas, estaban profusamente iluminadas con grandes farolas eléctricas. Millares de automóviles y de livianas

victorias se cruzaban por las principales arterias de la capital, donde la vida nocturna tenía más agitación y movimiento, más ajetreo loco que en las doce horas del día.

Las bocas de los Teatros, cubiertas de pintarrajo, eran un hervidero de muchedumbres, y de los numerosos cabarets salía el vaho del alcohol mezclado con las músicas groseras. Ricardo, ensimismado en su pensamiento, miraba desde las ventanillas de su coche la demencia de la ciudad envuelta en gasas de alegría, con la indiferencia del que mira sin ver conscientemente.

De ésta manera atravesó la ciudad y el aire frío de la llanura que dió contra su rostro le sacó de su ensimismamiento. El tronco de caballos empezó a galopar por la carretera de asfalto y a través de los cristales Ricardo veía cruzar, en carrera fantástica las quintas y chalets, lujosamente rodeados de preciosos jardines, enredaderas de rosales frondosos y retorcidos, formando redes por entre los barrotes de las verjas de hierro. Por último, en una revuelta de la vía, apareció la Villa de Pinar, medio oculta entre los árboles, con su torrecita de piedra, puntiguda, émula de los erectos eucaliptus.

Ricardo franqueó la puerta de hierro, siguió por la Avenida de palmas y se detuvo al pie de la escalinata de mármol. Una silueta blanca de mujer acababa de dibujarse en la penumbra, a un lado del jardín, cerca de una preciosa enredadera de florecitas rojas de verano que cubría totalmente la humildad de un arbusto, agobiándolo con el peso de su verdura floreciente. Era Lucila, toda vestida de blanco, con su inseparable compañera, la gran rosa de Francia, prendida a la cintura, y con las manos llenas de flores, Ricardo se dirigió a ella, quitándose respetuosamente su sombrero.

— Buenas noches, Señorita, murmuró tímidamente.

— Buenas noches, Ricardo. Me complace mucho en verle en mi casa. Se hace usted esperar demasiado.

Y le tendió la mano.

Los dos atravesaron las baldosas del jardín y subieron a la casa. En el salón estaba la viuda de Pinar, una hermana de ésta y dos tíos políticos de Lucila, quien hizo las presentaciones de rigor. Un minuto después todos conversaban animadamente y Ricardo refería a los circunstantes todas las peri-

pecias y todas las impresiones recibidas en la partida de caza por la Cordillera.

Como al fin, aquella era una visita de etiqueta, Ricardo consideró conveniente levantarse una hora después de haber llegado.

Lucila y Ricardo cambiaron al despedirse una mirada profunda y expresiva.

— ¿Volverá usted pronto? murmuró ella.

— Pronto, contestó Ricardo con voz muy queda. Quiero decir a usted muchas cosas.

Y se alejó por la Avenida sombría, mientras sus pasos resonaban sobre las hojas secas con un rumor extraño, centuplicado por el eco.



Ricardo amaneció al siguiente día verdaderamente preocupado. Era el primero de Mayo y él tenía compromiso de estar en la Habana en el mismo mes, pero ahora surgía de pronto, para atajarle el paso, un dulce inconveniente. Estaba enamorado. Por lo menos, así lo creía él, aunque, a la verdad, pensara en un principio que aquella inesperada pasión era uno de los tantos afectos que

encuentra uno al pasar por los senderos de la vida y que va dejandotras de si, con un poco de dolor, en manos del olvido. Pero, al contacto con los nobles sentimientos, con la vasta inteligencia y el cultivo refinado y, en fin, con aquel no se qué de excepcional y misterioso de Lucila Pinar, aquella pasión, desconocida y no justipreciada en su comienzo, era ya para Ricardo una fuerza irresistible que le empujaba hacia el porvenir con los ojos vendados.

La preocupación de Ricardo tenía por motivo, precisamente, el recuerdo de su compromiso de viaje a la Habana, durante el mes de Mayo. Después de muchas vacilaciones y sin advertir a nadie, ni aun al propio Manuel, de su súbita resolución, tomó un coche y se hizo conducir a una Compañía de Vapores, con intención definitiva de comprar el pasaje. Al acercarse a las oficinas, su corazón palpitaba con violencia; sentía la opresión y el miedo del que se ve al bordo de un abismo, pendiente de una débil cuerda. Y al encontrarse con el empleado de la Agencia que estaba vendiendo los pasajes para la Isla de Cuba sintió un vuelco erpentino en el corazón, preguntó al hombre cual-

quier cosa fútil y le volvió la espalda completamente arrepentido.

Si, era imposible. Su vida estaba, sin saberlo, ligada a su amor. Lo acababa de experimentar, en el momento mismo en que iba a coger entre sus manos el billete fatal, mediante el cual sería conducido lejos de su amada.

Cabizbajo, triste y pensativo, siguió a pie la Avenida principal, tomando la dirección del Hotel. Compró al acaso algunos libros y los llevó para entretener sus horas de ocio, que serían las más en adelante.

Ricardo, junto con su amor infinito para su madre, le había guardado siempre una decidida confianza, una confianza de amiga. Sacó del fondo de la cartera el retrato de su madre; lo estuvo contemplando largo rato con tristeza y con indecible ternura; después, le besó dulcemente y lo volvió a guardar en el fondo de su secreto nido amoroso allá donde sólo se guardan las reliquias sagradas. Y resolvió escribir a aquella amiga maternal, haciéndole la absoluta confidencia de sus amores, sus dudas y sus luchas interiores.

Aquel mismo día, dedicó varias horas a su larg

epístola, detallada y minuciosa, en la que se revelaba, con elocuencia profunda, el alma noblemente sumisa de un hijo no extraviado del redil paterno. La carta terminaba de esta manera :

« Tu sabes, madrecita mía, que no es la cuantía de los años lo que forma el estado de vejez o de juventud en los hombres. Es el alcance de reflexión, de juicio y de talento que posea el individuo. Cada una de estas cualidades es como la savia que alimenta los frutos. Y bien sabes tú, que mientras más abundante y sana sea esa savia, más pronto maduran los frutos. Los poetas y los artistas vivimos doblemente ; envejecemos pronto.

« Tu debes pensar, madrecita mía, en que a todos nos llega o nos debe llegar el turno del matrimonio, más tarde o más temprano. Y ese turno, — creo yo, — ha llegado cuando el amor toca a nuestras puertas, no cuando la fría razón de la conveniencia lo dispone ! Si cuando tú, dulce y bella madrecita, a los quince años de tu edad, — perdóname que haga mención de ésto, — te casaste con mi querido padre, te hubieran dicho que no debías pensar en esas cosas todavía, sino esperar hasta los veinte años, ¿qué hubieras con-

testado a quien tal cosa te advirtiera? Seguramente qué te hubieras reído en las propias barbas de tu grave consejero... »

Ya un poco aliviado el ánimo de Ricardo con la carta escrita para su madre, acabó la tarde distraído en la lectura de sus libros. Por la noche, encerrado en su cuarto, estuvo escribiendo en la última página del album de Lucila. Ella, después de haber acumulado allí todas las poesías del bardo, había querido, — bello capricho de mujer superior, — que Ricardo cerrara con broche de oro aquel libro en el que él mismo había escrito la página inicial.

¿Quién hubiera dicho al poeta, cuando tuvo en sus manos, por primera vez, la albura de aquel Album, que en él estaría pronto condensada la historia de su amor y tal vez el fallo definitivo de su vida futura?



La noche del 2 de Mayo, Ricardo hizo su segunda visita a la Villa Pinar. Esta vez encontró a Lucila acompañada únicamente de su madre. La grave

mansion señorial estaba toda impregnada con el aroma de los vergeles cercanos ; los grandes cortinajes de terciopelo color de champagne ondulaban en la sombra, movidos por la brisa y un aire de distincion y de elegancia se respiraba en aquellos salones antiguos, solemnes por la opacidad cabaleresca y sagrada que la patina de los años va poniendo sobre el brillo de los ornamentos.

El piano alemán, de ébano lustroso, a un lado del salón convidaba al arranque de sus armonías. Ricardo rogó a Lucila que cantara, acompañada con el clásico instrumento, una de esas bellas canciones emotivas que le habia oído en Manzanares. Ella eligió una hermosa Danza de Saboya, tocada a medio tono, dulce y sentimental como el arrullo de una fontana. La canción decía así :

*« Acompañada
de su organillo,
triste airecillo
de su país,
sentada al frente
de una ventana,
la Saboyana*

cantaba así:

*« tiene un albergue
cuanto ha nacido;
toda ave un nido,
todo hombre hogar;
solo fue suerte
del saboyano,
padre y hermano,
patria dejar.*

*« Feliz quien nunca
dejó su suelo,
quien en su cielo
ve el sol salir.
¡ Ay, el ausente
de su cabaña !
¡ ay mi montaña
donde naci !*

*« En el recuesto
de una pendiente,
junto a una fuente,
bajo un pinar,*

*está la choza
pobre, escondida
que es de mi vida
dicha y pesar.*

*« De mi su imagen
no huye un momento;
mil voces siento
de ella venir...
Oigo sus brisas
— olmos y cañas —
¡ Ay mis montañas
donde nací ! »*

La voz de Lucila se fué apagando, confundida con el rumor suavísimo del teclado, semejante al murmullo misterioso de la selva cuando la brisa gime en los ramajes.

Ricardo estuvo deseando encontrarse a solas con Lucila para expresarle muchas de las dulces confidencias prometidas, pero la señora viuda de Pinar, fiel guardian de aquel tesoro de bellezas, tuvo a bien no retirarse del salón ni un momento. Y Ricardo tuvo que resignarse a callar las palabras que

salían de su corazón y jugaban en su boca con la inquietud de mariposas indiscretas. A tiempo de despedirse, pudo deslizar a los oídos de su amada éstas palabras :

— Tenía muchas cosas para decir a usted, pero, ya ve, no se ha podido. Será otro día...

— Escribame usted, diciéndomelas, murmuró ella.

— Si me lo permite, mañana mismo.

* * *

El 3 de Mayo, Ricardo amaneció más animado que en días anteriores, por haber encontrado la manera de decir a Lucila las íntimas confidencias amorosas. Aún no había podido hablarle una palabra siquiera sobre su brusco dolor y su infinita tristeza al regresar a Manzanares de su paseo a la Cordillera y encontrar cerrada la mansión donde ella sonreía días antes ; ni sobre las largas horas de ausencia, en que su corazón atormentado era un ave sin nido, huérfana y solitaria ; ni sobre la llegada del invierno, simultánea con la llegada de su dolor, que hacía aun más desoladores los

ratos de la ausencia ; Ah ! Y hacía ya cuatro días que estaba en la capital, en donde había creído poderle decir, desde el momento de su llegada, todos los secretos de su amor y todas las torturas sufridas en la soledad del pueblecito y... todavía ningún vocablo de confidencia !

Todos estos pensamientos reveló en su carta Ricardo y terminaba diciéndole :

« Deseo escribir a la Señora viuda de Pinar, si usted me lo permite, para adquirir la certeza de su consentimiento, que me hará feliz, honrándome. He escrito también a mi familia, revelándole mi amor y mi proyecto y estoy seguro que de allá, al impulso de mi noble madre, mi conducta será aprobada enteramente con sus deseos y sus plegarias por mi felicidad. »

Cerró su carta y escondida entre las páginas del Album la despachó para la Villa Pinar, con un infantil emisario, muy propio para mensajero de amores. Y no estuvo tranquilo y sosegado hasta la siguiente mañana, en que el mismo simpático emisario le sorprendió con la respuesta de su epístola.

« Antes de contestar a usted, quiero hablarle sobre un ser que adoré, quien sin duda ha tomado parte en este feliz acontecimiento pues estoy cierta de que mi padre, desde el cielo vela espiritualmente por su hija. Su memoria es amada y venerable, porque mi padre fué en la tierra un ciudadano noble y generoso ; hermano del desvalido ; amigo leal del esforzado ; valiente en las vicisitudes y en las luchas de la guerra, por lo que fué llamado *campeón de la justicia*; hombre que sólo pudo sufrir una esclavitud : el deber... »

— ¡ Qué bello rasgo de amor y de respeto filial ! pensó Ricardo. Y continuó :

« ¿No es verdad que usted amará conmigo la memoria sagrada de mi padre?...

« Puede usted dirigirse a mi madre, en la forma que ha pensado. Mi madre, igual que la de usted, no piensa más que en la felicidad de su hija y no podrá menos que aceptar el honor que usted le propone. »

La satisfacción y el gozo de Ricardo, después de

haber leído la carta de su amada, no es posible describirlos con vocablos equivalentes en expresión a la grandeza de su ventura. Hizo llamar a Manuel, su noble confidente hermanado, lo llevó a uno de los parques de la ciudad y allá, bajo los árboles y al arrullo de los surtidores, le leyó la carta. El soñador era en esos momentos un hombre feliz, completamente feliz, sin sombra de su antigua tristeza.



El 5 de Mayo, Ricardo, estando ya autorizado por Lucila, escribió a la señora viuda de Pinar. Pensó que, para un asunto de la índole del que quería tratar a la madre de su amada, lo más natural y corriente era hacerle la solicitud verbo a verbo ; pero, con la timidez embarazosa del que está inexperto para transitar por esos intrincados laberintos matrimoniales, resolvió más bien confiar su mensaje a la discreción y libertad de una epístola.

Un día solamente se hizo esperar la respuesta de la señora viuda de Pinar. Estaba toda su carta concebida en los más fino términos, con la bondad

y delicadeza con que una matrona sabe aderezar todas sus frases y componer todas sus graves cuestiones internas. Terminaba ofreciendo su casa al joven poeta, con palabras nacidas de maternal confianza, reveladoras de un espíritu selecto y libre de gazmoñerías y de prejuicios inconvenientes.

Con esta franca invitación, emanada espontáneamente de la madre de Lucila y con el expreso consentimiento de ésta, las puertas de la Villa Pinar estaban abiertas para Ricardo, con la misma libertad que para un miembro de la familia. El supo aprovechar este honroso privilegio, comenzando sus visitas diarias desde ese mismo día.

Por la noche, a eso de las ocho se presentó en la quinta. Lucila estaba vestida con un sencillo traje de color lila ; el cabello suelto, negro y undoso sobre su busto de estatua griega ; la gran rosa de pétalos ligeramente encarnados, ceñida a la cintura y los grandes ojos dulces, rodeados de ojeras melancólicas, como dos remansos serenos y profundos, abrevaderos de bondad y espejos de un infinito de ilusiones.

Esa noche los dos jóvenes pudieron decirse libre-

mente las supremas confidencias, todos los hermosos vocablos ocultos que nacen del corazón enamorado y que el labio pronuncia quedamente, nerviosamente, mientras a intervalos habla también el silencio con la elocuencia insuperable de las miradas.

* * *

De esta suerte pasaban los días, felices para Ricardo y Lucila, viéndose diariamente en la quinta y esperando el consentimiento de los padres de aquel, para determinar la fecha en que debería verificarse su enlace. Mientras tanto, además de las diarias visitas habían decidido comunicarse por escrito todos sus pensamientos, estableciendo una diaria comunicación epistolar. Sus cartas, de la más pura franqueza, portadoras siempre de la encendida pasión de que estaban llenos sus corazones juveniles, tenían la belleza y el encanto de un romántico poema oriental, en que la Naturaleza y los sentidos naturales formaran la sinopsis y la esencia purificada de la leyenda. Hé aquí algunas de ellas :

« Mayo 6. — Cuán feliz soy, cuán bellamente feliz, escribe Ricardo. Por todas partes su imagen aparece frente a mi, iluminada con un haz de sonrisas. La veo en los sesgos del sol que ruedan sobre el lomo de las olas, transparentando la superficie de la bahía ; en el agua de las fuentes, como en nítidos espejos asoma su palidez trigueña, rodeada del nimbo de azabache de su sedosa cabellera ; surge radiante de los cálices entrabiertos de las flores que aroman mi ventana ; se interpone en las palabras y juega entre las líneas del libro, que en vano trato de leer con devoción espiritual ; resplandece en la blancura del papel y al verla sonreír frente a mi, como una visión ultraterrena, las frases que voy a escribir, serenamente meditadas, se truecan al instante, como al influjo de un conjuro misterioso, en salmos de alabanzas amorosas. ¿Y, qué diré de su imagen en los vastos interiores de mi espíritu? Allí se pasea levemente, con señorial donaire, a manera de una princesa encantada entre las rejas de una gran jaula de oro ; entreabre con furtivo silencio el cedro de mis cofres reales, que son lo cinco sentidos, guardianes de mi castillo de cristal y en cada uno deja la huella de su aliento irresistibile... »

Así dejaba el poeta que su pluma de galán enamorado expresara a la amada, todo el conjunto múltiple y vario de sus pensamientos.

* * *

« Mayo 7. — La felicidad que me dejó su visita de anoche, dice Lucila, no ha sido turbada todavía. Fué tan honda, que aun persiste en mi corazón y me ha proporcionado un día completamente feliz. Sobre nuestra conversación lútima le diré que me es sumamente grato y que me llenará de dulzara el oirme tratar por usted con el tú fraternal y delicioso y que, yo, complacida, me serviré de él en adelante... »

« Mayo 10. — A veces me dileita el recuerdo del humilde puebluco de Manzanares, el más soñador y amoroso rincconcito de la tierra, escribe Ricardo, donde, con dulces pajas y gráciles plumas blandas empezó a fabricar su nido nuestro puro amor; donde, en los azules cristales de « El Ensueño » te soñaba y te veía, más bella y triunfadora que los cálidos paisajes de hermosura ^{soberbia} que brin-

dan al plateado río las florestas milagrosas de sus márgenes... »

« Mayo 11. — Tu dulcísima carta, Ricardo, me ha dejado bajo la más suave y grata de las impresiones. Ese recuerdo que dedicas a mi pueblecito nativo y al ancianito abuelo que vela en su terruño como un centinela sagrado, es para mi más querido que todos los dones que pudieras ofrecerme...

« Me hablas de nuestra unión y me preguntas que si es mi voluntad que ella se efectúe un mes después de recibido el consentimiento de tus padres. Pues bien, Ricardo, se hará como tu quieras, pero debo advertirte que me ha entristecido profundamente el pensamiento que dejas entrever de una posible separación, en caso de que tus padres nieguen su asentimiento... »

« Mayo 12. — Con tus preciosas cartas, amada Lucila, dulcificas intensamente la soledad de mi espíritu. Eres tan noble, tienes unas frases tan dulcísimas, que llenan de encanto y de armonía la tristeza de mi aislamiento ; son puros almíbares de Himeto que yo saboreo muchas veces...

« Respecto a una posible separación de que me hablas, debo asegurarte que la he pensado como una idea muy remota. Estoy seguro de que, antes de dos semanas habré obtenido el fallo definitivo y favorable de mis amados padres y entonces podremos designar con precisión la fecha cercana de nuestra boda. Unicamente te he expresado mi resolución ante el fallo contrario — muy improbable por cierto — y que consistiría en llevar a efecto mi viaje a Cuba, para atender a cierto compromiso amistoso, celebrado hace algunos meses, y para el cumplimiento del cual me he visto precisado a solicitar una prórroga indefinida. Mientras tanto, estaría más cercano el 10 de Enero próximo, día en que yo, entrando por las puertas de la edad ciudadana, habré de obtener de un solo golpe mi absoluta independencia. Pero, te repito, la sentencia paternal habrá de ser muy pronta y favorable... »

« Mayo 15. — Un millón de gracias, escribe Lucila, por el bello libro que me obsequias. Al ver su título de oro, nó por el metal que ilumina la artística carátula, sino por el conjunto de las cinco letras que forman el dulce nombre de « María »,

sentí una gran satisfacción. Tiene esa preciosa novela de Jorge Isaacs un encanto sobrenatural ; un lenguaje armonioso, sentimental y sencillo, un lujoso colorido en las descripciones y tal reflejo de candor y de pureza en los relatos amorosos, que cautivan el ánimo del lector desde las primeras páginas... »

« Mayo 16. — La felicidad que poseo, expresa Ricardo, me ha vuelto bueno, dulcemente bueno, hasta el punto de que hoy puedo interpretar claramente el supremo mandato divino : *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Creo que hoy, bajo la influencia bienhechora de esa bondad derramada en mi espíritu e infiltrada poco a poco en mis arterias, podría estrechar cordialmente la mano que ha pretendido abofetearme a mansalva y podría estrechar entre mis brazos la furia de uno de esos monstruosos basiliscos imaginados por los antiguos griegos y decirle con fraternal cariño como el Santo de la Umbría : *Hermano basilisco...* »

« Mayo 17. — Me preguntas, sigue Ricardo, en la suprema dulzura de tus frases epistolares, si yo

recuerdo detalles y sucesos de los dos meses pasados en la delicia de tu pueblecito interiorano ¿Acaso no sabes bien, amadísima Lucila, que yo te amaba desde el momento mismo en que te vi por vez primera? Cómo creer, pues, que no recuerde, minuciosa y circunstanciadamente todos los detalles precisos del tiempo a que tu aludes, cuando, hasta las puerilidades que tienen referencia con el ser amado, se sublimizan y toman proporciones reales ante los ojos de quien ama...? »

« Mayo 18. — Tus rosas, continúa Ricardo, amanecieron hoy más frescas y aromáticas. Las coloqué anoche cerca de mi lecho y junto a tu retrato. Me dormí en medio de un ambiente dulcísimo de ventura incomparable. Estaba tan bien acompañado. Figúrate : tus flores, tu retrato, tus cartas ; conjunto luminoso de bellezas amadas, capaces de hacer feliz al corazón más insatisfecho... »

« Mayo 20. — Tu serás mi maestro y miguía, dice Lucila, en tus manos, mi voluntad será cual blanda cera para que tu modes mi espíritu y convierta mis rudezas en flores ; tu cultivarás esas flores de

amor, con el cariño de un jardinero feliz, para que ellas perfumen tu corazón y tu vida... »

« Mayo 23. — He pasado la noche, dice Ricardo, y la parte transcurrida del día de hoy, olvidado de mi pequeño malestar. Cuánto agradezco tu interés ! Debes saber que, estando tan bien acompañado como estoy yo, es dudoso no estar bien y contento. Flores, álbum, cartas y retrato de la amada, junto al lecho, alejan todo influjo del mal, toda sombra de tristeza... No olvidaré llevarte esta noche el retrato de mi madrecita que me has pedido otras veces... »

« Mayo 21. — Con cuanto afecto contemplo el retrato de tu bella madrecita ; cómo se parece a ti y cómo revela en su semblante, todavía juvenil, la bondad exquisita de su corazón. Como no tienes otro retrato, te lo devolveré esta noche ; hoy me quedo con él ; lo tendré junto a mi ; me acompañará en el estudio y en todas mis tareas. Pueda ser que así ella me empiece a devolver un poco del mucho cariño que le profeso...

« Te mando algunas cartas de Mimiya Rai-

maeckers, mi noble amiga de colegio. Hace mucho que no podemos escribirnos. Desde el comienzo de la guerra, en que ella pasó de Inglaterra a Bélgica. Verás en esas cartas el reflejo de una inteligencia superior, un corazón noble y puro y los sentimientos de dolor y de amargura de una mujer europea ante el gran desastre mundial... »

« Mayo 22. — Me he deleitado, dice Ricardo, con la lectura de las cartas admirables de Mimiya Raimaeckers. Qué hermosos rasgos filosóficos, qué fluidez de pensamientos, qué singular destreza para manejar la dulce y sonora lengua de Lamartine y del viejo filósofo de Guernesey ! Y, sobre todo, qué extraordinario cariño para ti revela en todas sus frases. Me voy a apropiarme una de sus últimas y que viene de molde a interpretar mi reclamo : *Je ne suis pas contente de ta lettre, ma chère Lucile : elle était beaucoup trop courte !* »

« Mayo 23. — Cada día, habla Lucila, se acentúa más en mi corazón el temor que tengo por la respuesta de tus padres, la que debe llegar, según tus calculos, en los primeros días de Junio. Es muy natu-

ral ese temor. No podría siquiera resentirme con ellos, si trataran de hacerte desistir de tus proyectos. He pensado este asunto con el más sereno juicio, con la más completa imparcialidad y he pensado que sería muy justa su oposición. Por un lado, está tu corta edad, que te coloca todavía bajo el dominio paternal y que no es la edad común para entrar por las vías del matrimonio y, por otro lado, existe la circunstancia de que tu novia es una mujer desconocida para ellos, aunque tú les hayas hablado de ella largamente, exagerando con tu bondad las pobres cualidades que posee... »

« Mayo 23. — Mis flores, observa Ricardo, las que me enviaste hace tres días, aun no se han marchitado. Se conservan todavía frescas y lozanas, como recién cortadas de su tallo, sobre el jarrón de cristal. Vivo tan feliz con ellas y acompañan tan de veras la soledad de mi alcoba, que estoy por creer en un fenómeno de sensibilidad espiritual y moral en las flores... »

« Mayo 24. — ¿Qué si estuve contenta anoche, me preguntas? No recuerdas que hasta las estrellas

quisieron contemplar nuestra dicha, asomándose por entre los resquicios de los árboles y brillando con más esplendor ; que la brisa, deseosa sin duda de sorprender nuestras palabras, nos acariciaba en la terraza con su suave armonía y con la grata frescura de sus alas ? A tu lado yo soy siempre feliz ; sobre todo cuando tus palabras son tan dulces y optimistas como las de anoche ; cuando veo que tu frente, noble y pura, está iluminada con los destellos de una franca alegría y, cuando tu sonrisa — que amo tanto — me revela el estado feliz de tu alma. Entonces, mi felicidad no tiene límites. »

« Mayo 25. — El pensamiento, habla Ricardo, de que reciba la improbación de mi familia, señalado por ti tantas veces y sobre todo anoche con singular dolor, no logró aminorar en nada la felicidad imponderable de estar contigo, muy cerca de tu ser, oyendo la dulzura cristalina de tu voz tenue y blanda como el son de las hojas ; bajo el fuego de tus ojos extraños, que son como dos lagos de ensueño, sin límites ni fondo ; acariciando con mis miradas ese racimo de bucles negros, de aza-

baché purísimo, que deliciosamente ensortijados se envolvían en tu cuello... »

« Mayo 28. — Me ha admirado mucho, contesta Lucila, saber que la rosa se conserva todavía lozana ; la felicidad es un rocío que logra prolongar la vida de los seres más débiles. El botoncito que me diste anoche, amaneció hoy ligeramente entreabierto ; lo acerqué a mis labios y lo sentí estremecerse de dicha ; sin duda comprendió que mi amor hacia ti es tan grande que ya va camino de la idolatría. Ahora lo tengo sobre mi pecho ; allí sí se marchitará muy pronto, pero prefiero que muera abrazado junto a mi, a que viva lejos, entre la frescura del agua y la belleza del cristal ; Qué égoísmo ! Pero no creas que lo hago contra su voluntad ; él me ha significado que muere feliz sobre mi pecho, porque allí siente las palpitaciones de un amor divino, de un amor inmenso que no tiene confines ni fronteras y siente la dulzura de una esperanza encantadora, que lo hará sonreír en su agonía...»

« Mayo 30. — Si, Ricardo mío, como te he dicho en otras ocasiones, no sólo estoy contenta sino

dichosísima, al sentir que pasan los días y se acerca el mes que nos llenará de ventura, la hora que nos unirá para no separarnos jamás. Pienso tantas cosas dulcísimas para esos días de paz, de dicha y de amor... »

« Mayo 20. — ¿Cómo amaneciste hoy, amadísima Lucila? ¡ Qué hermosa se presenta la mañana ! A través de los cristales de mi cuarto, la Naturaleza me sonríe con sus mil bocas de fresa. Es una multiplicada sonrisa cristalina de pájaros y de luces que regocija el espíritu y remoja la sengre.

« Siento en mi ser una alegría infantil, incalculable, que recorre mis vértebras e ilumina las interioridades de mi espíritu. ¿No sera esta alegría placentera como el presentimiento de una buena y cercana sentencia de mis padres, que se está llegando a nuestras manos? Recuerda, dulce bien mío, que nuestras bodas serán celebradas un mes después de recibida tan felicísima noticia. Asi pues, Julio será el mes elegido para la realización de nuestras esperanzas. »

« Mayo 31. — Ricardo mío : Hay sentimientos

tan íntimos que no podemos expresarlos con palabras ; sonreimos, hablamos con los ojos y guardamos silencio ! ¿Nó crees tu en la certeza del viejo proverbio de que « el silencio es más elocuente que la palabra ? » En ciertos casos, sí. Yo estoy segura de ello. Cuando sentimos un dolor espiritual, buscamos el medio de aminorarlo en la compañía de amigos fieles, a quienes contamos nuestras tristezas ; pero si ese dolor crece y crece, vamos alejándonos de los hombres porque ya sus palabras son inútiles ; y, si llega a su mayor intensidad, entonces sólo la soledad y el silencio nos incitan, porque todas las frases de consuelo nos parecen huérfanas de sentido. Así el Amor : lo sentimos nacer y lo comunicamos a alguna amistad leal, pareciéndonos imposible contenerlo sin que estalle el corazón ; pero si ese amor crece y se agiganta, hasta el punto de llegar a constituir por completo nuestra vida, entonces, Ricardo mío, todas las palabras nos parecen pobres e inexpresivas ; comprendemos que los hombres frívolos no comprenderán toda la excelsitud de nuestros sentimientos y buscamos los parajes solitarios donde el silencio reina ; dejamos vagar nuestras miradas por el azul de los cielos, porque

únicamente allí encontramos algo que se asemeje a la grandeza de nuestro amor... »

« Esta noche he contemplado mucho la bóveda celeste. He visto la estrellita de nuestros amores, a través de la ventana de mi estudio, brillando siempre por encima de la copa del más viejo eucaliptus, sola y perdida entre una extensión muy negra. La vista de nuestra estrella me ha hecho sentir una nostalgia profunda. ¿Porqué no has venido ésta noche, Ricardo mío? Cuánto vacío en mi corazón, sin ver tu frente pura, la dulce sonrisa de tus labios, tus ojos soñadores que expresan un mundo de esperanzas... »

« Junio 2. — ¿Sabes que tu rosa, amadísima Lucila, apenas hoy amaneció marchita? Antes de abandonarla en el olvido la contemplé y besé con hondo cariño y gratitud inefable. Me ha hecho tan grata y amorosa compañía, me ha deleitado con sus colores, sus perfumes, sus sugestivas complexiones de seda y, más que todo con su símbolo maravilloso, que por fuerza tenía que sentir gratitud hacia ella y hondo pesar al dejarla convertida en cenizas estériles, que robará el viento del ol-

vido ! Además, las cosas viejas ! las cosas marchitas, las cosas que guardan indelebles recuerdos de amor indecible y puro nos llenan la mente de meditaciones contemplativas. Es el alma de las cosas que nos llama con sus voces eternas ! Y, el cadáver de las flores, el espíritu sonrosado de sus pétalos, sus aromas y sus néctares que se fueron corazón adentro, nos inspira sentimientos solemnes. Los que, escrutando las verdades eternas, buscando el principio y el fin de todas las cosas y estudiando las raras manifestaciones de lo arcano, se han vuelto filósofos, esos se refugian a pensar en el alma latente de las cosas marchitas...

« ¿Recuerdas aquel pensamiento de Stephane Mallarmé que yo puse en versos invernales ? Ese es mi pensamiento. Hoy, como ayer, yo podría decir nuevamente :

*No has deseado, hermana, la del mirar antaño,
que uno de mis poemas escritos para ti
hablara de La gracia de las cosas marchitas ?
Los objetos muy nuevos te desplacen y a mi
me fastidian con ese
colorido pueril...*

*(Te amo porque tienes el alma envejecida
en las contemplaciones de todo lo senil
y porque siendo niña y hermosa y sugestiva
eres como un anciano filósofo sutil.)*

« Junio 3. — Lo que me dices, expresa Lucila, sobre *el alma de las cosas marchitas* me ha gustado tanto... También yo he sentido, como tú sabes, no se qué extraños pensamientos, no se qué profundo despertar de tristeza, en la contemplación de pétalos resecos conservados en el fondo de algún cofre amoroso. Son vivos recuerdos de tiempos felices, en que las esperanzas cruzan en bandadas risueñas sobre el límpido cielo de la vida.

« ¿Todavía conservas los restos de aquellas tres rositas criollas, tan pequeñinas en tamaño, pero tan grandes en intensidad de aromas, que te di, — o mejor : que tú cogiste, — la noche del Viernes Santo, en Manzanares? ¿Recuerdas? Eran dos gajos que yo llevaba en la cintura, al lado de la rosa de Francia y que al desprenderse rodaron a tus pies... »

« Junio 8. — Estoy muy inquieto, dice Ricardo, por la tardanza de la resolución paterna. Hace

más de un mes que no recibo correspondencia de la familia y hora es ya de que mis padres hayan hecho venir hasta mi la decisión de su sentencia. A ese viejo vapor *Normandie* no le ha dado la real gana de aparecer por estos contornos... »

« Junio 9. — ¿Será cierto, responde Lucila, que el *Normandie* nos traerá malas noticias? Si las trae, que no llegue ni ahora ni nunca ! Pero no; somos muy felices y debemos confiar en la bondad infinita de Dios... »

*
* *

Hasta aquí encontramos la sucesión no interrumpida de las bellas cartas idílicas de Ricardo y Lucila. En sus dos corazones juveniles, pletóricos de vehemencia y de nobleza, rebosaba el amor y la confianza recíprocas. De caracteres y cualidades tan semejantes, sus dos almas gemelas se atraían entre si, no sólo por la fuerza sugestiva del amor natural sino por la hermandad de sentimientos. Eran la luz y el cristal, encontrados de improviso y súbitamente chocados entre si para

regar en el espacio la luminosa polvareda de sus rayos.

El 10 de Junio, cuando ya los jóvenes enamorados desesperaban de recibir noticias de los padres de Ricardo, el vapor *Normandie*, procedente de Puerto Colombia, anclaba en la habia. Por entonces, los grandes vapores y paquebotes escaseaban en el Mar Caribe, aun en los confines de Centro América, pues los ocultos submarinos, los destroyers y las escuadras bélicas, surgidas del fondo de la horrorosa hecatombe universal, surcaban los mares en su tarea de rapiña y de exterminio. Por tal motivo no era extraño el caso de que entre uno y otro de los pocos barcos-correos trascurriera el largo término de un mes. Cuando ya la correspondencia estuvo distribuída en sus distintos apartamentos, Ricardo pasó por la Oficina de Correos y recogió sus cartas. Eran muchas y, entre todas reconoció la letra de su madre. Con el corazón palpitante de entusiasmo, seguro de que aquella carta maternal contenía la solución lisonjera de su felicidad, tomó un coche y se hizo conducir al Hotel Continental. En su cuarto, antes de romper el sobre, en su alocada precipitud, al tirar sobre su

escritorio el paquete de periódicos y de cartas, volvió un florero de cristal que cayó sobre el mosaico vuelto añicos y las últimas rosas de Lucila ya medio marchitas, quedaron desfloradas sobre el pavimento.

Rompió el sobre deseado y empezó a leer con febril ansiedad las dulces y dolientes, las nobles e inesperadas frases de su madre. Su carta era un poema de dolor, impregnado de la más honda ternura maternal, en que la calidez del reproche aparecía envuelta noblemente bajo la vestidura de un inefable amor, capaz de las infinitas ternuras y de los infinitos sacrificios. Decíale que su padre se había negado a escribirle, temeroso de tratarle duramente, con palabras de enérgica oposición, siendo como era éste un asunto de tan delicada trascendencia; que ella se había ofrecido como intermediaria para tratar de convencer a su hijo de que su resolución tan precipitada era el resultado natural de su fogoso temperamento de artista, en contacto con la grandeza moral y con el espíritu ampliamente sugestivo de Lucila Pinar.

Decíale también que su padre y ella no se oponían francamente a su enlace con la niña nobilísima

que él — Ricardo — describía en sus cartas, pero que ese enlace debía ser demorado algunos años que él hubiera tenido tiempo suficiente para examinar el asunto bajo el severo temperamento de la fría razón ; hasta que hubiera terminado su jornada de estudiante convenida y definida antes de salir de su patria ; y, por último, hasta que hubiera reposado algunos meses en el seno de la familia, entre el cariño y solicitud de los suyos, respirando el ambiente grato y perfumado de su pueblo nativo, allá en un picacho de la clásica Antioquia, donde suspiraba por su vuelta la bella Carmen, su encantadora prima. Terminaba la carta negando el consentimiento paternal para el matrimonio de Ricardo, en forma delicada pero enérgica, dándole a comprender que aun estaba, según las leyes naturales, bajo el dominio paternal y que sólo podría emanciparse legítimamente después de cumplidos los veintiún años.

Ricardo, como si no hubiera podido comprender claramente la terrible verdad transmitida por el noble intermedio de su madre, releyó varias veces, desde el principio hasta el fin, la epístola doliente, con los ojos nublados por las lágrimas y el corazón

estrujado por la garra de una angustia mortal. Luego cerró los ojos y oprimió la cabeza entre las manos para pensar en su grave situación, ennegrecida de repente. Inclinado, doblegado por el dolor, en actitud de dolorosa impotencia, estuvo pensando largo rato en su triste porvenir, sin acordarse de su amada, con el egoísmo natural en esos crudos momentos de dolorosa expectativa. Pero, súbito abrió los ojos enrojecidos y vió en el suelo los pétalos de las rosas de Lucila, húmedos y diseminados en el pavimento, casi marchitos y deshechos, como si una planta cruel se hubiera complacido en pisotearlos y loco de dolor y de ternura se echó en el mismo suelo, recogió todos los pétalos, los besó largamente uno por uno, los empuñó contra su corazón despedazado, mientras raudales de lágrimas rodaban por sus mejillas infantiles, momentáneamente envejecidas por la pena y el llanto.

« Lucila », murmuraba entre sollozos ; « Lucila », repetía con el pesar y la tristeza de un niño abandonado en la montaña. « Lucila, tu eres mi vida, la luz de mi existencia, toda mi alegría, mi porvenir y mi gloria... Y tendré que abandonarte... »

Y el joven lloraba como un niño sin madre, como si mil puñales de amargura hubiéranse clavado en su corazón en un instante.

* *

Por la tarde, sin haber salido de su cuarto, Ricardo se puso a escribir a Lucila. Sentíase impotente, bajo su honda tristeza, para llevar e ella, personalmente, la angustiosa noticia. Sin duda alguna, las palabras se hubieran anudado en su garganta y, delante de ella hubiera tenido que mostrar su sensible flaqueza. Era preciso dejar que ese dolor envejeciera un poco, secara el llanto que pugnaba por salir a torrentes o permitiera que las palabras salieran de los labios sin la interrupción de los sollozos.

Escribió, pues, a su amada la más doliente de las cartas y puso bajo el mismo sobre la de su madre.

«No me esperes esta noche, terminaba diciéndole. Siento enferma el alma y débil la materia. La tristeza me abruma. Quisiera llorar ; quisiera

que las lágrimas refrescaran mi rostro, febril y desencajado como el de un mártir. Las lágrimas son el único lenguaje que consuela en estos momentos de suprema amargura. El pensamiento de que dentro de unos pocos días seré llevado lejos de ti por uno de esos monstruos del océano que se llaman vapores, me trastorna la cabeza. Las sienes me palpitan como las de un calenturiento. Quiero estar solo con mi tristeza y hablar con mi desgracia frente a frente, para irme acostumbrando a su fatal compañía. Lucila, Lucila de mi alma, no me dejes de amar. Infúndeme valor para soportar el martirio de la ausencia. Siete meses, que serán, lejos de ti, como siete eternidades... Pero no me dejes de amar, que a mi vuelta a seremos felices... »

Después de haber despachado la carta de Lucila, Ricardo se puso a hojear los periódicos del día, en busca de los itinerarios de las Compañías de Vapores y encontró el anuncio de la salida del navio *El Terror*, para el 13 de Junio, es decir para tres días después,

¡ *El Terror* ! Este nombre, medio fanfarrón y siniestro que no había oído mentar jamás sino en

viejas leyendas de piraterías y ese número 13 que indicaba la fecha de salida del navío, le produjeron cierta inquietud. Ricardo no era supersticioso. Al contrario, las numerosas creencias vulgares y fútiles sobre influencias sobrenaturales y terribles de ciertos nombres y de ciertos detalles naturales de la vida, las consideraba como meras manifestaciones de ignorancia o como meras sugerencias dañinas de las almas oscuras. Pero, en su estado de ánimo, febril e irreflexivo, cuando comprendía mejor que nunca la crueldad de su destino, ese extraño nombre del barco, *El Terror*, unido a ese número 13, día de su partida, le causaron cierta inexplicable inquietud, algo como un presentimiento de desgracia.

Por la noche se hizo llevar los alimentos al cuarto, pretextando enfermedad y no salió hasta el día siguiente, después de haber pasado una larga noche de amargura y sobresalto.



En la Oficina del Hotel, un empleado le entregó una carta, procedente de la Villa Pinar. Era de Lucila. Decía así:

«Junio 10. Amado Ricardo: Esta noche no alumbrá nuestra estrella. Y ¿como había de alumbrar, ella que ha iluminado nuestras horas más bellas y felices? ¿Cómo había de alumbrar en ésta noche lúgubre, cuando siento en el alma un dolor desconocido que me oprime?

«Tengo los ojos cuajados de lágrimas y el pecho quiere estallar en sollozos, pero con esfuerzo supremo logro contener el corazón y ahogado se queda el rumor de mis sollozos y de mis suspiros. No quiero profanar mis sentimientos; que los indiferentes no sepan de mi dolor; quiero sufrir solay sufrir mucho...

«Cierro los ojos y veo un navío que parece un inmenso fantasma de muerte, surcando las olas del mar y llevándose el tesoro de mi corazón para depositarlo en playas lejanas, donde no tendrá siquiera un recuerdo vivo de la amada ausente...

«¿Qué será de mi en la prolongada ausencia? Oye; voy a contarte una historia: hace un mes me regalaron una preciosa plantita de clavellinas; la coloqué en un rincón de mi cuarto de estudio, donde los rayos del sol que penetran por la ventana no alcanzan a llegar; a los pocos días noté que la plan-

tita se mostraba enfermiza ; doblegados estaban sus tallos ; sus hojas arrugadas tenían un color desteñido. La llevé inmediatamente a una esquina del balcón, donde los soles mañaneros ponen toda su belleza tropical y ahora está la agradecida clavellina exuberante de aromas y colores... Hoy mé comparo con esa planta ; la luz de tu amor trajo alegrías a mi espíritu. ¿Qué me fortalecerá en las horas sombrías de la larga ausencia, si un solo día que deje de verte imprime en mi semblante visibles huellas de tristeza...?

« Si oyeras cómo estallan los sollozos en el pecho y cómo mis dolientes miradas, a través del prisma nublado de las lágrimas, atraviesan el negro manto de esta noche fúnebre en busca de tus ojos acariciantes ! »

« Tu carta y la de tu madre querida, ambas nobles y ambas crueles, me han despedazado el alma. Me asomo a la ventana y miro al cielo ; busco en su lugar acostumbrado la estrellita amada, pero en vano. No quiere brillar en esta noche de dolor... Ricardo... Ricardo mío. »

Ricardo guardó la carta, comovido. Tuvo que

hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas. Anduvo luego, errante por la ciudad, cabizbajo y tropezando a veces con los transeuntes. Arregló sus pasaportes consulares y compró el tiquete de viaje para la Habana, después de haber sabido por conducto de la Compañía de Vapores que *El Terror* era el único navío para Cuba en todo el mes de Junio.

En las primeras horas de la tarde tomó un coche y se hizo conducir a la Villa Pinar. Lucila estaba en el jardín, sentada bajo la sombra de un almenadro. Al sentir los pasos de Ricardo volvió la cabeza y una sonrisa melancólica se dibujó en sus labios pálidos. Grandes ojeras habían marcado círculo amoratado alrededor de sus grandes ojos soñadores. ¡*Lucila!* ¡*Ricardo!* fueron sus palabras de saludo y se estrecharon las manos temblorosas. El joven se sentó al lado de su amada que parecía una de esas vírgenes dolientes surgidas del mágico pincel de un místico pintor medioeval.

— Ricardo, dijo Lucila, ¿cuándo será el viaje?

— Pasado mañana, contestó éste con voz lenta.

Ya todo está listo.

— Dos días apenas..., murmuró Lucila, mirando el suelo sembrado de violetas.

Y dos lágrimas rodaron por sus mejillas y fueron a humecer su falda.

— ¿Nó me olvidarás, Lucila? dijo Ricardo, estrechando suavemente una de las manos de su amada.

— Eso debiera yo preguntarte, dijo ella, levantando sus ojos. Tú bien sabes, Ricardo, que yo no te olvidaré jamás.

— Cruel destino, agregó el porta. Me siento impotente para soportar el dolor de esta ausencia.

— ¿Y, porqué te vas, Ricardo? ¿Porqué no esperas esos siete meses fatales en esta ciudad, sin alejarte de mi lado? ¿Qué fuerza irresistible te obliga a abandonar esta tierra?

— La fuerza de mi destino. Tú sabes que en esta ciudad mi labor está ya concluída. Nada me queda por hacer. Es preciso buscar otras ciudades.

— No comprendo bien ese destino, murmuró Lucila. Creo que hay fuerzas interiores más poderosas que un derrotero calculado y que podrían oponerse a lo que tú te empeñas en llamar destino.

— Yo pienso a veces lo mismo, Lucila, pero ambos sabemos bien que hay en la vida deberes que

cumplir y obligaciones que atender, aun a trueque de perder la felicidad. Pero no pensemos en estas causas ocultas ; pensemos más bien que la ausencia será corta y que después nos espera la ventura...

— Si, interrumpió Lucila. Muy corta la ausencia. Siete meses, es decir, doscientos diez días ; casi nada ; doscientos diez días para un corazón que se está muriendo de dolor...

— No pienses en eso, Lucila ; piensa en mi regreso ; en las horas felices que tanto hemos soñado ; piensa en que nuestras almas vivirán unidas. Nos escribiremos con absoluta frecuencia. Nuestros cuerpos se alejarán, pero nuestros pensamientos y nuestros corazones serán uno solo a través de la distancia. Así tendremos fuerza para no desmayar. Piensa que siete meses, para la vida feliz que nos espera, son un corto intervalo. Serán apenas como una larga noche de mal sueño que después olvidaremos fácilmente.

— Es verdad, Ricardo. Trataré de no desmayar.

Y agregó suspirando :

— ¿Quieres que subamos a la casa?

— Subamos.

Cogidos de la mano llegaron al pie de la escalinata.

Ricardo notó que Lucila no llevaba en la cintura, como antesi su inseparable rosa de Francia.

— ¿Qué te pasa, Lucila? ¿Ya no amas las rosas de Francia? ¿Ya no son tus amadas compañeras que me has enseñado a querer como cosa muy tuya?

— ¿Qué me pasa, preguntes? Me pasa, que estoy triste, muy triste. Las rosas en mi cintura son un signo de ánimo, cuando no de alegría. Hoy nada me anima ni me alegra, ni quiero signos de alegría en torno mío. Por eso las he dejado en su rosal; que se marchiten si quieren; que sufran ellas también tu ausencia... ¡Eso me pasa! ¿comprendes?

— Comprendo... Perdóname.

Y de los ojos de ella se desprendieron lágrimas. Subieron la escalinata. En lo alto estaba la viuda de Pinar con un libro en la mano. Estrechó la de Ricardo, en silencio y entró al salón detrás de los dos amantes.

El piano, antes abierto a todas horas y con las blancas teclas desnudas e insinuantes, estaba cubierto por un gran paño oscuro, y los jarrones de cristal colocados en sus extremos estaban vacíos.

En las ventanas del salón, los tiestos florecidos no habían sido puestos aquel día.

Honda emoción y tristeza infinita sintió Ricardo al contemplar aquellas muestras de dolor y de luto. La sombra de un presentimiento terrible pasó por su exaltada imaginación y esos débiles signos naturales de la amargura de su amada le hicieron ver nuncios de desgracia, más allá de las fronteras de la razón, donde sólo existen las quimeras y las supersticiones.

¿O sería, acaso, avisos del corazón? Hay gentes que aseguran que el corazón avisa, que el corazón no engaña. Veremos adelante.



Ricardo se quedó a comer en la Villa Pinar. Por la noche recibieron algunas visitas. Manuel Grajales llegó también, acompañado de su madre, quien había llegado a la capital el día anterior.

Las conversaciones se referían siempre al próximo viaje de Ricardo, al puebluco de Manzanares, a la belleza de los paisajes de « El Ensueño », temas todos que tocaban muy de cerca a los jóvenes enamorados.

El piano volvió a sonar bejo las manos milagrosas de Lucila, por instancias repetidas de los visitantes, pero todas sus notas fueron gemidos de dolor, largos lamentos tristísimos que salían del fondo de la gran caja vibrátil, como si entre su estructura latiera una alma atormentada.

La noche estaba oscura, con presagies de tormenta. La lluvia golpeaba en los vitrales del salón y afuera el viento silbaba entre los árboles del jardín. Lejos, los perros latían lugubrementemente y sus aullidos melancólicos se escuchaban en medio de la noche con secreto pánico. Las dolientes quejas del teclado se alargaban y confundían con los mil ruidos quejumbrosos del contorno.

Cuando hubo calmado la lluvia, los circunstantes se despidieron. Ricardo se unió a Manuel y su madre, para subir en el coche de ellos que esperaba a la puerta del jardín. Mientras ellos bajaban la escalinata, en lo alto el poeta y su novia se estrechaban las manos silenciosamente.

¿Volverás mañana? murmuró Lucila, mientras Ricardo bajaba la escalera.

— Al mediodía, respondió Ricardo.

Bajo sus pies, la arena húmeda de la angosta

avenida producía la impresión de un rumiante que mascara a su lado.

A tiempo de subir al coche, Ricardo miró a la quinta, a través de los árboles y vió aún, en lo alto de la escalinata, la blanca silueta de Lucila.



Al día siguiente, Ricardo volvió a la Villa Pinar. Era la víspera de su viaje. Había en el semblante de Lucila una noble expresión de tristeza, como si la serena resignación hubiera entrado de improviso en su corazón atormentado. No tenía, como el día anterior, marcadas en sus ojos y en sus mejillas las huellas de las lágrimas; lucía en su cintura la gran rosa de Francia; su negrísimo cabello, desaliñado la víspera, era ese día un hermoso gajo de rizados que rodeaban su cuello como dormidas serpientes.

En el salón, el piano estaba abierto y sobre el portanotas los libros musicales, dispuestos al concierto. Un precioso manto de seda china, cubierto de arabescos y con gruesas borlas doradas, cubría la parte superior del magnífico instrumento, sobre

el cual los jarrones de bacarat sostenían racimos polícromos de las más preciosas flores. En las ventabas lucían los helechos y los búcaros de rosas y bajo el marco de las puertas las jaulas doradas de los pajarillos se balanceaban suavemente al impulso de la brisa.

Ricardo contempló rejocijado aquellas galas y aquella inesperada muestra de alegría aparente y al estrechar las manos adorables de Lucila, le dijo con dulzura :

— No pensaba encontrarte tan llena de alegría, Lucila...

— Aparentemente todo lo indica, Ricardo, aunque por dentro mi corazón se muere de tristeza. Pero quiero que lleves una impresión consoladora y estimulante del último día que pases a mi lado. He pensado que todos esos aparatos fúnebres no sirven sino para havernos más triste y dura la despedida y más borroso el recuerdo.

— Gracias, Lucila mía, gracias. ¡ Cuánto te agradezco que me infundas valor, en vez de aumentarme el infinito pesar que me agobia !

— Pues bien, Ricardo. Hoy pasaremos un día contentos, sin acordarnos de que es víspera de tu

viaje. Tocaremos en el piano piezas tristes y alegres, muchas de esas marchas bélicas que tanto te entusiasman. Comerás con nosotras. Mi madre está ahora en la capilla rezando por tu buen viaje, pero yo le hepedido que vuelva pronto para que nos acompañe. ¿No te parece?

— Muy bien, Lucila. No has podido pensar con más acierto y valor. Yo esperaba con miedo estas últimas horas, pero ahora me siento consolado, realmente resignado y casi contento.

— A la hora del crepúsculo, agregó Lucila, pasaremos por el jardín, bajo la brisa de los árboles. Allí esperaremos la aparición de nuestra estrellita. Te orientarás en el cielo, para que sepas bien donde es que asoma todas las noches y para que ella te acompañe en la ausencia.

— Si, respondió Ricardo ; no la perderé de vista. Cuando la mire, pensaré que ella te estará mirando, siempre por encima del coposo eucaliptus. Y, en sus rayos te mandaré muchas cosas, muchos suspiros y muchas palabras de amor... Pero, ¿porqué lloras, Lucila...? ¿Nó me prometiste que ibas a estar alegre?

— Si, pero al hablarme así no he podido contener

las lágrimas. Y tu también lloras. Veo que se han humedecido tus ojos...

— Tontuela, dijo Ricardo dulcemente.

— Cobarde, respondió ella muy quedo.

Y los dos se estrecharon las manos casi sin saberlo.

La señora viuda de Pinar entró en ese momento y estrechó con cariño la mano de Ricardo. En sus ojos, un poco enrojecidos, se notaba que había llorado. Vestía contra su costumbre un traje blanco y era la primera vez que Ricardo la encontraba con otro vestido que no fuera el de color negro severo. Milagros de Lucila.

Un criado entró con una bandeja de plata en la mano, conduciendo bebidas frescas. Después de haber tomado la suya, Lucila se sentó al piano y empezó a tocar lo más selecto de su extenso repertorio. Trozos clásicos, vívidos pasillos, valeses melancólicos, sonatas venecianas, marchas guerreras, en fin, bambucos y aires regionales se fueron deslizando bajo sus dedos ágiles y finos, hasta que el cansancio invadió los músculos de sus manos divinas.

En el atardecer bajaron los tres al jardín. La

señora viuda se sentó en un banco y los dos amantes siguieron por las avenidas de rosales, bajo los ramajes entrecruzados de los árboles del pequeño bosque extendido al sur de la quinta. Dieron la vuelta por el lugar de la fuente, rodeando el estanque de los ánades y volvieron el jardín, siempre cogidos de la mano y hablándose pocas y dulcísimas palabras.

La tarde, próxima a morir, en esa hora mística del crepúsculo en que vienen al alma de países ignotos hálitos de tristeza y recogimiento, volvía al corazón de los dos nobles amantes el intenso pesar que ocultaban en el fondo de su espíritu. El sol, a ras del horizonte, trazaba en la lejanía rojos jeroglíficos chinescos y las primeras nieblas envolvían los contornos blanquecinos de la Villa, como copos desprendidos del gran manto de la noche.

— Ya asoma nuestra estrella, dijo Lucila, mirando hacia el poniente. Mirala!

Ricardo siguió la dirección del dedo de Lucila y vió brillar en el cielo, perdida en el espacio, sola en un gran trecho de la bóveda infinita, la adorada estrella que los dos nobilísimos amantes consi-

deraban como compañera y guía de su dicha. Todas las noches la veían brillar en el mismo punto lejano y, extraña coincidencia, las pocas noches en que habían dejado de verse, la estrellita dejaba de asomar su disco, cubierta, por nubarrones densos.

— La veo, respondió Ricardo. Queda precisamente en dirección hacia el poniente. La veré siempre...

— Y pensarás en mi... agregó Lucila.

— Y pensaré en ti, como siempre, pero con más tristeza.

La viuda les hizo señas, significándoles que subieran a la quinta, para comer. Durante la comida departieron en amena charla. Ricardo sorprendió varias veces a Lucila mirándole largamente, con los ojos arrasados de lágrimas, pero ella, al ser sorprendida, disimulaba al punto con una sonrisa y con alguna palabra cualquiera.

Pasaron nuevamente al salón. Los aromas de los tiestos floridos invadían la estancia y un brazo de rosal penetraba por una de las ventanas, cargado de botones encarnados. Su sombra, en la blancura de la pared, era un lujoso encaje lleno de arabescos movibles.

Después del café leyeron en el Album de Lucila todos los versos de Ricardo ; sus «Burbujas de Amor», nacidas en las márgenes encantadas de «El Ensueño», como preciosas filigranas tejidas por los puros sentimientos de un corazón templado de vehemencia y sinceridad exquisitas. Muy cerca uno del otro, inclinados sobre las páginas del libro y estremeciéndose al más mínimo contacto de sus manos, al tropezar sobre las hojas escritas, las horas de la última noche de su dicha de novios, se fueron deslizandó sin que ni uno ni otro se dieran cuenta de que algunas horas después empezaría para ellos el más triste de los Gólgotas espirituales.

A cada uno de esos divinos tropiezos de sus manos y después de ligero estremecimiento se miraban a los ojos con infinita ternura.

¿Me quieres? preguntaba Ricardo.

— Te adoro, respondía ella, suspirando.

—¿Me amarás siempre? agregaba él.

— Siempre, siempre, repetía ella.

A la hora de despedirse, Lucila no pudo contener el llanto, Ricardo, visiblemente emonocionado, con los ojos húmedos, trató de consolarla y de infundirle valor.

— No me hagas sufrir tanto, Lucila mía. Mañana nos veremos antes de embarcarme.

Cogidos de la mano salieron hasta la escalinata. Allí, la despedida se prolongó largo rato. Siempre juntas sus manos, como negándose a desligarse, tal vez para siempre, se miraban a los ojos con dolorosa ternura y sus labios pronunciaban nobles palabras amorosas, dulcísimos reproches, hondos lamentos de dolor surgidos desde el fondo de sus almas abatidas. Por fin, Ricardo trató de desligar su mano de la diminuta y bella mano de Lucila, pero ella le retuvo una vez más, exclamando con desconsuelo :

— Ricardo... Ricardo...

El no pudo contenerse. Se acercó a su amada y la besó en la frente, beso el más puro y hermoso que han inventado los hombres, cuando el alma se remonta a las más altas regiones de la pureza y del amor perfecto. Retrocedió dos pasos y bajó en pocos saltos la escalera, perdiéndose al instante bajo la sombra de la arboleda.

A sus oídos llegaba todavía el eco de la voz entrecortada y doliente de su novia, como un último reproche a la crudeza del destino :

— Ricardo... Ricardo...



El Terror debía zarpar a las nueve de la mañana. Una hora antes llegó en su coche a la Villa Pinar. Encontró a Lucila y a su madre en el jardín, esperándole. Ambas querían acompañarle hasta el muelle.

En Lucila se notaba al punto la huella de un profundo asbatimiento. Pálida, estremadamente pálida y ojerosa, su belleza y la majestad de su donaire, estaban realzadas con el noble sello de serena tristeza. Vestía un traje blanco de exquisita sencillez y envuelta a la cintura una ancha cinta negra que ella había acogido como símbolo de su dolor interno.

Subieron al coche y el tronco de caballos empezó a galopar en dirección a la ciudad y luego se confundió con los centenares de vehículos que se dirigían al muelle.

La niebla de la mañana lluviosa envolvía la ciudad cosmopolita, recién despierta, y daba un aspecto de infinita desolación a las últimas casas

acurrucadas sobre el malecón, frente a la inmensidad soñolienta del Caribe.

A la diestra del muelle, *El Terror* recibía en su seno los últimos fardos y se llenaba de pasajeros. Lucila y su madre acompañaron a Ricardo hasta la cubierta del navío, próximo a desasirse del muelle. Era el momento angustioso, el instante terrible en que dos corazones amantes luchaban en el último vuelco de agonía, sintiendo que el porvenir, la vida y la naturaleza misma se desplomaban sobre su sensibilidad en un aplastamiento decisivo. Lucila, con los ojos encharcados, lanzaba desgarradores suspiros, agarrada del brazo de Ricardo y la noble viuda sentía sobre su pecho la opresión abrumadora del abatimiento de su hija, presintiendo quirás en el fondo de su videncia maternal el desenlace trágico y cercano de aquel drama amoroso y truncado. Ricardo, con la cabeza inclinada, fija la mirada en las olas que besaban el muelle, como hacia el fondo de un abismo siniestro que le atrajera con irresistible magnetismo, sentía flaquear sus rodillas y no podía contener el llanto que nublaba sus ojos y humedecía su pálido rostro de soñador vencido.

De pronto la campana del barco sonó lúgubremente, dando la última señal de despedida y algunos marineros se aprestaron a retirar la barandilla que comunicaba con el muelle.

Lucila se arrojó a los brazos de Ricardo, con un grito de indecible angustia y los dos se estrecharon vivamente, juntando sus rostros húmedos y tibios, en un supremo desborde de ternura dolorosa. La viuda se abrazó también al grupo sollozante y fué aquel un momento en que sus almas se juntaron y fundieron en un raptó de indecible grandeza, para no desligarse más bajo el soplo de la vida.

Pocos momentos después, las dos mujeres se perdían entre la muchedumbre del muelle y *El Terror* enfilaba su proa hacia las llanuras estelares del mar, perdiéndose después bajo la niebla de la mañana.

LO INESPERADO

El primer día de navegación fué para Ricardo de tranquilidad y reposo absolutos. Sumido en la inconsciencia del supremo golpe no pudo darse cuenta de la larga travesía efectuada por el rápido navío y fué para él una sorpresa cuando las nieblas de la noche extendieron sus cortinajes sobre las olas agitadas del Caribe.

Millares de luceros brotaron en el fondo de la noche, reflejando sus pupilas encantadas en las ondas del mar y Ricardo, siempre soñador y entusiasta por todas las maravillas de la creación, en esa hora de luto permaneció insensible, indiferente a todo lo que no fuera su amargura.

¡ « Lucila, Lucila mía, exclamaba para sí, cómo me alejo de tu lado ! ; Cómo la suerte cruel y maldita nos separa sin saber hasta cuando !

De pronto se acordó de la estrellita compañera, del lucero solitario y tutelar que Lucila consideraba siempre como un augurio feliz, como un símbolo de felicidad. Recorrió toda la cubierta del navío, mirando hacia la bóveda celeste, pero, sea porque no pudo orientarse sobre la negra masa del infinito piélago (por no haber observado la puesta del sol) a sea porque en realidad aquel lejano mundo, perdido en el espacio que había presenciado — fiel testimonio de su ventura — las bellas noches de amor y de pureza pasional de Ricardo y Lucila, no estuviera visible en la primera noche de ausencia, lo cierto es que excrutó en vano los espacios florecidos de estrellas, sin encontrar la suya, la adorada protectora de sus amores.

Desengañado y rendido por el cansancio de la tristísima jornada y de las largas noches de insomnio, se encerró en su camarote, con un prisma de lágrimas sobre los párpados y se durmió casi instantáneamente, murmurando con intensa amargura el amado nombre de Lucila.



No había la benigna aurora tendido sobre el mar su manto de escarlata y oro, cuando Ricardo despertó sobresaltado, sintiendo a su alrededor un ruido extraño, como de cataratas profundas, mientras el navío se balanceaba con furor, como presa de un vértigo terrible. Asustado, restregándose los ojos, descorrió las cortinas y a través del pequeño cuadrilátero de cristal observó la masa formidable del océano, oscuro y espantoso, ondulando bajo la sombra como un nido de serpientes, con sus olas que subían como montañas o como súbitas pirámides y se despeñaban al instante, haciendo brillar en la fosforescencia de la noche sus cristales de espumas.

El navío saltaba sobre el lomo de las montañas de agua y se hundía en los abismos, como arrastrado por una fuerza loca. Ni una estrella sobre el confín del cielo alumbraba la danza macabra de aquel ente minúsculo. Voces imperceptibles, gritos roncós, palabras de blasfemia salían de todos los rincones del navío. Los marinos corrían sobre

cubierta y ya se oían las frases lastimeras de los pasajeros espantados que iban saliendo medio desnudos de sus camarotes y, por sobre todo aquel concierto de palabras y de ruidos espantosos, las rudas voces de mando, constantes y terribles, eran un puña do de amenazas y de atropellos impotentes a los elementos desencadenados del Caribe.

Ricardo comprendió al punto que los furores de una tempestad azotaban el navío y lo arrastraban sin dominio de su mismo, tal vez a su fin último.

Se acordó de su fatal presentimiento, nacido en su imaginación cuando supo que le vapor destinado para su viaje se llamaba con el singular y espeluznante nombre de *El Terror*, nombre con que había sido bautizado aquel barco cincuenta años atrás, cuando fué nido de piratas bucaneros y que había conservado más tarde, al salir reparado de uno de los famosos astilleros de Liverpool para entrar al servicio de una fuerte compañía mercante.

; Ah! Pero ese nombre, ese nombre maldito causaba a Ricardo cierto estremecimiento inevitable, lúgubre anuncio de desgracia que ahora se estaba cumpliendo!

Se vistió con presteza y salió a reunirse con los alocados pasajeros que se asomaban agarrados a las puertas y pasamanos, con una mirada de terror. Las olas barrían la cubierta y mojaban la alfombra de los camarotes, cada vez que el vapor se inclinaba de costado. Los truenos se sucedían a los relámpagos con estallidos formidables y la atmósfera estaba preñada de sacudimientos y de convulsiones eléctricas, mientras el mar se enfurecía con cada rayo que hería sus entrañas, amenazando despedazar los elementos deleznables que flotaban sobre su seno.

Densas tinieblas envolvían aquel horroroso concierto de las furias de la Naturaleza y desde las oquedades lejanas del espacio caótico chispeaban los rayos como los ojos ensangrentados de un dios enfurecido y, el mar se retorció a cada latigazo divinamente cruel, desafiando con su ira los diluvios de fuego celeste.

De pronto, un estallido gigantesco resonó en el fondo del navío y percutió por encima del estruendo de la tormenta. El barco dió tres o cuatro tumbos, como precipitándose en una corriente vertiginosa; chirrió luego con lúgubre sonido y las luces de las

bombillas eléctricas se apagaron simultáneamente, quedando el navío en medio de una completa oscuridad, con la máquina rota, sin timón y sin freno, balanceándose sobre las olas enfurecidas, como un débil juguete.

Los pasajeros se arrojaron unos sobre otros, sobrecogidos de espanto. En tales circunstancias, la salvación era casi imposible. Un alarido general se levantó de todos los pechos. Encima de Ricardo resonó un juramento y luego esta frase trágica, terriblemente lacónica, de un oficial :

— ¡ Estamos perdidos... !

— ¡ Estamos perdidos !... gritó cerca el capitán. Hay que hacer el último esfuerzo. ¡ A izar las velas ! Preparad las linternas ! Debemos sostenernos hasta que vengan en nuestro socorro... !

— Las costas están lejos, resonó otra voz. Con nuestro aviso, dado hace media hora apenas, no habrá tiempo de que vengan a socorrernos.

— ¡ No importa ! gritó nuevamente el capitán. En estas latitudes cruzan muchos vapores y es muy probable que alguno de ellos haya recogido al acaso nuestras noticias y venga a nuestro encuentro ! Cada cual a su puesto ! Vigilad a los pasajeros !...

— Capitán, se oyó otra voz, será preciso ir desatando los botes-salvavidas.

— ¡ Asi sea, pero acabad de izar las velas, men-tecatos ! respondió el capitán con tono impe-rativo.

— Esto ha terminado, murmuró Ricardo. Y buscó a tientas, sobre una repisa, el retrato de Lucila que había colocado allí desde el momento de su entrada al barco. Lo besó con infinita tris-teza, murmurando el nombre de su amada ; cogió la medallita de su madre y la besó también, larga-mente. Puso la imagen de Lucila sobre su mismo corazón de su chaqueta y, siempre agarrado al pasamanos salió a cubierta, mientras los mari-neros desataban las cuerdas de los botes a la débil luz de las linternas.

Los pasajeros se lanzaron sobre el primer salva-vidas, agarrándose a los bordes de la barca con la desesperación inaudita de verdaderos náufra-gos.

— Que nadie se mueva de sus puestos, resonó la voz estentórea del capitán. Aún no es tiempo. Coged a los pasajeros y encerradlos en sus cama-otes hasta que sea tiempo de abandonar el navío.

Aun podemos sostenernos y el inalámbrico continúa pidiendo socorro !...

Y seis u ocho forzudos marinos fueron cogiendo uno por uno, a todos los pasajeros que se dejaban encerrar entre gruñidos y protestas. Una pobre mujer, agarrada a la barandilla con la rabia de la desesperación, se negó a seguir el ejemplo de sus compañeros y fué arrancada por mal y arrojada como los otros al fondo de su litera.

Ricardo, que era el último, lleno de espanto y rabia por éste medio tan inicuo y cruel, entró rápidamente a su cuarto y salió al punto en que un marinero se preparaba a echarle llave a la puerta.

— ; Nó lo consiento ! gritó, haciendo brillar entre su diestra una pistola. Quiero tener el derecho de tirarme al agua cuando me convenga !

— Lo manda el capitán, exclamó el rudo marino, con imperiosa voz y en ademán resuleto.

— Pues que venga el capitán a obligarme ! le replicó Ricardo, colocado frente a la puerta y apretando nerviosamente la pistola.

El hombre se alejó enfurecido, mascullando amenazas, pero convencido de la actitud firme y digna del joven pasajero.



Poco a poco los celajes del alba, desprendidos del Oriente, se fueron extendiendo sobre el mar. Cesaron los relámpagos y las montañas de agua fueron disminuyendo, como aplacadas por la belleza del sol resplandeciente que empezaba a bañar sus ondas.

La mañana ahuyentó el terror de todos los rostros, momentos antes espantados con la convicción de la cercana muerte y aunque el barco flotaba a merced de las olas y al leve empuje de unas cuantas velas que apenas si lograban sostener el equilibrio de la gran masa flotante, la esperanza y la alegría se volvieron a pintar en los semblantes de pasajeros y marinos.

A eso de las ocho de la mañana, las personas que estaban sobre cubierta, observaron un enorme navío que marchaba aceleradamente al encuentro de *El Terror*.

Era el socorro esperado por el capitán. Cruzaba en dirección a México, a unas cincuenta millas del buque náufrago, cuando recibió las señales que

imploraban socorro y se dirigió rápidamente hacia la latitud indicada, poniendo a su máquina un andar de más de veinte nudos por hora.

Cuando, en el comedor del nuevo y lujoso navío. los pasajeros y oficiales de *El Terror* tomaban su desayuno alegremente, el viejo marino que había intimado a Ricardo a que se dejara encerrar en su camarote, se encontró con éste y le dijo cariñosamente :

— Es usted un hombre resuelto...

— Un hombre razonable, interrumpió Ricardo con una sonrisa.



En la Habana, sabedores del desastre de *El Terror* y del socorro prestado tan oportunamente por el gran navío holandés, las gentes esperaban en el muelle, con muestras de regocijo y de verdadera alegría.

Ricardo fué conducido por sus amigos, como un nuevo Moisés salvado de las aguas, a uno de los casinos de la metrópoli, donde algunos de sus compatriotas le preparaban un almuerzo cariñoso.

Después del almuerzo, en el cual fué agasafado familiarmente por sus numerosos amigos. Ricardo pidió permiso para retirarse a descansar en su alojamiento, pues las circunstancias tristesimas de su separación de Lucila y las zozobras y peligros del viaje, le tenían rendido y necesitado de reposo.

Además, había sabido que le día siguiente partiría para las playas donde Lucila suspiraba su ausencia, el mismo vapor que había salvado y remolcado hasta Cuba a *El Terror* y quería aprovechar las horas de la tarde para escribir largamente a su amada, relatándole circunstanciadamente las aventuras de su viaje, en el cual había creído perder la vida, bendiciendo en los supremos instantes el nombre dulcísimo de Lucila.

Pensaba Ricardo que su amada ausente, al leer en las columnas periodísticas de su ciudad los sucesos del naufragio de *El Terror*, trasmitidos por el conciso medio del marconigrama, sentiría cruel impaciencia por recibir detalles y noticias emanadas del mismo Ricardo.

El joven, acicateado por estos pensamientos y lleno su corazón hasta los bordes con el amor a Lucila, escribió su larga y primera epistola de

ausencia, transmitiendo en ella todo el fuego de su vehemencia juvenil y toda la tristeza de su corazón adolorido.

* *
* *

Ricardo se instaló en un modesto departamento del Hotel Español. Desde el día siguiente de su llegada a la República de Cuba había tenido la suerte de celebrar un contrato provechoso con una gran Sociedad Filmadora, en conexión con uno de los mejores diarios de la Habana. Esto era resultado del compromiso con un viejo amigo que había conocido en Buenos Aires y quien, desde hacía algún tiempo le estaba llamando de la Habana.

Empezó a trabajar con ahinco, con entusiasmo ardiente, teniendo por delante la resolución definitiva de regresar al lado de Lucila siete meses más tarde.

En medio de su trabajo se le veía frecuentemente suspirar y suspender sus labores, inclinando la cabeza sobre el papel, como si un dolor secreto agobiara su pensamiento.

Al principio había mostrado toda su alegría expansiva, demostrando en su carácter casi infantil la exquisita franqueza de su espíritu optimista y de nobles aspiraciones, siendo para todos sus amigos una continua complacencia. Pero, poco a poco fué perdiendo su natural expansividad; se fué tornando excéntrico; rehuyó la compañía de los que tanto habían alabado su carácter franco y jovial; vivía encerrado en su aposento, durante todas las horas de descanso y cuando salía a pasear lo hacía casi siempre sin ningún compañero, demorándose largas horas discurriendo sobre la orilla del mar. Algunos de sus amigos aseguraban que le habían visto llorar, sentado sobre una roca, al lado de las olas, con la cabeza escondida entre las manos y algunas veces mirando fijamente las vagas lejanías ocultas entre la niebla del Sur.

En las oficinas de la gran Compañía era un trabajador constante, de admirable certeza en sus labores, apreciado por todos los jefes y admirado y querido por sus numerosos subalternos que veían en él, con claridades meridianas, un espíritu selecto de refinada procedencia, capaz de las grandes iniciativas y de los más altos empeños.

Aunque desdeñaba entrar en conversaciones y confidencias con las personas que se mezclaban en su vida por cualquiera circunstancia, no por eso negaba un punto su delicada cortesía y la impecable amabilidad y llaneza en sus proceder, que contrastaban no poco con el espíritu ya rudamente sajonzado y escabroso de la población cosmopolita.

Aparte de sus compañeros y jefes de labores y de unos cuantos amigos y literatos cubanos, las relaciones de Ricardo en la ciudad de su nueva residencia se reducían al trato y amistad que había adquirido con algunas familias cubano-colombianas, a las cuales visitaba regularmente los domingos y en las que era altamente apreciado.

En su habitación, que la constituían dos cuartos modestamente decorados, el poeta pasaba la mayor parte de sus horas libres deleitado entre sus libros y, — advertencia inútil, — pasaba largo rato contemplando el retrato de Lucila que se destacaba sobre el escritorio, en un marco de carey, como el ángel tutelar de todas las esperanzas y energías del joven soñador.



Hacía más de dos semanas que Ricardo estaba en la Habana y aun no había tenido noticias de Lucila. Su tristeza se había acentuado notablemente. Contaba las semanas y los meses que faltaban para volver al lado de Lucila y veía ese término tan lejos que asumía para su mente caracteres de imposible.

«Lucila, decía, cuánto te ama este corazón entristecido que no puede con su dolor. Ya no es corazón sino una llaga que me está consumiendo. Vuelvo mi vista hacia el pasado y veo mi vida flotando entre sonrisas de felicidad, pero la veo tan lejos, tan imposible de recobrar con esas horas de infinita dulzura, que quisiera despojarme de este aliento mortal, pero no de un solo golpe y en la inconsciencia de una muerte trágica, sino ir dejando poco a poco jirones de mi espíritu, partículas de mi corazón ensangrentado, para gozarme largamente con la idea sublime de que muero por ti, de que dejo la vida con tu amor y de que te bendigo a cada punzada del dolor que me mar-

tiriza !... Lucila, veo mi presente... ¡ Ay, mi presente es lo más triste ! Nada me alegra, nada me halaga, nada anima mi pobre alma entumecida. Tu me robaste la alegría ; contigo quedaron todas las fibras de mi entusiasmo ; Ay ! ¿Porqué nó me fué dado morir la víspera de mi viaje, cuando puse mis labios sobre tu frente pura, y sentí que tu aliento rozaba mi mejilla y sentí que el aroma de tu cabello me embriagaba con un hálito de indecible dulzura ? Entonces fué cuando, mi alma, que te pertenecía por entero, se fundió con la tuya ; Ay ! ¿Porqué no me fué dado dejar en tus brazos mi vida, en el momento en que te decía adiós, allá en la cubierta del navío, cuando nuestras mejillas humedecidas por el llanto estaban unidas, lo mismo que nuestros corazones, en ese abrazo supremo de inefable recordar?... ¿Y, mi porvenir ? Sí, percibo, allá, a lo lejos, una luz de consuelo, una sonrisa de ventura y mi esperanza aletea en la sombra de esta noche de ausencia, débil y fatigada, porque mira hacia delante la distancia de muchas jornadas. Mi esperanza es hoy como un náufrago extenuado que al mirar a lo lejos la costa salvadora, multiplica sus energías, pero también su desesperación se mul-

tiplica. Tal vez si el náufrago no mirara la costa distante bajo la niebla, perdida la última ilusión perecería resignado. Pero yo siento aún sobre mis labios la dulzura de tu frente purísima ; tus ojos melancólicos están encendidos aquí dentro de este pobre corazón que no tiritaba de orfandad y de tristeza porque la llama de tus pupilas todavía lo quema. Tu voz, ese rito de oro de tu voz, todavía resuena en mis oídos con sus notas angélicas. Mi cuerpo y mi alma, mi espíritu y mi sangre están impregnados de ti, de tu amor, de tu grandeza ! ¡ Ay ! Si fuérame dado morir, mirándote una vez más, sintiendo la caricia de tus ojos sobre los míos húmedos y sintiendo tus palabras dulcísimas caer sobre mi corazón como gotas de rocío celeste y estrechando entre las mías tus manos divinas que palpitan como dos pajarillos prisioneros, qué feliz moriría... ; Si en cambio de mi vida pudiera besar una vez más la delicia de tu frente purísima y luego beber en tus labios un instante la suprema ventura, qué deliciosa muerte... ! »



Después de estas crisis de dolorosa ternura, Ricardo solía verter algunas lágrimas que aliviaban su dolor. También con el retrato de su madre sostenía con frecuencia dulces diálogos, siempre reveladores de la nobleza de sentimientos y del grande amor que profesaba a la autora de sus días. Y el amor a su padre era algo así como un culto, mezcla de admiración y de veneración y para todos los suyos guardaba Ricardo sentimientos muy tiernos.

Por fin, cierta mañana, cuando el joven acababa de entrar a su habitación, el criado le entregó algunas cartas llegadas de ultramar. Con indescriptible ansiedad, Ricardo descubrió la de Lucila. Decíale su amada :

« Han pasado ocho días de tu ausencia y no puedo resignarme todavía. Nada me alegra, nada. Si el cielo está gris, me hace llorar y si está azul, alegre, brillante, entonces lloro más. El jardín está como **antes** y a mi me parece desierto ; se me

antoja que todo ha cambiado, que todo está mustio. Cuando me aseguran que las cosas que me rodean están lo mismo que antes, comprendo que es cierto y que sólo ha cambiado mi corazón. El piano permanece cerrado; en un jarrón de mi aposento están desfloradas las últimas rosas y claveles que me regalaste el día de tu partida.

« Ayer, observándome en el espejo me sorprendió la palidez de mi semblante, donde está marcada la huella del dolor con caracteres indelebles... ¿ Cuándo me traerá el correo tus frases amorosas que den un rayito de luz a mi existencia?

« ¡ Ay, Ricardo mío, cuánto te amo ! ¿ Qué será de mi en esta larga noche de ausencia? »

Ricardo lloró nuevamente con la carta de su novia y la herida de su corazón se abrió otra vez, produciéndole dolores más intensos que los que había sentido en el instante de la separación de Lucila.

Veinte días apenas habían pasado desde aquella hora fatal en que puso su pie sobre la cubierta de *Terror* y tenía por delante más de seis meses de forzosa ausencia. Aquella extraordinaria mujer

constituía para él todo su encanto, la luz de su vida, la única esperanza de su porvenir, la aspiración suprema hacia la cual tendía los brazos de su dolor, implorativos y exánimes.

* *
* *

El mismo día, Ricardo escribió su segunda carta a Lucila. Era, más que carta, un diario detallado y preciso de sus veinte días en la Habana. Sentía necesidad de comunicar a su amada hasta los más íntimos pensamientos. ¿Su vida nó le pertenecía a ella por entero? ¿No se la había consagrado voluntariamente y no sentía que su corazón palpitaba únicamente por ella y para ella? ¿Entonces, porqué no revelarle todos sus pensamientos, todas sus ideas y todos sus proyectos? El joven, dotado de una sinceridad absoluta y de una honradez espiritual no mancillada todavía con formas de interpretaciones elásticas, consideraba como un deber, que era a la vez motivo de felicidad y consuelo, la confianza — sin rodeos ni escabrosidades, — de todo lo que estaba bajo el dominio de su pensamiento a la nobleza sin límites de Lucil.

Por tal motivo, las cartas de Ricardo no eran sólo una vehemente certidumbre de amor ilimitado y purísimo, sino también la expresión absoluta y genuina de su confianza indestructible, manifestaciones estas que el poeta colocaba con religiosa turbación a los pies de la divina mujer única, hacia la cual volaban suplicantes todas las palpitaciones de su vida, en extática adoración.

Adoración, si ; y aun más que adoración, idolatría, era lo que el espíritu juvenil y selecto de Ricardo ofrecía con orgullo y con júbilo inefable a Lucila Pinar, imagen de perfección ideal que él había preconcebido desde su adolescencia, cuando los albores de su imaginación soñadora se iniciaban en la fecunda pubertad del pensamiento.

No era el amor de Ricardo y Lucila, algo aparecido de repente en las bifurcaciones de una ruta cualquiera, sin las insinuaciones de un pretérito idealista. Era, algo más grande, algo más purificado y antiguo, una esencia increada que germinaba en sus corazones desde muchos años atrás, a través de la distancia y a través del velo de lo desconocido ; una percepción ineluctable de un más allá superior.

Sus almas se comprendían y se buscaban sin conocerse, con la fuerza misteriosa de los astros remotos que se atraen irresistiblemente, a través de la polvadera de las constelaciones, en las oquedades sin fondo del infinito. Sus almas eran, como había dicho Lucila en frase lapidaria de una epístola, « como dos rosas gemelas nacidas de un mismo tallo. »



Hacía ya dos semanas que Ricardo no tenía noticias de Lucila. Varios correos, procedentes de aquellos lados, habían llegado a la Habana, sin conducir ¡ ay ! ni una carta de su novia. Se paseaba nerviosamente en su cuarto, lleno de inquietud y de incertidumbre. Algo grave, algo extraño que no podía explicarse, sucedía en la casa de Lucila. El consideraba imposible que ella hubiera descuidado el envío oportuno de sus cartas a la Oficina Postal. Además, no era un solo correo, sino varios, los que habían llegado procedentes del mismo lugar y ese temor resultaba poco razonable en tal caso.

¿ Estaría enferma, acaso ? Sólo así se explicaba su

silencio extraño. Intenciones tuvo de dirigirle un cable, pero se detuvo al pensar que sería considerado aquello como un movimiento de impaciencia infantil, imprudente y sin justificable fundamento. ¿Dos semanas de silencio? ¿Qué eran dos semanas de silencio, estando separados por una distancia tan considerable? Pansándolo bien, dos semanas sin noticias era poco tiempo, pero, para él, aquello ponía a su cerebro en los límites de la tortura.

¿Además, no era posible y talvez lo más probable que sus cartas se hubieran extraviado? Este pensamiento le alivió un poco, pero no le tranquilizó por completo. Preocupado, confuso, sin acierto para nada, resolvió esperar algunos días más, antes de dirigir el cablegrama.



En uno de los famosos bulevares de la capital cubana, que es a modo del Barrio Latino en París, en el célebre Café Bohemio, solían reunirse todas las noches los más notables literatos y artistas de toda nacionalidad. Allí merodeaban continua-

mente los gacetilleros de la prensa y todos los *amateurs* del Arte, en cualquiera de sus manifestaciones. Poetas, filósofos, dramaturgos, novelistas, escultores, pintores, músicos, todos los hijos de la gran pléyade del pensamiento, buscaban en aquel centro los goces de la confraternidad intelectual y también — deplorable es decirlo, — muchos de ellos buscaban las sensaciones de los más refinados vicios.

Una noche, Ricardo se encontraba en aquel excéntrico Casino, por ser día de sesiones de una Sociedad Literaria, a la cual pertenecía. Se trataba de una reunión extraordinaria, promovida por el Presidente, quien, para obtener con más facilidad el concurso de los más célebres artistas para una empresa benéfica que meditaba, había resuelto celebrar la sesión en los salones del Café Bohemio.

Más de sesenta personas de valía intelectual, sin contar los miembros de la Corporación Literaria, escuchaban las palabras del Presidente, quien expuso a la valiosa concurrencia el deseo de organizar un brillante festival artístico, con el objeto de coleccionar dinero para socorrer a los niños huér-

fanos de Bélgica, devastada desde el comienzo de la horrorosa guerra universal.

— Hemos recibido, dijo, una circular del alto Comité de Protección de les Países Bajos, implorando nuestro socorro, y en esta vez nuestra contribución humanitaria no será por cierto de las menos eficaces.

El Secretario de la Sociedad trajudo al idioma castellano y leyó en seguida la hermosa circular, concebida más o menos en los siguientes términos :

« Millares de niños de Bélgica, con motivo de la cruenta guerra, han quedado sin techo, sin padres y sin hermanos, recogidos en los asilos, donde la caridad de los pueblos devastados no alcanza a socorrerlos. Ahora, las pobrecitas criaturas se mueren diariamente a centenares, por falta de pan y de abrigo.

« Este Comité de Protección Holandés, fundado especialmente para socorrer a los huérfanos, está trayendo a Holanda todos los que van quedando abandonados en los Asilos y Hospitales de Bélgica. Numerosas caravanas de pequeños atraviesan nuestras fronteras y viénen al seno maternal

de nuestro país, en busca de un refugio humanitario. Pero, ya los recursos del Comité y los de Holanda misma no alcanzan para aliviar tanta miseria, y hoy nos permitimos implorar a la América, en nombre de la humanidad y en nombre de la confraternidad intercontinental, la gracia de su socorro... »

Al pie de la hermosa circular aparecía la firma autógrafa de algunas noblezas femeninas de Holanda y Bélgica.

Ricardo se conmovió hondamente al escuchar la precedente imploración, concebida en términos de dolorosa elocuencia y sintió deseos de coadyuvar en alguna forma eficaz en la obra compasiva del socorro.

Toda la brillante concurrencia aprobó el plan del Festival, presentado por el Presidente y al momento celebróse la votación para designar a los que habrían de integrar el programa. Ricardo resultó elegido para un número de tema libre y, aunque pretendió rehusar al principio la honrosísima elección, sintió palpar en su mente los gérmenes de un poema doliente y humanitario, que cantara los masacres y las ruinas de la guerra, en

contraposición con los halagos y bellezas inmortales de la paz.

Esa misma noche dió comienzo a su obra, que le sirvió para distraerse de los lúgubres pensamientos que le acechaban en la última semana.

*
* *

Los espectadores llenaban el Teatro. En todos los rostros se pintaba la ansiedad y la alegría. Ninguna fiesta tan suntuosa, ningún motivo tan noble habían reunido jamás en el artístico recinto a la sociedad habanera, conmovida con el fin benéfico de la fiesta. Lujosos atavíos brillaban bajo las luces resplandecientes. En el centro de la rotonda, pendiente de una gran cadena de oro, lucía una maravillosa araña de cristal la fosforescencia de sus mil pupilas eléctricas y, en torno, los frescos de los célebres pintores destacaban sus desnudeces clásicas, bañadas con el esplendor de los reflejos áureos. Al frente, el telón, brillante de arabescos de oro, cubría el secreto del Festival, que provocaba el ansia de los cinco mil espectadores.

El programa estaba sabiamente combinado. En

mitad de los números figuraba la exhibición de dos notables esculturas y de un cuadro celeberrino, que serían vendidos después, a beneficio de la obra. La Sociedad iniciadora contaba ya con un gran caudal de donativos, representado por numerosas joyas y valiosos objetos de arte, obsequiados por damas ricas de la capital y que arreglados entre una enorme artesa de cristal serían exhibidos como final del acto.

Entre las piezas literarias, la de Ricardo sería la última en presentarse. El poeta estaba ligeramente conmovido. La vista de aquel público tan numeroso y emocionado le causaba cierto íntimo temor y a la vez halagaba su natural vanidad.

Una semana de desvelos le había costado el canto, pero había logrado producir una obra de verdadero aliento, capaz de conmover las más heladas fibras con sus estrofas desnudamente humanas. Su triunfo fué completo. Una aureola de inmortalidad brilló en la frente del bardo, cuando sus anatemas a la guerra maldita resonaron en la acústica del Teatro, como final del poema. La gloria, antigua compañera de Ricardo, volvió nuevamente a visitarle, amorosa y divina, y ciñó a sus sienes la corona del triunfo.



Un día después, como para recompensar los desvelos y el éxito del posta, recibió Ricardo la siguiente carta de Lucila :

« Recostada en mi cama de convaleciente, te escribo esta carta. He recibido dos tuyas ; la última reposó debajo de mi almohada varios días, sin que pudiera leerla. Intenté varias veces leer las frases amorosas de mi amado, pero las letras brillaban ante mis ojos, lo mismo que un enjambre de moscas amarillas. La fiebre se apoderó con tal fuerza de mi pobre cuerpo débil, que me ha tenido diez días sin poder levantar la cabeza. ¡ Cómo he visto de fantasmas y de sombras cruzar por mi aposento ! Los primeros me mostraban allá lejos tu adorada silueta, envuelta en aureolas de gloria, pero, con crueldad inaudita te alejaban más de mí, mientras las sombras se interponían entre los dos y yo caía de nuevo en el letargo de mi inconsciencia. Tu primera carta llegó la víspera del comienzo de mi enfermedad ; me llenó de alegría infinita ; tuve

trasportes de entusiasmo ; mi madre lloró de placer al verme nuevamente reanimada ; pero, sin duda, el mal ya estaba posesionado de mi organismo y pocas horas después caí en la noche de una fiebre voraz, sin poder contestarte. Hoy, que tengo tres días de convalecencia, me han permitido que te escriba. No saben que este consuelo es la mejor medicina...

« Me dices, dulcísimo Ricardo, que has sufrido mucho ; que no puedes aún acostumbrarte a mi ausencia ; que anhelas ver correr el tiempo y que llegue el distante y feliz Enero, para volar a mi lado y no separarte más. Cuando pienso en esa dicha, me siento descargada de todo malestar, recobro mis perdidas energías, vuelvo a estar alegre por instantes, pero, cuán lejos está todavía esa fecha, Ricardo mío. ¡ Ay ! sufro mucho, mucho ! Si encontrarás a tu Lucila ? Yo siento que me voy consumiendo lentamente... »

Ricardo lloró sobre la carta de su amada como lo hubiera hecho un niño abandonado por su madre a la orilla del camino, en noche tempestuosa. Tal era la opresión que sentía en su pecho. ¿ Lucila,

su adorada Lucila, gravemente enferma, sintiendo que la vida se escapaba de su cuerpo, lentamente?

El había leído en algunas novelas que, en los tiempos del pasado, ciertas damas de noble estirpe ideal morían en la ausencia de sus galanes caballeros, consumidas por el fuego amoroso ; pero Ricardo consideraba aquello como meras ficciones novelescas, creadas por la fantasía peregrina de mohosos autores románticos, que ya en la época actual, pujante y realista, no tenían más mérito que el de las cosas viejas, exóticas y enmohecidas por la herrumbre de los siglos.

Tal vez, pensaba él, algunas de aquellas mujeres extraordinarias que tuvieron algo de divino y sobrenatural, pudieron consumirse en el cristal de una tristeza desconocida, pero aquellas mujeres fueron seres casi inmateriales, fenómenos remotos del pretérito...

¿Pero seguía meditando, Lucila no era acaso una mujer extraordinaria, que su imaginación quimérica y soñadora había preconcebido muchos años atrás y que ahora se la encontraba de repente, oculta en un edén paradisiaco y rodeada de encantos y cualidades superiores a los que su mente

había imaginado? ¿No era acaso, la imagen de una de esas mujeres arcangélicas, de leyendas remotísimas, que el ensueño de los poetas había cantado para deleite de las criaturas vulgates?

Cuando Ricardo se hubo calmado de su dolor, se acordó de otras cartas que había recibido y se dispuso a leerlas. Cartas de amigos, cartas familiares que leyó con placer, pero entre ellas encontró sorprendido una corta esquelita de Manuel Grajales, su más querido amigo, del cual era la primera que recibía en Cuba. Decíale :

« Querido Ricardo : Bien sabes que mis deberes en esta capital son tantos y tan pesados que no me permiten con frecuencia el placer de escribir a los buenos amigos. Sin embargo, no por lo escasas mis cartas debes juzgar el valor de mi amistad. En mi casa te pensamos y te deseamos con cariño ; mi madre me pregunta cada día por ti y entre todos rememoramos con agrado los días felices, pasados en tu compañía, allá en el deliciosa Manzanares.

« Hoy, una causa grave me obliga a escribirte, y en ello sólomente veras confirmada mi amistad. He visto a Lucila. Teresa la visita con frecuencia en

los últimos días y está justamente alarmada con la grave enfermedad que está sufriendo tu novia. Ayer fuí yo á la Villa Pinar y, aunque la encontré ya convaleciente, me asustó su semblante, por lo pálido y extenuado. Yo juzgo que un pesar oculto y lacerante está minando su noble corazón. ¿No será tu ausencia? En la casa de ella todo respira tristeza y luto. El piano está cubiertó con un manto gris y por el polvo que lo cubre, se nota que hace mucho tiempo las manos de su dueña no le arranca armonías. Ella me dijo que, si yo pensaba escribirte, me abstuviera de mencionar el estado de abatimiento en que se encuentra ; que ya estaba mejor y que, pasados algunos días estaría bien, completamente restablecida. Pero, yo no me engaño ; comprendo que su espíritu luminoso está luchando contra un mal que la consume y, como su corazón conserva aún vivas y latentes sus esperanzas de ventura, ella misma se angaña sin saberlo.

« Yo no puedo callar, mi buen Ricardo. Mi deber es decírtelo todo. Si callara, juro que más tarde el remordimiento por mi cobardía o por mi debilidad, sería peor que esta honda impresión de

tristeza que me ha causado el semblante de Lucila, bello como nunca, pero mortalmente pálido y con una sombra de melancolía infinita que no puede ser más que la marca indeleble de un dolor misterioso... »

Difícil es figurarse la herida que esta carta, de una desnudez palpitante, noblemente cruel, abrió en el desgarrado corazón de Ricardo. Todo el día estuvo encerrado en su aposento. Sentíase impotente para volver al trabajo, por lo menos durante muchas horas y decidió no asistir a la oficina hasta el día siguiente.



Una semana después, recibió esta nueva de Lucila :

« Ricardo mío : Tus cartas me sostienen ; tus promesas me animan ; en tus frases soñadoras y dulcísimas percibo tu alma sensible de artista que sostiene firmes sus ilusiones. Creo que le has dado demasiada importancia a mi enfermedad y juzgo

que no te debes inquietar tanto por eso. Ya estoy mejor ; bajo al jardín con frecuencia ; el médico de la casa — aquel que te presenté en la Villa dos días antes de tu viaje — me visita todos los días y dice que sus medicamentos me aprovechan. El tiempo y tus cartas me acabarán de curar ; pienso que debo robustecerme, para que a tu vuelta no me encuentres tan desmejorada y espero fortalecerme un poco para ir con mi madre en busca de un clima frío. Seis semanas han pasado desde que te fuiste, y en todo este tiempo no he salido a ningún paseo fuera de la quinta, ni me ha provocado la más mínima distracción ; el piano tampoco ha vuelto a sonar. Esta casa no es más que una enorme tumba...

« Soy feliz cuando leo tus cartas, pero como mantengo las lágrimas a flor de pupila y son tantas las veces que leo cada una de ellas, que ya todas están borrosas y algunas palabras no se pueden descifrar. Tu retrato está como siempre frente de mi lecho y el jarrón donde colocaba tus flores, está a su lado ; jamás le falta una bella rosa de Francia, mi flor predilecta, que tu aprendiste a amar tanto y que por eso hoy considero como algo tuyo »...



Por el próximo correo llegó a manos de Ricardo esta lacónica y lacerante epístola :

« Ricardo de mi alma ! El médico me ha prohibido escribir. Quiere que me pase las horas en el jardín, mano sobre mano, contemplandó el cielo... el cielo que vive mudo, indiferente, impasible ; el cielo que ya no me dice nada... El pobre médico no sabe que el ma está aquí, en el corazón, y, si lo sabe, me lo oculta ; pero yo siento que escribir me hace bien ; escribir para ti es lo único que me da fortaleza para seguir luchando pores te poco de vida que me quada...

« Tendré, pues, que obedecer al grave hombre de ciencia ; dejaré de escribir algún tiempo, pero tu me escribirás, Ricardo, ¡ me escribirás ! No olvides, no dejes morir a tu pobre Lucila... »

Esta carta estaba escrita con caracteres confusos ; se notaba en sus letras el esfuerzo de una mano débil que no lograba trazar sino rasgos imper-

fectos. Ricardo creyó volverse loco. Ya no era anhelo, ya no era ansiedad lo que sentía por volver al lado de su amada ; era el delirio, la desesperación el temor de una desgracia inevitable que presentía sobre su cabeza ; problema fatal de retorno o de muerte.

* * *

Ricardo esperó algunos días más, con el anhelo de recibir nueva carta de Lucila, pero los correos, que se sucedían con regularidad, no le llevaban la temida noticia, bien para consolarle o bien para sumirle en angustiosa desesperación. Cartas de familia, cartas de amigos y cartas banales, pero ninguna palabra de ella, ninguna nueva sobre la suspirada ausente, como si un expreso silencio de indiferencia y olvido se hubiera interpuesto entre él y el adorado nombre cuya sola modulación le arrancaba lágrimas de ternura y de tristeza en la soledad de su aposento.

Si ! Era el silencio de la muerte, era el frío de la nada, era la incertidumbre del misterio que envolvía el alma acongojada de Ricardo, haciéndole percibir

en cada nota, en cada signo, en cada forma de la Naturaleza los más negros presentimientos.

Para ahogar su dolor y sacudir un poco la hojarasca de pensamientos abrumadores que invadían su mente, al terminar su trabajo cotidiano salía a discurrir por las riberas del mar, y se dejaba sorprender por las sombras de la noche recorriendo la playa solitaria, donde el rumor misterioso de las olas le traía más encendido el recuerdo de la voz de la amada, de su blanca silueta soñadora, de sus bucles flotantes, de sus hondas pupilas enervadoras y de sus amorosas manos sutilizadas que sabían interpretar la pesadumbre infinita que se esconde en el alma de las más hondas concepciones musicales, como aquella de Mendelssohn, aplicada por ella a los versos dolorosos del Ricardo :

*... Y en la ribera del Caribe, cuando
ya se desploma, moribundo, el día,
conmingo están las olas sollozando
y mi imaginación está buscando
un rinconcito de la patria mía...*

Cierta mañana, a tiempo de comenzar su trabajo,

recibió de su amigo Manuel un cablegrama concebido en los siguientes términos :

« Vénte. Creo tu presencia necesaria. »

¡ Qué terrible ansiedad, qué abrumadora desolación se apoderó del corazón desgarrado de Ricardo ! La exigencia de Manuel era terminante. No era posible dudar más. Lucila estaba enferma, gravemente enferma, quizás agonizante, y Manuel consideraba que la presencia de Ricardo podría devolverle la salud.

Todos sus sombríos temores se confirmaban de manera fatal, para confundirlo y anonadarlo. ¡ Cuánto lamentaba ahora haber contrariado los impulsos de su corazón, cuando preparaba su viaje a la Perla de las Antillas para atender compromisos y conveniencias más o menos indeclinables !

No le quedaba, pues, otra solución que la de partir hacia el país de su amada, en el menor tiempo posible. Mortificábale sólo pensar en el contrato que tenía celebrado con la casa donde había hallado pocas semanas antes tan favorable acogida. Se presentó inmediatamente a la oficina del Director, y logró rescindir, aunque con gran sentimiento de éste, todas sus obligaciones. El

camino de la partida se le había despejado. Con su fogosa elocuencia de enamorado resuelto, logró cautivar el interés de su jefe, así como había cautivado desde un principio sus simpatías, a fuerza de energía, talento y consagración en el trabajo.

Aliviado ya en cuanto a sus compromisos, salió de las oficinas, compró al azar uno de los periódicos de la mañana y se lanzó al interior de un automóvil dando la dirección de una de las Agencias de Vapores. Su pensamiento se hallaba tan dolorosamente preocupado que ninguno de los asuntos tratados en el diario que tenía delante lograban atraer su atención. Pero, hojeando a la ligera, más por costumbre que por interés, tropezó de pronto con una corta noticia telegráfica, procedente de New-York y publicada en gruesos caracteres, cuyo sentido terminante no sólo llamó su atención sino que le arrancó ruda interjección de protesta :

Submarinos en nuestras costas.

« Varios submarinos alemanes merodean en nuestros mares, por la costas de Méjico, América Central y las Antillas. Grandes vapores mercantes de diferentes nacionalidades acaban de ser hundidos por

los terribles torpederos germanos, cuya acción vengativa de exterminio es un atentado sin nombre contra la civilización y contra la libertad de los pueblos. Ayer, entre 9 y 10 p. m., a pocas millas de la Habana, fué hundido *El Terror*, de la Compañía... con pérdida absoluta de su tripulación y de su gente de pasaje. Las líneas de vapores han decidido la suspensión provisional de todo servicio en estas latitudes, mientras se normaliza la peligrosa situación creada por nuestros bárbaros enemigos. »

Ricardo ne podía creer en la evidencia de tan aterradoras líneas. El destino se burlada de él, sorda e inexorablemente, arrebatándole la última esperanza. Cuando llegó a la Agencia de Vapores la muchedumbre llenaba las aceras y corredores, atraída por las noticias últimamente recibidas, que estaban publicadas en grandes tableros sobre los muros del edificio. Allí volvió a enterarse del cablegrama que acababa de leer en el periódico y de varios detalles relacionados con el hundimiento de *El Terror*, respecto del cual dejó escapar el siguiente comentario :

— ¡ Infortunada cáscara maldita, merecido ha sido tu final !

Sintiendo desfallecer su voluntad ante la fuerza poderosa de lo imposible, se dirigió precipitadamente a una oficina de telégrafos, para cablegrafiar a Manuel, preguntándole por la salud de Lucila. Era todo cuanto podía hacer, maniatado como estaba por los lazos de la fatalidad.

Realmente, muy pocos vapores se atrevían a surcar aquellos mares y, sobre todo, los navíos de pasajeros habían suspendido todo servicio ante la amenaza de probables desgracias. Muy pocos individuos se hubieran arriesgado a atravesar aquellas aguas, a sabiendas de que la acechanza cobarde velaba junto a las puertas de las Antillas.

Dos días solamente tardó la respuesta de Manuel, lacónica y aplastante :

« Grave ».

Quizás por primera vez en su vida Ricardo se lamentaba de su suerte en términos de rabiosa desesperación. Echado sobre las sábanas de su lecho, devoraba con los ojos, enrojecidos por el llanto y el desvelo, los mínimos y terribles caracteres que componían la sola palabra del telegrama,

fría y aguda como un puñal, sorda y terminante como una sentencia, desoladora y combría como una tromba de muerte.

¡Y él que tenía en su corazón todo el ardor milagroso de su amor infinito, la pasión inefable y todopoderosa de sus veinte años triunfadores, para poner a los pies de su Lucila, de la sensible amada que se consumía por el frío de la ausencia !

*
* *

Las noticias de nuevos desastres marítimos corrían por la ciudad, exageradas hiperbólicamente por la fantasía exhacerbada de los comentarios callejeros. Sin embargo, se sabía ya que Inglaterra y Norte América habían ejercido inmediatamente represalias dolorosas contra la acción desleal y abusiva del imperio teutón. Al fin, como una prueba de que ya había cesado todo peligro sobre el mar por parte de audaces enemigos, una compañía inglesa anunció en la Habana la próxima partida del vapor « Liverpool », poderoso navío equipado con toda clase de elementos de guerra, y

que visitaría los más importantes puertos de la América Central.

Aunque muy pocos fueron los individuos que tomaron pasaje en el « Liverpool », Ricardo, con la ansiedad del náufrago que logra al fin asirse de un cuerpo flotante, aseguró sin vacilar una de las primeras plazas en el trasatlántico, sin escuchar las advertencias de sus amigos que aún temían asaltos imaginarios.

La travesía no fué menos angustiosa que la primera vez, cuando la recorría en sentido contrario sobre el inseguro maderámen de *El Terror*. El barco se deslizaba con poderosa majestad sobre las praderas ondulantes del océano, pero, sus misma serenidad y el apacible y uniforme rumor de las enormes máquinas que vibraban en el fondo de la armadura colosal con aparente lentitud y sosiego, producía en el espíritu exaltado de Ricardo la más aguda impaciencia ; él hubiera preferido que las máquinas chirriaran con un concierto loco ; que el movimiento y el estruendo ahogaran su infinita ansiedad, arrancaran el escozor de sus nervios lacerantes ; que millares de cadenas chocaran con formidable traqueteo bajo la armazón descomunal de aquella

inmensa cáscara maldita ; que el monstruo se precipitara sobre las olas, saltando sobre montañas marinas ; que el mar enfurecido salpicara sus ropas, y le escupiera el rostro con sus espumas salobres, para él mostrar al mar, en un gesto de ira, sus puños vengativos !

Ninguna presencia enemiga se presentía sobre el mar, pero, al segundo día de navegación, el « Liverpool » tuvo anuncios telegráficos de que dos submarinos le seguían a corta distancia, y viró rápidamente a babor, dirigiendo su quilla a Jamaica, para refugiarse en un puerto de la isla.

¡ Cuál sería la impaciencia mortal de Ricardo, al darse cuenta de la maniobra inesperada ! El barco ancló en la bahía de Kingston, hasta que nuevas órdenes de la compañía, tres días más tarde, le indicaron la continuación de su viaje.

Cuarenta y ocho horas después, Ricardo se aproximaba al lugar de su destino. Bajo los ardores calcinantes de la tarde tropical, asomaron a lo lejos los campanarios y las chimeneas del puerto y, dos horas más tarde, el vapor juntaba al muelle su costado ferrado, como un manso coloso domesticado por las olas.

Difícil sería justipreciar el ansia de Ricardo en aquellos momentos. Alegría y temor a un mismo tiempo aceleraban los latidos de su corazón, que amenazaba estallar por la emoción. Dejando sus maletas al cuidado del primer mensajero, se lanzó sobre un automóvil dando la dirección de la Villa Pinar. Cuando el vehículo se detuvo junto a las rejas del jardín, no obstante la agitación de la jornada y el calor sofocante de la hora, el rostro del joven estaba pálido y su mirada tenía el fulgor impreciso y emocionante que tienen las miradas de los sentenciados.

A través del jardín todo se miraba solitario y, más allá de los eucaliptus las ventanas de la casa se veían cerradas como párpados caídos que se hubieran dormido después de llorar anticipadamente una enorme desgracia. El joven atravesó las eras de rosales con paso acelerado, subió de dos en dos los escalones de mármol, y en el vestibulo estuvo a punto de tropezar con la señora de Pinar, quien, ante la aparición inesperada, no pudo contener un ahogado grito :

— Ri... Ricardo !...

Los dos, sin disimular la ternura y emoción del

encuentro, se abrazaron estrechamente, con la confianza y el abandono de una madre y un hijo.

— ¿Y Lucila?... interrogó Ricardo, más que con los labios con los ojos, al desligarse de los nobles brazos.

— ¡Muy grave!...

Ricardo cayó sobre una silla, fatigado por el dolor y el miedo, pero al instante quiso lanzarse en dirección del cuarto de su amada, repitiendo como un eco la sentencia fatal que acababa de proferir la acongojada madre :

— ¡Muy grave!...

Pero la señora, atajando con un gesto la resolución del joven, mientras las lágrimas humedecían sus ojos ya enrojecidos por el llanto, exclamó con un tono desesperado :

— ¡Imposible, Ricardo, eso la mataría. No sea imprudente. El médico dice que cualquiera emoción grave sería muy peligrosa... Vamos sólo hasta la pieza inmediata :

Y Ricardo, como atontado por el golpe cruelísimo que acababa de recibir, siguió a la señora de Pinar hasta el discreto saloncito contiguo al cuarto de Lucila, donde los dos habían tejido tantas veces

con las fragantes rosas del ensueño las más bellas coronas de ventura.

Ningún ruido se escuchaba en el interior de la vasta mansión. Las voces, acostumbradas a la consigna que impone la amenaza de un hecho fatal, no osaban interrumpir el silencio en torno de la doncella enferma. Ligeros pasos se sentían sobre la alfombra de su cuarto, el movimiento acompasado de un péndulo, el choque inconfundible de una cuchara que agitara el contenido de un vaso.

La cara de la señora de Pinar delataba muy claramente el estado de su hija. Adelgazada por el sufrimiento, tenía el aspecto de esas vírgenes dolorosas y casi espiritualizadas que sabían transportar al lienzo los maestros de la antigüedad. Aquella palidez transparente y serena hacía recordar el fulgor característico de los mármoles que han dormido bajo tierra numerosos siglos. Sus profundas ojeras, sus pupilas encharcadas por el llanto, su dulce sonrisa melancólica atraían la compasión y provocaban honda simpatía y respeto.

¡Cuánto había cambiado aquella casa en tan pocos días! Donde era poco antes recinto de ventura y alborada de gozo, sentíase ahora flaquear

el corazón ante el aspecto entristecido de las cosas. Silencio y soledad eran ya los fúnebres guardianes de la hospitalaria mansión. Los amigos, los parientes, los visitantes, los numerosos criados se deslizaban por los corredores, cuchicheaban con misterio y se alejaban cabizbajos, temerosos de romper con algún rasgo indiscreto la severa consigna de pesadumbre que se adivinaba en la casa de Pinar.

Los tiestos de las ventanas lamentaban la falta de rocío, y ya las rosas de Francia, cultivadas por las manos inimitables de Lucila, se desmayaban sobre sus búcaros, mustias y abatidas como su dueño. Hasta el viento se quejaba al cruzar los pasillos y salones, como un viejo jardinero que hallara rotas y deshechas todas las rosas de su rosal más querido ; y hasta el sol, el ardiente sol del trópico, estrangulado por avalanchas de nubes, tenía el mortecino fulgor del escudo enmohecido de un antiguo guerrero.



Ricardo aprovechó el momento en que el médico salía del cuarto de la enferma por la puerta del

saloncito, para atajarle el paso e interrogarle con vivísima ansiedad :

— ¿ Qué esperanza tiene usted, doctor, sobre la vida de la señorita Pinar? .

Pero el médico, que no conocía a Ricardo, le miró con sorpresa y no disimulado disgusto, circunstancia que volvió la reflexión al joven, haciéndole pensar en lo precipitada de su demanda.

— Perdone, doctor, soy Ricardo...

— ¿ Es usted Ricardo?... Cuánto me alegro que haya venido usted, aunque las circunstancias no sean las más halagadoras para su corazón.

Y el buen médico, de pie, al lado de Ricardo, le informó rápidamente sobre el proceso de la enfermedad de Lucila, asegurando que todo su mal se hallaba en el corazón.

— Desgraciadamente, terminó diciendo, el corazón es un órgano sobre el cual la ciencia tiene muy poco dominio. Toda la labor consiste en fortificar las fibras del músculo cardiaco, rodear al paciente de tranquilidad y cuidados y administrarle medicinas de simples efectos estimulantes. En la familia de Pinar han muerto muchos ascendientes por enfermedades del corazón, y aún el

mismo padre de Lucila, que era un hombre vigoroso y sano, perdió la vida en la plenitud de sus enegrias por un accidente cardíaco. Es mi temor...

Ricardo, intensamente pálido, escuchaba la opinión del galeno, y todas sus sencillas y terminantes explicaciones, con ansiedad infinita marcada en sus ojos y en todas las facciones de su cara y, cuando se hubo restablecido el silencio en la penumbra del discreto saloncito, preguntóle tímidamente :

— ¿ Me permite usted, doctor, que vea a la señorita?... -

— No sólo se lo permito, amigo mío, sino que se lo ruego, pero no por ahora. Lo considero peligroso en estos momentos. La presencia inesperada de usted podría serle fatal. Es preciso que yo la prepare un poco para su entrevista, y que demos a ésta unos días de tregua. Yo le anunciaré hoy mismo que ha salido usted de la Habana, pues no tiene ninguna noticia de ello, de lo cual es culpable usted. Debo advertirle que yo mismo aconsejé a su amigo Manuel Grajales que le llamara cuanto antes, pues la señorita Pinar pronuncia su nombre a cada momento, sobre todo en sus frecuentes

crisis de delirio ; y yo espero valirme de la presencia de usted para asegurar su curación. Estos males son tan misteriosos, que una impresión muy fuerte puede determinar de igual manera la salvación del doliente o su fallecimiento repentino. Y es en todo caso muy de temer un ataque de asistolia aguda, contra el cual muy poco podría la ciencia...

* *
* *

Ricardo fue instalado en un pequeño apartamento independiente que daba al jardín interior de la quinta. Hasta allí nos llegaban los rumores de los visitantes ni de los criados, y en la soledad de su cuarto pudo el joven desahogar su corazón que se moría de pesadumbre.

Desde uno de los balcones, sombreado por los ramajes de los eucaliptus, se descubría el vasto estanque de la huerta que rodeaban los helechos y rosales en una profusión de verdura incomparable. Sobre el espejo de las aguas temblaban los primeros luceros de la noche, y en él se podían contar las estrellas primerizas.

Acodado sobre la ventana, Ricardo contemplaba embebecido la transparencia de las aguas inmóviles, cuando, al descubrir una estrella que flotaba solitaria en un gran trecho de la enorme piscina, recordó la de sus amores, la que había alumbrado sus primicias bajo los ojos acariciantes de Lucila.

Y, dejando escapar hondo suspiro, buscó con la mirada detrás de los ramajes y sobre las nieblas del poniente, donde, como nuncio de promesas felices titilaba en la noche la estrellita perdida, y era sobre el espacio como una tembladora pupila que observara desde arriba sus movimientos y sus penas.

Y Ricardo tendió hacía el firmamento sus dos brazos suplicantes, murmurando, con la más honda de las ternuras, una de las sencillas plegarias infantiles que guardaba en su corazón con el sagrado respeto con que se conservan en el cofre de oro de los sentimientos las inefables reliquias familiares.

Momentos después, enjugándose las lágrimas que surcaban su rostro, atravesó el jardín, subió la escalera de mármol y penetró en el saloncito, contiguo

a la cámara de la enferma. Desde allí podía escuchar, vagos y confusos, sus entrecordados lamentos, su forzada respiración, y el ir y venir de la enfermera que velaba junto a su lecho.

Dos días habían pasado después de la llegada de Ricardo, y éste no sabía aún si la enfermedad de Lucila comenzaba a ceder con la noticia que debía haberle comunicado el médico, o si, ya tarde para lograr la reacción, su vida continuaba consumiéndose tan misteriosamente.

Lo único de que se había dado cuenta Ricardo, en su simple y doloroso papel de guardián enamorado, era que la respiración de la enferma venía ahora hasta él, a través de la puerta, produciéndole vivísima inquietud. Esa respiración se hacía cada vez más forzada e irregular, y eran cada vez más frecuentes los ahogados lamentos de la enferma, cual si el aire la faltase en su cuarto.

Ricardo se paseaba nerviosamente en la estrecha prisión del saloncito, ahogado también por la zozobra y la impaciencia. No había logrado hablar nuevamente con el médico, pues el sabio galeno, cual si tratara de esquivar su presencia, al entrar y salir de la alcoba de la enferma lo hacía siempre

por la puerta que daba al salón de recibo. Como era ya el tercer día de su arribo, el joven estaba decidido a entenderse con él, y desde la mañana buscaba la ocasión para abordarle a la salida de la quinta.

Abrumado por el calor sofocante de la hora, Ricardo penetró al saloncito y abrió la única ventana que daba sobre el patio. Desde allí tendió la mirada sobre los surcos de rosales que se doblegaban bajo el sol, para revivir a las primeras brisas del crepúsculo. Entre las eras de rosas tropicales, cultivaba Lucila, con solícito esmero, sus amadas rosas de Francia, distribuídas sabiamente bajo la sombra de los granados y almendros para que el sol del mediodía no hiciese malograr sus capullos.

Fue uno de los primeros cuidados de la señora de Pinar, cuando su hija cayó enferma, sustituir a ésta en el cultivo y conservación de sus matas preferidas, procurando que no se marchitasen ni sintiesen un solo día la falta de su amorosa jardinera. Y solía suceder que la noble madre, a tiempo de regar los floridos surcos todas las mañanas, sentía más viva la emoción y más profunda la tristeza que la enfermedad de su hija le producía, y

mezclaba a la frescura del agua con que bañaba los floridos tallos el rocío de sus lágrimas maternas.

Ricardo también, al descubrir los rosales sintió tan indecible tristeza que, escondiendo su cabeza entre las manos, se puso a sollozar como un niño, murmurando desesperadamente :

« ¡ Oh sus rosas de Francia, las inolvidables rosas que no volveré a ver tal vez en su cintura... ! »

Y para alejar de su vista la inocente causa de las lágrimas que acababa de derramar, cerró nuevamente la ventana, y continuó su paseo de un lado al otro del saloncito, rompiendo la calma del ambiente con dolorosos suspiros.

Desde allí sentía los frecuentes quejidos de Lucila, y se daba cuenta de que su respiración se tornaba por instantes más difícil y anormal. Era como si una progresiva agitación invadiera su pecho y amenazara romper todos sus músculos en un próximo estallido. ¡ Qué dolor tan lacerante el de Ricardo, sintiendo al otro lado de la puerta los sufrimientos de su amada, sin serle permitido ni aún verla, ni siquiera prodigarle los consuelos de su amor !

Y los lamentos de la enferma se hacían cada vez más frecuentes y su respiración más forzada. De pronto, su voz debilitada se alzó en un largo quejido, agudo y desesperante :

— ¡ Madre mía !... Me ahogo !... Ricardo !... Ricardo... !

El joven no pudo contenerse. Corrió a la puerta, le dio un fuerte empujón y se precipitó en el cuarto de su amada, desencajado y pálido.

A un lado del lecho, inclinados sobre Lucila, estaban el médico y la señora de Pinar, los cuales ni levantaron el rostro para mirar a Ricardo. Este cayó de rodillas junto a la cama, cogió una mano de Lucila que se agitaba en el vacío como en busca de socorro, y la estrechó contra su pecho, exclamando con voz temblorosa y angustiada :

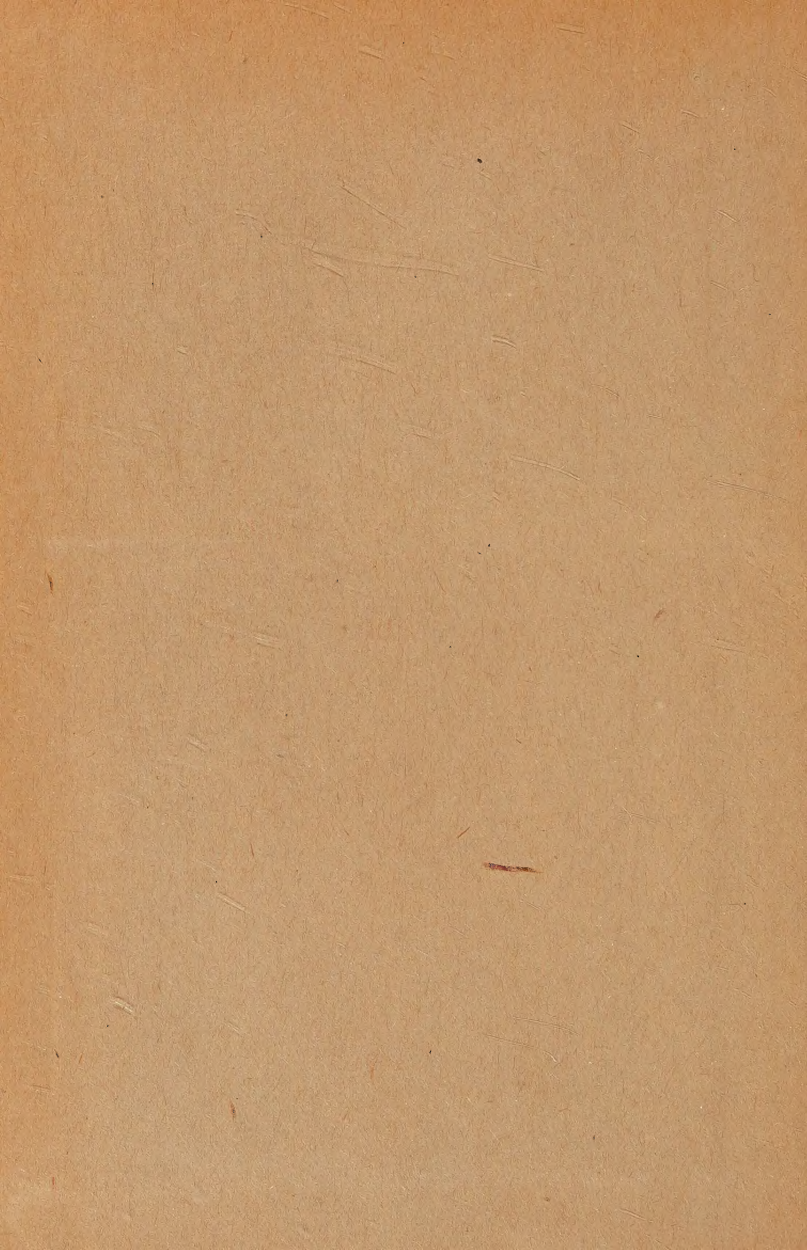
— Luci... la !... Soy yo... Luci... la... !

La enferma, que tenía los ojos entornados, al escuchar la voz del amado, volvió el rostro, hacia él con expresión de súbita alegría, abrió desmesuradamente las negrísimas pupilas y buscando con la otra mano la cabeza de Ricardo, quiso gritar con voz entorpecida :

— ¡ Ri... Ri... !

Pero la palabra murió en su garganta, y sus dos ojos se clavaron sobre él, mientras una sonrisa de infinito gozo quedó marcando la palidez de sus labios inertes...

FIN



Purdue University Libraries



3 2754 065 737 367

302450
2204091

NATI
BRARY

EST SPI
AST CL
NDIAN
971

